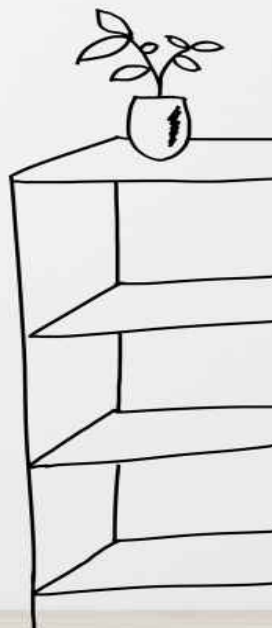
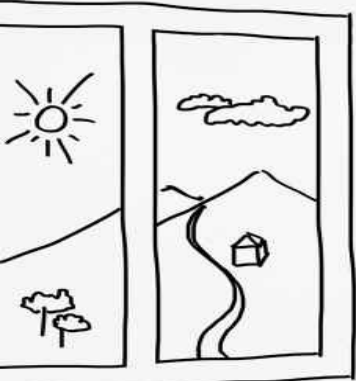


LORRAINE COCÓ

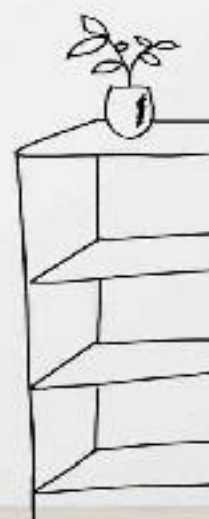
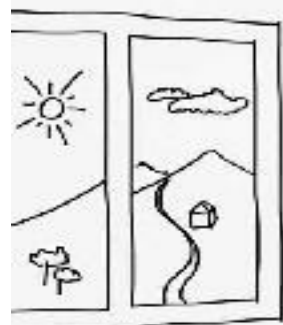
Jugando a las Casitas



COMEDIA ROMÁNTICA

LORRAINE COCÓ

Jugando a las Casitas



COMEDIA ROMÁNTICA

©2019, Jugando a las casitas © 2019 Lorena Rodríguez Rubio

Corrección: Violeta Triviño

Maquetación: Valerie Miller

Diseño portada y contraportada: Lorraine Cocó

Web de la autora: www.lorrainecoco.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

[PRÓXIMAS PUBLICACIONES](#)

MAYO, 2019

CAPÍTULO 1

13 de mayo de 2017

En cuanto Mónica traspasó la puerta de la coqueta cafetería, que sin duda había sido el hallazgo de aquella mañana, el olor del café recién hecho y la variedad de pasteles y tartas del mostrador hicieron que su estómago rugiese con fuerza. Aun así, antes de aproximarse a la barra para hacer su pedido, paseó la vista por el local buscando alguna mesa vacía. No parecía que fuese a tener suerte hasta que reparó en que dos chicas se levantaban de una de las del fondo del local. Rauda como una gacela y viendo que no era la única que estaba buscando sitio, se dirigió a su destino serpenteando entre las mesas. Alcanzó su objetivo una milésima de segundo antes que otra mujer que le regaló una mirada retadora. No lo dudó y antes de que esta fuese a protestar, tomó asiento y ocultó el rostro en la extensa carta de cafés y tés que ofrecía el local, ignorando por completo el bufido malhumorado con el que se marchó su rival. Necesitaba un descanso para reponer fuerzas y resopló con alivio en cuanto se quedó a solas. Había pasado las últimas tres horas visitando apartamentos de la zona para alquilar y estaba agotada. Pero haber visitado los nueve peores pisos disponibles no iba a desanimarla.

Aquella era la última pieza que le faltaba para terminar el rompecabezas de su nueva vida.

La semana anterior la habían llamado de West, Morgan & Fisherman, uno de los mejores bufetes de abogados de Manhattan, para ofrecerle un puesto como abogada. El primer escalón en su exhaustivo plan de éxito profesional a dos, cinco y diez años. Se había sentido orgullosa, más bien satisfecha y llena

de energía para enfrentar aquella nueva etapa de su vida hasta que se enfrascó en la tarea de encontrar un piso compartido en Nueva York. La oferta era amplia, pero el problema residía en que su lista de requisitos lo era aún más. Ya había tenido con anterioridad algunas experiencias desastrosas compartiendo piso y sabía exactamente lo que NO quería.

Por nada del mundo se iría a un piso con más de tres inquilinos. No quería mascotas, de ningún tipo. Se encariñaba de ellas y terminaba por asumir la responsabilidad de su cuidado. Tampoco quería jueguistas, ni artistas muertos de hambre, ni aspirantes a modelos o actores, que la mayor parte de los meses tenían problemas para pagar a tiempo su parte del alquiler. Tampoco quería fumadores de ningún tipo de sustancia, ni veganos fanáticos empeñados en concienciar a los demás, ni amantes de apoderarse de lo ajeno, gente que no conociese los límites de la privacidad, o el aseo personal, o la necesidad de cumplir con sus tareas domésticas. Y sobre todas las cosas, se negaba en redondo a compartir piso con «twitteadores» compulsivos.

Silvie, la que con suerte pronto se convertiría en su ex compañera de piso, había sido la inventora del hashtag #Lascositasdemoni, muy popular entre aquellos que encontraban divertido que le hiciese fotos en los momentos menos oportunos y las colgase en internet. Como cuando se resbaló saliendo de la bañera y terminó en el suelo, atrapada en la cortina de plástico de peces de colores de la ducha, o cuando una paloma decidió excretar copiosamente sobre su flequillo en Central Park.

Apretó los labios al recordar esos momentos, que no habían sido más que la punta del iceberg para decidir que, junto a su nuevo trabajo, necesitaba también un cambio de aires y distrito. Buscaba algo de paz y tranquilidad y la posibilidad de centrarse en su trabajo y nada más. Tan solo necesitaba un café con leche, nata y caramelo. Un lujo para su paladar y un pecado para sus caderas, que en escasas ocasiones se permitía. Pero aquel día necesitaba un

chute de azúcar que la animara a continuar. Tenía que hacer un par de llamadas para contactar con algunos agentes inmobiliarios de la zona. Lo había intentado sola, pero era el momento de utilizar los servicios de un profesional.

Decidida a no darse por vencida, dejó su chaqueta y su pañuelo en el respaldo de la silla, el libro que estaba leyendo en ese momento sobre la mesa y se levantó para hacer su pedido, como llevada por una fuerza invisible que tiraba de ella hacia el mostrador. Pero mientras recorría los escasos cinco metros que la separaban de su premio, y antes de tener la posibilidad de clavar la vista en la tentadora exposición de pasteles de la vitrina, su mirada se desvió hasta un gran tablón de corcho que cubría la pared lateral de ladrillos rojos y que estaba repleto de notas y anuncios de colores. Tal vez no hubiese nada de lo que ella buscaba, pero no perdía nada por echar un vistazo.

Un anuncio de un gato perdido, otros tantos para ofrecer clases particulares de diferentes asignaturas, pintura, yoga e incluso una para aprender a tocar el acordeón; intercambios de servicios, venta de diversos objetos de segunda mano... y ahí, cuando ya empezaba a pensar que había sido una mala idea... «el anuncio».

Se ofrece inmejorable habitación, amueblada, en piso amplio y soleado. Dispone de gran terraza con vistas al parque. Todos los accesos a transporte y comercios en la misma manzana. Zona tranquila con ambiente inmejorable. Derecho a usar todas las zonas comunes...

No parpadeó hasta terminar el largo anuncio que explicaba todas las virtudes del apartamento, impreso en un folio azul del que pendía el último número de teléfono que quedaba del anunciante. Allí, solitario, como si la estuviese esperando a ella. Estiró el brazo sintiendo que se le había acelerado el pulso, con la tonta esperanza de que fuera una señal del destino. Y entonces sus dedos chocaron con los de otra persona con el mismo objetivo. Retiró la mano rápidamente al sentir el contacto y vio con asombro cómo le quitaban

delante de los ojos el número de teléfono. El tipo le brindó una gran y perezosa sonrisa y tras repasarla de arriba abajo con suficiencia, se giró con la intención de abandonar el lugar del delito portando en la mano *su* trocito de papel.

Parpadeó un par de veces antes de sentirse capaz de protestar por la desfachatez del tipo, pero la necesidad de recuperar el número de teléfono la llevó a ir tras él.

—¡Ey! ¡Perdona! Pero ese número es mío —dijo tomándolo por el brazo para detenerlo.

Él giró sobre sus talones y clavó la vista en la mano que aún aferraba su brazo. De manera inmediata lo soltó, sorprendida de haberlo tocado. No le gustaba el contacto innecesario. Se pasó la mano por la frente para apartarse el flequillo, más para darse tiempo a reaccionar que por necesitarlo, y encaró la mirada azul y cristalina del hombre que la miraba con curiosidad.

—¿Tuyo? Estaba en el tablón. —Su voz sonó demasiado pausada y segura. De manera inmediata se sintió incómoda. Supo que él no iba a ceder sin presentar batalla, cuando terminó de girarse y se cruzó de brazos.

—Estaba a punto de cogerlo...

—A punto, creo que esa es la clave de este asunto —declaró, y se rascó la barbilla poblada por una descuidada barba de pocos días, mientras la volvía a repasar de arriba abajo.

—Me has distraído. Iba a cogerlo cuando has aparecido.

—Oh... Ya veo. ¿Como cuando has ocupado la última mesa de la cafetería, tras correr como una loca para quitársela a una pobre señora?

Mónica apretó los labios y soltó el aire por la nariz con malestar.

—Esta vez has perdido —le dijo mostrándole el trocito de papel azul. Tan cerca como para hacerla creer que podría arrancárselo de las manos.

Mónica sintió que se le dilataban las aletas de la nariz mientras intentaba

contener las ganas de estrangular a aquel tipo. Normalmente hacía alarde de un carácter templado y contenido. Prefería salirse con la suya usando otro tipo de estrategias como el diálogo, o el acuerdo antes que el enfrentamiento. Y aunque ese hombre estuviese poniendo a prueba su paciencia, no iba a dejar que la afectase. Tenía que conseguir el maldito número y usaría las herramientas de las que disponía para ello.

—Mira, no quiero discutir contigo. No llevo un buen día y quiero solucionar esto cuanto antes. Necesito ese número y ese piso, y estoy segura de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo que nos beneficie a ambos.

Utilizó su expresión más profesional. La que usaba en los juzgados cuando quería que el abogado contrario no supiese sus intenciones. Él encogió la mirada como si se enfrentase a un duelo y ella aprovechó su duda para analizar a su rival. Aquel hombre debía tener treinta y pocos. De cabello oscuro, rizado y más largo de lo que le gustaba a ella. Era demasiado desenfadado, relajado, como si se hubiese levantado aquella mañana y hubiese decidido que pasarse un peine por la cabeza era demasiado trabajo para él. Aunque la verdad es que lo que más llamaba la atención eran sus ojos, del azul más claro que había visto jamás. Sus labios carnosos, la mandíbula marcada y la sonrisa granuja tampoco habrían estado mal si hubiese estado interesada. Algo totalmente absurdo. Para dejar de fijarse en su rostro, siguió descendiendo hasta su cuerpo atlético y entonces él interrumpió su escrutinio.

—¡Vaya! Esto no lo esperaba, con esa cara de mosquita muerta. ¿Te me estás insinuando?

«¿Mosquita muerta?». La pregunta cargada de socarronería la dejó sin palabras por un segundo.

—¡Por supuesto que no! ¿Qué te has creído? —repuso ofendida—. Solo quería...

—¿Compensarme a cambio del número del mejor piso que se ha

anunciado en las últimas ocho semanas? Lo siento, pero no hay recompensa posible. No lo voy a negar, eres mona, a pesar de ese... flequillo —terminó por decir él mientras sacudía el papelito azul frente a su rostro para señalar la parte de su cabello que tanto parecía molestarle—, pero llevo mucho tiempo buscando un apartamento así.

—Ya veo... Y te da miedo un poco de competencia... —dejó caer con su expresión más inocente.

—¿Qué competencia? Yo tengo el número y tú no.

—Eso no te garantiza terminar consiguiendo el apartamento. Tal vez no le gustes al dueño...

La sonrisa del hombre quedó congelada en sus labios durante unos segundos y después entornó la mirada, taladrándola.

—¿Insinúas que entre tú y yo estaría más dispuesto a alquilártelo a ti que a mí?

Mónica se limitó a encogerse de hombros con una mueca en los labios. Ahora que parecía estar provocándolo lo suficiente como para que sopesase competir con ella, no iba a decirle que sin duda pensaba que así sería. Ella era abogada. Fichada por uno de los bufetes más prestigiosos de todo Manhattan, lo que le garantizaba una solvencia económica que era el principal interés de cualquier arrendador. Si a eso le sumaba que era una compañera responsable, cuidadosa y silenciosa, no tenía rival. Mucho menos cuando competía contra un tipo de aspecto bohemio y desaliñado con un gusto ruidoso por la música, como anunciaba su camiseta de AC/DC. Las tenía todas consigo y por eso le sonrió abiertamente.

Aun así, cuando él estiró la mano ofreciéndosela para estrecharla y sellar el acuerdo por fin, una corriente eléctrica atravesó su espalda haciéndola sentir nerviosa. Como si hubiese hecho un trato con el mismísimo diablo.

Lukas presionó los labios conteniendo una carcajada cuando la puerta del apartamento que tanto ansiaba se abrió y tras ella apareció un hombre de unos treinta y largos, de cabello rubio, tez excesivamente bronceada, en calzoncillos y con una especie de mini bata de seda, estampada en varios y estridentes colores. No pudo contenerse y miró abiertamente a su acompañante elevando las cejas. Estaba seguro de que su cara sería un poema. La chica le había parecido un poco estiradilla y circunspecta y tal y como imaginó, su expresión, entre pasmada y abochornada era para haberla grabado. Sonrió al pensar que tal vez el excéntrico recibimiento la asustaría lo suficiente como para abandonar la competición antes incluso de empezar. Pero cuando ella se percató de su sonrisa esperanzada, redujo su gran mirada castaña a dos líneas recelosas y cambiando su gesto radicalmente se adelantó un paso para presentarse.

—¡Hola! Me llamo Mónica —dijo con una amplia sonrisa que le duró lo que tardó en ver que el tipo dejaba de rascarse el pecho para ofrecerle la mano.

La sonrisa de Lukas se amplió en sus labios al ver que ella parecía dudar si tocar la mano del hombre. Cuando se decidió finalmente a hacerlo, ella se tensó tanto como la cuerda de una de sus guitarras. Apartó la mano en cuanto pudo y disimuladamente se limpió la palma en la falda de su vestido.

—Encantado. Yo soy Leonard —dijo el tipo pronunciando exageradamente las últimas dos letras de su nombre, con teatralidad y cierto acento británico.

—Yo soy Lukas —se adelantó él para presentarse—. Hemos hablado por teléfono.

—Claro... Sí..., es cierto. Pasad y perdonadme, no esperaba a una

pareja... —empezó a decir el tipo apartándose a un lado para invitarles a entrar.

—¡Oh, no, no, no, no! No somos pareja —se apresuró ella a declarar con vehemencia, adentrándose en el apartamento y empezando a inspeccionarlo mirando a un lado y a otro el amplio y bien iluminado salón, que no hacía más que confirmar las características que declaraba el anuncio.

—Amigos, entonces —dijo el tal Leonard, observando a uno y a otro.

—Ni siquiera eso. —Esta vez fue él quien contestó—. Más bien rivales. La señorita y yo nos hemos conocido hace un rato en el Old Factory. Ambos estamos interesados en alquilar la habitación que tiene disponible.

—¿Y han decidido venir a ver el apartamento juntos? —dijo el hombre mirándolos con curiosidad, como si los raros fueran ellos—. ¡Qué civilizado! ¡Me encanta! —terminó por declarar extendiendo los brazos. Lo que hizo que la bata se le abriese más y expusiese con más descaro su casi completa desnudez.

Mónica apartó la mirada, tapándose el rostro disimuladamente con la mano. Lukas sacudió la cabeza, divertido con su reacción. Pero si pensaban que el ambiente ya era suficientemente tenso, estaban equivocados.

—¡Oh, sí! ¡Le encanta todo lo civilizado! ¡Y un cuerno! ¡No creáis una palabra!

Mónica y Lukas se vieron sorprendidos por la declaración hecha por una voz femenina desde el interior de una de las habitaciones, cuya puerta daba al salón. Ambos desviaron la mirada hacia allí. Pero, aunque esta estaba abierta, no consiguieron ver más que ropa volando de un lugar al otro del cuarto. Lukas se percató de que Mónica arrugaba la nariz en un gesto contrariado y supo que estaba empezando a dudar de su interés por continuar con su disputa.

—Si me disculpáis un momento, voy a solucionar un asunto —dijo Leonard con una sonrisa tensa. Y caminando hacia atrás, comenzó a alejarse

—. Enseguida vuelvo. Poneos cómodos —añadió, y antes de que pudiesen contestarle, se escabulló al interior del dormitorio misterioso y cerró la puerta tras él.

—Si quieres salir corriendo, este es el momento —susurró Lukas al oído de Mónica.

Ella giró el rostro para observarlo pegado a su oído y como si la proximidad la incomodase, la vio dar un paso hacia atrás para poner más distancia entre los dos.

—Lo mismo digo. No te verás en una oportunidad mejor —repuso retándolo con la mirada.

—Venga, sé sincera. El tipo con esas pintas, la misteriosa mujer y la decoración... —añadió señalando el sujetador que colgaba de una lámpara de pie, junto al sofá—, no son muy de tu estilo.

—Tú no sabes nada de mi estilo —aseguró apartando el rostro. Él la inspeccionaba con esa mirada tan azul como inquietante y curiosa. Y la ponía nerviosa.

Mónica podía asegurar abiertamente que él estaba en lo cierto, pero no lo habría hecho ante él ni por todo el oro del mundo. Lukas le parecía un engreído desde que había posado los ojos en él en la cafetería. Estaba demasiado seguro de sí mismo y, sobre todo, de ella. Como si creyese que la había calado tras cruzar un par de palabras. Si había algo que odiaba era que la considerasen previsible. Además, ella no perdía ni a las canicas, y no iba a empezar en ese momento. Estaba de acuerdo con él al pensar que Leonard parecía sacado de una obra de teatro grotesca, pero el apartamento no podía pintar mejor. La luz entraba a raudales por unos grandes ventanales que daban al parque, dándole unas inmejorables vistas llenas de vegetación. Y la amplitud de aquel salón con las paredes de ladrillo rojo era espectacular, tanto como para triplicar el tamaño de su actual apartamento. La cocina americana

al fondo de este estaba tan equipada como la del mejor chef. Una de sus aficiones era la repostería y casi podía imaginarse haciendo un rico bizcocho de naranja en la gran isla que separaba la cocina de la zona del salón. Si el dormitorio y el baño estaban en conjunción con lo que veía en ese momento, era el piso que buscaba.

—El apartamento me parece espectacular. No pienso moverme de aquí —declaró. Y para dejar patente su postura, tomó asiento en el sofá de cuero marrón a su espalda.

—Está bien. Tú lo has querido —apuntó él y se sentó junto a ella echándose hacia atrás en el sofá, tan cómodo como si acabase de instalarse en el piso.

Mónica puso los ojos en blanco y se estiró la falda con esmero.

Lukas la observó con diversión, allí sentada en el filo del sofá con la espalda tan erguida como una tabla de planchar y la barbilla alzada. Tenía pinta de institutriz remilgada. Se preguntó qué aspecto tendría recién levantada, con el cabello revuelto y en pijama. Al darse cuenta de que su mente estaba divagando, se irguió en el sitio y se aclaró la garganta. Afortunadamente, en cuanto Leonard regresase y eligiese entre uno de los dos, no tendría la oportunidad de averiguarlo.

En ese momento, como si lo hubiese llamado con el pensamiento, el susodicho asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Perdonadme, pero creo que voy a tardar un poco más. ¿Por qué no echáis un vistazo al resto del apartamento vosotros mismos? —Y volvió a cerrar la puerta tras él, sin esperar una respuesta.

Lukas se levantó rápidamente del sofá. Se había sentado muy cerca de ella por el simple placer de irritarla, pero lo cierto era que el que empezaba a sentirse incómodo era él. Además de imaginar cosas absurdas, se había sorprendido inhalando el aroma floral que emanaba del cabello de la chica

que era su rival. No miró atrás y se alejó de ella rápidamente con el propósito de inspeccionar el resto del apartamento.

No tardó mucho en hacerlo. En tan solo unos minutos, y gracias a los espacios abiertos comunitarios, ya había descubierto que era exactamente lo que estaba buscando. El dormitorio que estaba libre para alquilar era grande, con muebles de madera oscura. Un poco austero, pero no tardaría en darle su toque personal. Lo más importante era que tenía espacio de sobra para sus instrumentos y que el suelo era de madera, al igual que en el salón y la cocina. Eso le encantaba. Le gustaba andar descalzo sobre ese tipo de superficie y salió de la habitación con una gran sonrisa, justo en el momento en el que Mónica, que acababa de echar un vistazo al baño, tenía la intención de entrar.

—¿Satisfecha? —le preguntó bajo el dintel de la puerta.

—Mucho —se limitó a responder ella pasando a escasos centímetros de su cuerpo.

—Bien. Igual que yo —apuntó y se dio cuenta de que su voz sonaba algo más grave de lo normal. Por suerte ella no se dio cuenta y terminó de entrar al cuarto, comenzando a examinarlo inmediatamente.

La observó durante un segundo, preguntándose qué demonios le estaría pasando. Cuando había decidido entrar en su juego para competir por aquel piso, no lo había pensado bien. Lo cierto era que, aunque le había dicho que un poco de competición podía resultar divertido, en realidad se había visto hipnotizado momentáneamente por sus grandes ojos de mirada castaña y espesas pestañas oscuras. Le había recordado a un entrañable dibujo animado, como si lo mirase el mismísimo Bambi esperando una respuesta. Y antes de pensarlo dos veces, había aceptado ese absurdo reto que solo ponía en peligro sus posibilidades para conseguir el apartamento que tanto tiempo llevaba ansiando.

Durante los últimos tres años había vivido con su mejor amigo, Neal.

Pero este hacía dos meses que se había casado con su novia de toda la vida. Y desde entonces se había enfrascado en la ardua tarea de buscar otro piso que alquilar, a ser posible cerca de la escuela en la que trabajaba como profesor y de los clubs en los que solía tocar, y que tuviese espacio suficiente para sus trastos. Había visto muchos apartamentos, demasiados, y sin duda aquel era el mejor de todos. No podía dejar que se le escapara. Y mucho menos contra Bambi. Salió al pasillo y fue directamente al baño que le pareció como el resto del piso, magnífico. Totalmente decidido a luchar hasta la muerte para hacerse con el alquiler y no regresar al nidito de amor de su parejita de amigos, fue hasta el salón y allí encontró a Mónica, que miraba por la puerta de acceso a la terraza. En cuanto lo oyó, giró sobre sus talones.

Lukas se vio golpeado con fuerza por la inesperada sonrisa que le brindó.

—¿Has visto la terraza? Es un lujo que no suele verse en esta zona y por este precio —le dijo ella volviendo a girarse hacia las vistas.

Lukas se pasó una mano por el pecho, aturdido. ¿Qué demonios le había pasado? ¡Solo le había sonreído! Necesitaba que aquello acabase ya.

De repente la puerta misteriosa se abrió y por ella apareció una chica altísima, rubia y con unas piernas eternas que portaba una gran maleta de cuero amarillo y una bolsa de viaje del mismo color. Los miró a ambos, que la observaron estupefactos. Fue hasta la lámpara, tomó el sujetador que colgaba de ella y bufando colérica se dirigió a la salida. Tras ella salió Leonard, pero este no dijo nada hasta que la puerta de la entrada se cerró con un gran golpe que estuvo a punto de hacerla giratoria.

Ambos lo miraron sin saber muy bien qué decir tras la escena, y tampoco hizo falta. Él les sonrió en un gesto nervioso y abriendo de nuevo los brazos de forma teatral, declaró:

—Y en un giro dramático de los acontecimientos, me satisface deciros que se ha quedado otra habitación libre. En consecuencia, ¡bienvenidos a

vuestro nuevo hogar!

CAPÍTULO 2

13 de mayo de 2019

—¡Maldita sea, Lukas! ¡Te lo he dicho un millón de veces! —gritó Mónica apartándose del chorro de agua helada que salía de la ducha. Sacudió los hombros a causa del frío y furiosa asomó la cabeza por la cortina para encararlo.

—Solo setecientas treinta veces —dijo él con una de sus sonrisas canallas, el cepillo de dientes en la boca, y esta llena de espuma.

Mónica puso los ojos en blanco y cerró de nuevo la cortina energicamente. La misma historia cada día: parecía que él esperaba a que estuviese duchándose para ir a lavarse los dientes. Abría el grifo y el agua caliente dejaba de salir por la alcachofa. Él aseguraba que no lo hacía a propósito, pero no se le escapaba que cuanto más gritaba ella por la impresión, mayor era la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

—¡No tiene la menor gracia! Por una vez en la vida me gustaría darme una ducha sin tener que pegar un salto a la mitad. Eres un...

Los insultos se arremolinaron en su garganta, pero la frustración era tan grande que no consiguió decir ninguno. Solo gruñó, lo que no hizo más que acentuar su enfado. Casi podía imaginarlo riendo con ganas ante el espejo. Lo oyó escupir por última vez tras enjuagarse la boca y se frotó los brazos para eliminar la piel de gallina.

—El mejor compañero de piso del mundo, lo sé —dijo él al otro lado de la cortina con sorna—. Te he dejado café recién hecho, seguro que estarás de mejor humor cuando hayas tomado tu dosis de cafeína.

Mónica se mordió el labio inferior con fuerza, por las ganas de estrangularlo. Estaba a punto de protestar cuando él dijo la última frase, como

siempre.

—Por cierto, feliz aniversario, Bambi.

El agua caliente volvió a salir por la alcachofa, pero ella se quedó inmóvil en el sitio al notar el tono aterciopelado con el que había pronunciado la última frase. Se llevó los dedos a los labios y dudó por unos segundos si contestarle. Finalmente, al sentir movimiento al otro lado, volvió a abrir la cortina para responderle, pero él ya se había marchado. Con una mueca en los labios cerró la cortina y se introdujo bajo el chorro del agua caliente, que la reconfortó.

Ella también había recordado, nada más despertar aquella mañana, que ese día se cumplían dos años de convivencia con él. Dos años que habían resultado mucho mejor de lo que imaginó el día que Leonard los aceptó a ambos como compañeros de piso. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar algunas de las cosas que habían compartido desde entonces. Habían pasado casi todo el tiempo solos, pues a los pocos días Leonard les dijo que se marchaba a Londres a grabar una serie para la BBC. Sí, Leonard era actor, pero, aunque ella no lo había reconocido, parecía que tenía cierto prestigio y trabajaba constantemente, lo que aseguraba que era completamente capaz de pagar su parte del alquiler. Lo hacía con la fiabilidad de un reloj suizo y les enviaba postales y cartas contándoles cómo iban sus cosas, pues no le gustaban mucho los móviles. Aunque lo que Lukas y ella habían deducido tras ser visitados por varias mujeres enfurecidas era que Leonard iba dejando un reguero de féminas descontentas a su paso y prefería no dar facilidades para ser localizado. De cualquier manera, como no estaba casi nunca, solo había tenido que acostumbrarse a vivir con Lukas.

Las primeras semanas, sin embargo, habían sido una locura con la mudanza de ambos. Con frecuencia terminaban cajas de uno en el cuarto del otro y tuvieron más de un malentendido al respecto. Ella intentaba por todos

los medios no coincidir con él, pues Lukas solía utilizar dichos encuentros para meterse con ella de alguna forma, hacer comentarios graciosos, o dejar patente la animadversión que sentía por su flequillo. Otras veces lo pillaba mirándola analíticamente, lo que la hacía sospechar que algo tramaba para hacer que se marchase del apartamento.

Pero las semanas pasaron y no solo no hizo nada para deshacerse de ella, sino que Mónica descubrió que era un buen compañero de piso, casi siempre. Lukas tenía sus cosas, y algunas de ellas la desesperaban hasta desear abofetearlo, como abrir el agua caliente cuando estaba en la ducha, o su incapacidad para reciclar correctamente. Pero tenía otras, inesperadas y hasta consideradas, que despertaban en ella el deseo de abrazarlo. Como cuando hacía café solo para ella, sabiendo que siempre iba con prisas por la mañana y sin tiempo de hacer una nueva cafetera, cuando se aseguraba de que hubiese frutos secos en la despensa cuando estaba con el periodo y le apetecían más que respirar, cuando la dejaba ganar a las damas, o cuando la arropaba al quedarse dormida en el sofá mientras veían una película. Eran detalles, cosas que valoraba y que hacían que, a pesar de enfadarse con él con frecuencia, no imaginase nadie mejor para convivir que su actual compañero.

Aunque no encontraba una palabra que definiese bien su relación, podía decir que se habían convertido en amigos, buenos amigos. Solo él la había visto llorar, incluso lo había hecho sobre su hombro cuando le diagnosticaron a su hermana mayor, Natalie, un cáncer de mama. Y fue con él con quien celebró la noticia de la remisión del mismo un año después. La había visto en sus mejores y peores momentos y eso tenía mucho valor para ella.

Estiró el brazo, cogió la toalla del perchero en la pared y metiéndola tras la cortina, se enrolló en ella. Otra de las «no-virtudes» de Lukas era pensar que las puertas estaban solo de adorno. Siempre se la dejaba abierta cuando salía del baño, por lo que ella había tomado la costumbre de envolverse antes

de salir de la ducha para no dar un espectáculo. Cuando salió se asomó al pasillo y mirando a un lado y a otro, comprobó que estaba sola. Todos los gadgets que usaba él para correr habían desaparecido del mueble de la entrada y dedujo que había salido a entrenarse un rato. El olor del café llegó hasta ella, llamándola de forma tentadora. Se calzó las zapatillas y aprovechó que estaba sola para ir hasta la cocina ataviada tan solo con la toalla. El aroma era delicioso y se preguntó qué especia habría echado esta vez al café para convertirlo en el mayor de los placeres.

Cuando llegó hasta la cafetera, su boca ya salivaba. Cogió su taza del estante y la llenó con generosidad. Echó un par de cucharadas de azúcar en el oscuro brebaje y se lo llevó a los labios cerrando los ojos para degustarlo con placer.

—¡Café! ¿Puedo tomar un poco?

La voz femenina que pronunció la frase con anhelo, interrumpió su extasiante momento, lo que hizo que se derramase parte de la bebida encima y gritase al quemarse.

—¡Maldita sea!

—¡Oh, lo siento! ¿Te he asustado? —preguntó la chica corriendo hacia ella—. No quería hacerlo, es que he oído el café y no he podido resistirme.

Eso mismo había pensado ella, pero ¿quién era esa chica y qué hacía en su casa?

—Perdona, no me he presentado... —volvió a intervenir la otra, como si le leyese la mente—. Soy Nikki, una... amiga de Lukas.

Mónica vio que ella le ofrecía la mano, y llevada por la conmoción le devolvió el gesto de manera mecánica, aún sin terminar de entender lo que le estaba diciendo.

—¿Amiga de Lukas? —Consiguió que las palabras saliesen de sus labios, pero no las sentía como suyas. ¿Desde cuándo Lukas se llevaba amigas

al apartamento? Y si ella estaba allí, a esas horas, ¿significaba que había dormido con él, en su cuarto?

Las preguntas comenzaron a nublarle la mente.

—Sí..., nos conocimos hace dos días, en el parque. Yo me había roto un tacón y bueno..., fue un encanto —dijo la chica, rubia, muy atractiva y con cara de niña inocente. Aunque al verla vestida solo con una de las camisetas favoritas de su compañero de piso, dedujo que inocente no debía ser ni un ápice.

—Sí, bueno. Puede serlo, a veces —fue la escueta respuesta que consiguió articular, y se dio la vuelta para ocultar su rostro turbado al tiempo que tomaba un trapo para intentar limpiarse inútilmente el café derramado por encima de la toalla.

En ese momento, Mónica oyó la puerta de la entrada y su espalda se tensó al instante.

—¡Vaya! He llegado tarde. Me he dado cuenta de que no te había avisado de que tenemos visita, y he vuelto para hacer las presentaciones antes de que pensases que nos habían entrado a robar —dijo Lukas divertido.

Mónica se giró, forzando la mayor de sus sonrisas hasta el punto de sentir que le dolían los músculos faciales. Aunque en el fondo solo tenía ganas de salir corriendo de allí cuanto antes.

—¡Qué tontería! Jamás habría confundido a una chica semidesnuda con una ladrona. —Clavó la mirada en la de su compañero y se preguntó si su tono había sonado tan cortante como lo había percibido ella.

Cuando él ladeó la cabeza y clavó su mirada interrogativa y celeste en ella, supo que sí. Durante un segundo eterno, la tensión en sus miradas pudo palparse, como si se hubiese detenido el tiempo para ambos congelándolo todo. Hasta que divisó por el rabillo del ojo que la tal Nikki los miraba a uno y a otro alternativamente, seguramente preguntándose qué pasaba.

—No me habías dicho que tu compañera de piso fuese tan... mona — cortó esta el momento acercándose a él para tomarle el brazo, melosa.

Mónica apartó la vista de la escena que le estaba amargando el sabor del café y puso la taza en el fregadero, dejó el trapo y, levantando la barbilla, se dispuso a salir de allí, no sin antes decir la última frase:

—Mujer, si os conocisteis hace solo dos días, no habrá tenido tiempo. Pero bueno, yo os dejo solos para que podáis intimar mejor. Tengo trabajo que adelantar este fin de semana. Me iré al Old Factory.

Pasó junto a ellos con paso resuelto, a una velocidad que no conocía para sus piernas. De repente sentía un nudo en la garganta y le costaba hasta respirar. Se dijo que era por la sorpresa, pero lo cierto era que el nudo que la asfixiaba sabía más a desengaño y a alguna especie de dolor.

No tenía ningún sentido.

No era una ingenua, imaginaba que Lukas tenía sus líos por ahí. Pero nunca antes había llevado a una chica a casa. Al igual que ella durante los seis meses que estuvo saliendo con Stuart, uno de sus compañeros en el bufete, tampoco había considerado necesario que este pasase tiempo con ellos en el apartamento. Empezó a salir con él a los pocos meses de empezar a trabajar en la firma y por entonces le pareció muy precipitado incluirlo en la ecuación que era la convivencia con su compañero. Stuart había insistido en que era extraño, incluso llegó a bromear insinuando que quería esconderlo de Lukas, pero estaba equivocado. Había necesitado tiempo para asegurarse de que el ambicioso abogado era adecuado para ella antes de abrirle las puertas de su santuario de intimidad, y no se arrepentía de haberlo hecho así, pues tras un viaje de fin de semana con él, descubrió que era el último hombre con el que debía embarcarse en una relación seria.

Durante ese tiempo sabía que Lukas había salido con algunas chicas. Tenía citas de vez en cuando. Lo intuía cuando se ponía camisa para salir en

lugar de alguna de sus habituales camisetas. O cuando limpiaba el coche con esmero antes de ir a recoger a alguien. Pero hasta la fecha nunca había llevado a una de sus conquistas a su santuario. Al santuario que compartían ambos y nadie más.

Con la puerta de su cuarto cerrada, apoyó la cabeza en la madera y vació sus pulmones con una gran exhalación. Solo se sentía molesta porque no la había avisado. ¿Tanto le habría costado hacerlo? ¿Y no se había parado él a pensar que ese tipo de visitas podía alterar la mecánica de su convivencia? Incluso había dejado a su conquista sola en casa con ella, y haciendo solo un par de días que la conocía. ¿Y si era una psicópata?

Sí, todo eso era lo que le molestaba y nada más, se dijo a sí misma sacudiendo la cabeza y decidiendo cumplir con su palabra y marcharse de allí cuanto antes. Por nada del mundo quería pasar el domingo viendo y escuchando las carantoñas que se profesaran esos dos.

Pero aquello no iba a quedar así. Ni mucho menos. En cuanto lo pillara a solas, iban a tener una conversación muy, pero que muy seria al respecto. No habían puesto normas para ese tipo de situaciones, pero estaba claro que era el momento de hacerlo.

CAPÍTULO 3

Las últimas notas de *The man who can't be moved*, de The Script resonaron en la clase de música y como solía ser habitual en estos casos, cuando conseguía hipnotizar a sus alumnos con un tema desconocido para ellos, el silencio se hizo patente en el aula durante largos segundos en los que todos quedaron sumergidos en las sensaciones que les había proporcionado el tema. Lukas disfrutaba especialmente de esos momentos en los que conseguía entrar en sus mentes, y lo más importante, en sus almas, haciendo que tuvieran cabida en ellas músicas, cantantes y melodías inesperadas que se salían de su habitualmente cerrado círculo musical.

La música lo era todo para él. Su vida entera había girado siempre en torno a las notas, las melodías, las voces y las letras. Le parecía mágico conseguir transmitir emociones tan fuertes, quebrar almas o recomponerlas con una canción que en ocasiones ni se cantaba en tu lengua, ni podías entender. Sin embargo, la música era capaz de hacer eso, unir, sanar, transportarte, abrazarte, revolverte, sacudirte, y un millón de cosas más. Y eso era lo que intentaba inculcar él a sus queridos alumnos con cada clase.

No obstante, aquel lunes su mente estaba en otro sitio y cuando terminaron aquellos primeros segundos, tras asumir las emociones producidas por la canción, él seguía perdido en su mente y solo fue consciente de que era así cuando sintió las miradas de los treinta y cuatro chicos clavadas en él de forma interrogativa.

—Profe, te has quedado atontado — le dijo Suzie, una de sus alumnas.

Lukas sonrió de medio lado. No iba a confesar frente a una treintena de adolescentes entrometidos que Mónica lo estaba volviendo loco, así que se decidió por la salida más fácil.

—Bueno, es lo que tiene la música, ¿no? Te hace sentir...

—Pues por tu cara parecía que estaba dándote un apretón. —Ese fue el comentario de Zach, el gracioso de su clase. El resto de compañeros rieron, incluido él, aunque lo señaló con el dedo índice con una advertencia. El chico subió ambas manos proclamando su inocencia y las risas los acompañaron unos segundos más.

—Esta canción no estaba mal...

—¿Que no está mal? A veces me provocáis escalofríos. —Fingió sufrir uno sacudiendo los hombros con violencia—. ¡Es uno de los mejores grupos de la historia del pop! —proclamó abriendo los brazos.

—Pues yo no lo había oído antes —volvió a intervenir Zach.

—Profé, no eres justo. Esto es música de viejos.

Lukas se llevó una mano al corazón, como si le hubiese clavado un puñal. Estaba a punto de cumplir los treinta y dos y ya era un auténtico carcamal para su clase de adolescentes. No se lo iba a tener en cuenta, él también había tenido catorce y quince años y a esa edad creían que lo sabían todo. Sonrió y se sentó sobre su escritorio apoyando las manos a ambos lados de sus piernas.

—Está bien, jóvenes terroristas musicales, no queda más tiempo, así que de deberes para el próximo día vais a investigar un poco sobre Billie Eilish. Tiene diecisiete años y un talento fuera de lo normal, ¿es muy mayor para vosotros?

Las miradas sorprendidas de sus alumnos fueron mejor que cualquier recompensa.

—Quiero que la oigáis y me traigáis alguna frase de alguno de sus temas con la que os sentís identificados.

En ese momento sonó el estridente timbre de la alarma que anunciaba el final de la clase. Y no tuvo oportunidad de decir nada más porque todos se levantaron como si les quemase la silla y recogieron sus cosas a una velocidad sorprendentemente inquietante. Él cabeceó y los imitó, bajando de la mesa, y

tras rodearla empezó a guardar sus cosas en la mochila de cuero marrón que le había regalado Mónica la última navidad. Le encantaba esa mochila, pero al volver a pensar en su compañera de piso frunció el ceño, sintiendo que regresaba su mal humor.

—¿Problemas en el paraíso? —La pregunta vino de la puerta. Lukas vio entrar a Neal, su mejor amigo y profesor, como él, en la escuela. Aunque este impartía matemáticas, y con frecuencia decía que sus clases eran más un concierto para sus alumnos que una asignatura seria para su formación académica. Él estaba tranquilo al respecto, no enseñaba matemáticas, enseñaba arte, sentimientos, y sus alumnos dejaban la escuela sabiendo más sobre música que en cualquier otro centro educativo.

—La clase ha ido genial, como siempre —alegó cerrando la mochila—. Los chicos son fantásticos.

Neal sacudió la cabeza dando a entender que él no opinaba lo mismo.

—Tal vez si hicieses que tus clases fuesen más divertidas... —dijo saliendo de la clase con él para recorrer los atiborrados pasillos.

—Las mates no tienen que ser divertidas.

Lukas lo miró alzando una ceja. Sabía que a su amigo le apasionaba la materia que impartía, pero simplemente no era capaz de transmitir dicha pasión, concentrado como estaba en su disfrute personal cuando se recreaba en la pizarra explicando algún teorema o resolviendo alguna ecuación.

—Lo que tú digas. Pero no son los chicos los que me quitan el sueño.

—¡Oh, sí! ¡Es verdad! Habías quedado este fin de semana con la tía buena esa que conociste en el parque —dijo con entusiasmo—. Cuenta, cuenta, que desde que estoy casado tengo que vivir este tipo de cosas a través de ti.

—Llevas poco más de dos años sumergido en la placentera vida conyugal. ¿Ya te has cansado? —preguntó intentando desviar la conversación.

—Por supuesto que no. Amy es la mejor mujer del mundo. Pero desde

que decidimos quedarnos embarazados, está un poco...

—¿Desquiciada?

—Tensa, está un poco tensa. Ahora solo echamos un polvo cuando lo dice el calendario o ese aparatito que se ha comprado que le controla la temperatura, la ovulación y esas cosas. Me pregunto si habrá hackers que puedan manipular ese tipo de artefactos el demonio.

—¿Para que tengas más sexo con tu mujer? —rio Lukas abiertamente por la idea—. Dudo que la experiencia les resultase tan estimulante como entrar en alguna red del gobierno o una multinacional maliciosa.

Neal hizo una mueca y él rio con más ganas.

—¿Has probado a seducirla?

—¿A mi mujer? Me casé después de quince años de noviazgo para no tener que hacer ese tipo de cosas nunca más.

—¿Y esperas que tu matrimonio dure así, tanto como tu noviazgo?

—¡Fue a hablar el especialista en mujeres! ¿Por qué no dejas mi matrimonio en paz y me cuentas de una vez tu cita con esa modelo de piernas largas?

Lukas resopló y se pasó la mano por el cabello rizado.

—¿¡No me digas que no mojaste!?

Esta vez miró a su amigo con exasperación.

—Si tanto te interesa —dijo bajando la voz y acercándose a él, pues no le parecía la mejor conversación para tener por los pasillos, llenos de estudiantes—, sí, mojé. Pero ese no es el problema.

—¿Y cuál es entonces?

—Mónica.

—Ahhh... Mónica. —Neal elevó las cejas y abrió la boca en un gesto de lo más molesto.

—¿«Ah, Mónica»? ¿Qué diablos significa eso?

—«Ah, Mónica». Significa exactamente eso. ¡Ah, Mónica! De verdad, luego dices que no estás pillado por ella. Has quedado con una tía buena este fin de semana. Una tía buena no, una modelo.

—Es modelo de manos...

—¿Y sabe usarlas de manera productiva? Porque es lo único que me importa ahora. Y lo único que debería importarte a ti. Llevabas meses sin tener una cita. Empezaba a estar preocupado, porque no es que no puedas tenerlas. En esa sala de profesores —dijo señalando la puerta frente a la que se habían detenido, sin entrar—, sé de al menos un par que llevan meses intentándolo contigo, pero tú no las ves.

—Las relaciones entre compañeros de trabajo solo son un quebradero de cabeza.

—Eso mismo dijiste de las relaciones entre compañeros de piso. Se supone que ese era el motivo por el que no le tirabas la caña a Mónica.

—No es un salmón.

Esta vez el exasperado parecía Neal, que soltó todo el aire como si le sobrase en los pulmones.

—Pero es cierto, las relaciones entre compañeros de piso son complicadas —apuntó él encogiéndose de hombros.

—No lo son si se entablan con la persona correcta. Y ella te gusta.

—¡Eso es una estupidez!— exclamó Lukas decidiendo entrar por fin en el sala de profesores. En cuanto lo hicieron, las miradas de un par de compañeras se clavaron en él con interés y algunas más lo hicieron con curiosidad o reprobación por el impropio con el que había hecho acto de presencia. Saludó a todos con una escueta sonrisa de disculpa y fue derecho a la nevera en la que guardaban sus almuerzos. En cuanto tuvieron sus comidas y se sentaron en la única mesa vacía, continuó—: Mira, no voy a negar que al principio sí me sentí atraído por ella. De una forma... curiosa.

—Curiosa... —repitió Neal antes de dar un mordisco a su sándwich para que le explicara el comentario.

—Sí, Mónica es una mujer muy interesante cuando se pasa algo de tiempo con ella. Es como si fuese una cebolla.

—Mmmm, ¡qué estimulante! En mis fantasías siempre me imagino a las mujeres como algo apestoso.

—Quiero decir que es compleja. Parece una cosa; una mujer dura, fría, inaccesible a veces maniática y demasiado empeñada en mantener el control.

—Un dechado de las mejores virtudes para atraer a un hombre —apuntó Neal por el simple placer de sacarlo de sus casillas.

Conocía bien a Mónica. Lukas era su mejor amigo y cuando este le dijo que había encontrado piso, lo primero que hizo fue insistir en conocer a su nueva compañera. Y tanto su mujer, Amy, como él, habían determinado enseguida que les gustaba. Les gustaba tanto como para pensar que era lo que necesitaba Lukas. Sin embargo, y en contra de todas sus predicciones, entre los dos se había fraguado una relación solo de amistad. Era una amistad profunda pero que ambos se negaban por algún motivo absurdo a llevar más allá cuando era más que evidente que estaban hechos el uno para el otro.

—¡Pero ella no es así! —la defendió con vehemencia—. Es apasionada, vulnerable, dulce, se puede confiar en ella y hasta sus pequeñas manías resultan encantadoras, a veces.

Neal apretó los labios para no romper a reír a carcajadas. Era muy divertido ver cómo la describía mientras se negaba a aceptar lo que sentía por ella. Finalmente decidió seguir indagando en el motivo del enfado de su amigo.

—Y siendo tan maravillosa como es, ¿qué problema habéis tenido?

—Pues no lo sé. Se ha enfadado y no lo entiendo. Sé que no la avisé de que Nikki se quedaría a dormir. Tampoco lo había planeado, simplemente

surgió, y al llegar a casa no iba a dejar lo que tenía entre manos para ir a su cuarto a notificarle que iba a echar un polvo, ¿no?

Lukas lo miró, esperando que le diese la razón en su forma de actuar, pero Neal solo pudo abrir los ojos como platos.

—¿Llevaste a esa chica a casa y pasó la noche contigo?

Lukas sacudió la cabeza sin comprender qué parte no había entendido.

—Síiiiiiii...

—¿Por qué? No lo habías hecho antes.

—Lo sé. Pero no sé muy bien el motivo. La cosa es que llevé a Nikki y Mónica se la encontró en la cocina. No me dio tiempo a presentarlas. Fue algo... tenso.

—Apuesto a que sí —dijo Neal antes de dar un sorbo a su botellín de agua—. ¿Y qué te dijo Mónica después, cuando lo hablasteis?

—Ese es el tema. No me habla.

—¿No te habla?

—Ni una palabra. Ayer desapareció tras el «momentazo». Y por la noche llegó tardísimo y se metió en su cuarto directamente. Cuando toqué a su puerta para hablar con ella, no me respondió. Imagino que estaría dormida. Y esta mañana se había marchado antes de levantarme yo.

—A lo mejor solo está ocupada. Si tiene cosas de trabajo...

—Nunca ha estado tan ocupada como para no desayunar antes de marcharse. No me habla y no sé por qué.

—Ya... —dijo Neal chasqueando la lengua contra el paladar—. Y de la otra chica, ¿sabes algo? ¿Vas a volver a quedar con ella?

—Sí, supongo. Quedé en llamarla esta semana —respondió Lukas con gesto despreocupado.

—Bueno, pues ya me contarás cómo sigue todo.

—¿Que ya te contaré? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Lukas, ¿qué quieres que te diga? ¿Que estás pillado por Mónica y no quieres aceptarlo? ¿Que la prueba es que te has acostado con una mujer preciosa y sin embargo estás pensando en si no te habla tu compañera de piso?

Lukas bufó.

—Siempre estás igual. ¡No estoy enamorado de ella! Solo somos amigos y compañeros de piso.

—Mira, yo solo digo que tú y yo somos amigos, y hemos sido compañeros de piso muchos, muchos años. Y jamás me has hecho café todas las mañanas. Y ahora, sigue pensando lo que quieras, pero yo de ti, me dejaría de tonterías y hablaría con ella sinceramente de tus sentimientos antes de que sea demasiado tarde.

Neal se levantó de la mesa y lo dejó solo tras sus contundentes palabras, que ya no pudo borrar de su mente en todo el día.

CAPÍTULO 4

Mónica cerró el libro y desvió la mirada hacia la ventanilla del vagón del metro. No había mucho que ver, pero quería ocultar el rostro, al borde del llanto, del campo de visión de Jess, su mejor amiga y asistente en el bufete. Siempre se metía con ella por devorar novelas románticas que la hacían suspirar y llorar cada dos por tres. Su lema era: «Menos lectura y más polla dura». Una ordinariez que la sacaba de quicio. Eran los momentos en los que se preguntaba cómo era posible que mantuviesen una amistad que ya duraba cinco años. Jess fue la que le consiguió la cita para su entrevista en West Morgan & Fisherman. Y jamás podría agradecerle lo suficiente haberle facilitado su ingreso en la firma. Pero cuando se trataba de romanticismo, tenía el mismo nivel que una piedra. Aunque cualquiera lo diría al verla. A Jess le gustaba vestir con prendas *vintage* de colores pastel, estampados florales y dulces y cuellos bebé. Un disfraz para ocultar a la loba que escondía en su interior. Tan solo su melenita pelirroja, a la altura de los hombros y sus ojos azules y vibrantes hacían presagiar su carácter fuerte y decidido. La incontinencia verbal era otra de sus virtudes, pero esa noche estaba más callada de lo normal. No le había dado importancia porque le venía bien. Después de un duro día entre casos y más casos de divorcios, terminar su última lectura y recuperar la fe en el amor era justo lo que necesitaba.

Pero por alguna razón, el final de su libro, aunque feliz como era de esperar, le había dejado un sabor agrídulce. Se había emocionado y de ahí el comienzo de su llanto silencioso, pero al cabo de unos segundos, el llanto continuó, inundado de cierta amargura. Sintió por primera vez que las historias que leía eran totalmente inalcanzables para ella. Como si pensase que jamás viviría algo igual de intenso que esas historias que le trastocaban el alma.

Nunca antes había sentido algo así. Le gustaban las historias cargadas de

romance y siempre había anhelado secretamente el día en el que llegaría la suya, cuando fuese el momento. Llevaba años confeccionando y siguiendo un plan para su vida en el que había priorizado llegar a sus objetivos laborales, pero no por eso había renunciado a una vida repleta de romance, solo que no tenía prisa.

Por ese motivo se sintió sobrecogida por la inesperada urgencia de su corazón. Se sentía como si se le escapase el último tren de la noche y fuese a quedarse tirada en la estación. Era absurdo y se limpió el rostro rápidamente, dispuesta a deshacerse de esa sensación tan desagradable e incoherente. Miró a Jess y comprobó que seguía pegada a la pantalla de su móvil, sin pestañear siquiera. Su amiga la ayudaría a despejarse.

—¿Qué te parece si nos tomamos algo? —le dijo chocando el hombro con el de ella para llamar su atención.

—Claro. El viernes hay un concierto en el Diva's. —El tono distraído de Jess le dejó claro que solo había oído la mitad de sus palabras.

—El viernes no. Hoy.

Jess levantó la vista de su pantalla y la miró interrogativamente.

—¿Hoy? Hoy es lunes. Tú no sales los lunes. Ni los martes, ni los miércoles, ni los jue...

—Vale, vale. No me gusta salir entre semana, pero hoy sí —repuso haciendo acopio de toda su paciencia.

—¿Qué tiene de especial hoy?

—No me apetece volver a casa... aún —añadió cuando los ojos azules de su amiga se encogieron.

—Pero si hoy es vuestro día de cena y partida de damas. No es que lo apruebe, ya sabes que me parece un plan de viejos. Pero para Lukas y para ti es algo así como sagraaaado. —Abrió los ojos de forma exagerada y cómica.

—Sí. Antes había muchas cosas sagradas... —repuso entre dientes—,

pero las cosas cambian, ¿no?

—¿Las cosas cambian? Tú no has cambiado ni de peinado en los últimos cinco años.

Mónica arrugó la frente y contempló su reflejo en la ventanilla. Se pasó la mano por el pelo y se dio cuenta de que no recordaba haberse visto de otra forma desde que iba al instituto. Solo se había dejado crecer un poco el flequillo, pero nada más.

—Pues mira, tal vez sea el momento de hacer algo al respecto también con eso —dijo concentrada en su reflejo.

Jess agitó la cabeza y esta vez creyó que la cosa era suficientemente importante como para guardar su móvil en el bolsillo de su chaqueta. Después posó la mano sobre su frente y apretó los labios concentrada.

—Pues no, no tienes fiebre. Espera que compruebe si estás muerta. —Su siguiente paso fue tomar su muñeca y pretender tomarle el pulso.

Mónica sacudió la mano y se deshizo de ella.

—¡Para! Me haces parecer una persona aburrida y patética. —Se cruzó de brazos y elevó la barbilla.

—Yo no he dicho nada de patética, pero no puedes negar que eres un animal de costumbres.

Esta vez prefirió bufar en respuesta. No dijo nada, pero se preguntó si Lukas la vería igual de aburrida que su amiga. Negó con la cabeza. ¿Qué más daba lo que pensara Lukas sobre ella?

—Entonces, ¿tomamos algo o no? —atajó consciente de que necesitaba una vía de escape, más que nunca.

—No puedo. He quedado con mi madre para cenar. —La mueca de hastío de Jess hizo que sintiese hasta compasión por ella.

—Está bien —dijo con resignación. Aunque en su mente solo podía pensar en la forma de volver a esconderse en su cuarto nada más llegar y

evitar cruzarse con su compañero.

Estaba segura de que él iba a insistir en que hablasen del tema de «su amiga», y aunque el día anterior, al marcharse de casa, se había prometido a sí misma que sería lo que haría en cuanto tuviese oportunidad, lo cierto era que con el paso de las horas, se había dado cuenta de que no se sentía preparada para hacerlo. Aún estaba enfadada y dolida. Era como volver a la adolescencia y sentir que tus sentimientos te poseen sin razón alguna y sin que sepas cómo gestionarlos. Aún no sabía cuál iba a ser su estrategia para abordar el tema y por eso era mejor evitarlo.

El metro se detuvo y ambas se levantaron de sus asientos para serpentear entre la gente y dirigirse a la salida. Cuando por fin llegaron a la calle, la noche había refrescado. Se ajustó la americana cruzándose de brazos y miró al cielo, donde una brillante luna casi llena resplandecía sobre ellas.

—No te enfades, mañana nos tomamos esa copa —le dijo su amiga, tomándola del brazo.

Se limitó a asentir con media sonrisa. No estaba enfadada, solo se sentía frustrada. Así que se despidió de Jess depositando un beso en su mejilla.

—Que te sea leve la cena —le dijo.

—Y tú que ganes hoy la partida —añadió Jess separándose de ella y empezando a caminar en dirección contraria.

Durante unos segundos la vio marchar. Se miró los zapatos como si les rogase que empezaran a andar, pero no lo hicieron. Finalmente tomó cuanto oxígeno pudo atesorar en los pulmones y, soltándolo con energía, decidió que nunca había sido una cobarde y que no era el momento de empezar a serlo. Dando sentido a sus palabras, comenzó a recorrer el escaso trayecto que la separaba del edificio en el que se encontraba su hogar. Siempre hacía ese recorrido con unas ganas enormes de llegar a casa, descalzarse, cambiarse de ropa y compartir las últimas horas del día con Lukas, pero solo pensar que

quizás él estaba con su nueva amiga, hizo que le doliese el estómago.

Sin embargo, cuando llegó hasta la puerta del edificio, el desasosiego que sentía se esfumó para dar paso a la sorpresa. Allí, en el portal, estaban congregados todos los vecinos del edificio. Había tanta gente que solo consiguió abrir la puerta empujando y haciendo presión contra los cuerpos de los presentes. Se vio envuelta en una masa de personas que hablaban unas sobre otras sin guardar ningún turno. De repente, una mano la tomó de la cintura y la atrajo entre la masa, moviéndola. Cuando se detuvo vio que el que la sostenía era Lukas, que clavó su mirada celeste en ella con gesto preocupado. El corazón comenzó a latirle con fuerza, y si no hubiesen estado inmersos en el jaleo de la discusión de los vecinos estaba segura de que él habría podido oír su acelerado latido. Se dijo que era por la incertidumbre de no saber qué estaba pasando, pero lo cierto era que la mano de Lukas aferrada a su cintura le estaba abrasando la piel.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —lo interrogó para distraer su mente del contacto que mantenían.

—No te lo vas a creer, pero han vendido el edificio. Y según se rumorea, nuestros alquileres corren peligro. Puede que nos quedemos sin casa.

Mónica, paralizada e incrédula, se quedó mirando los labios de Lukas como si esperase que de un momento a otro él le dijese que era una broma, pero desgraciadamente no fue así.

CAPÍTULO 5

Mónica no lo podía creer. Minutos antes estaba pensando en que necesitaba cambios en su vida y en evitar a Lukas y ahora su mayor pesadilla era que las cosas cambiaran y que ambos se quedasen sin piso, lo que podría suponer dejar de vivir con él para siempre. Aún no era capaz de distinguir las quejas de los allí congregados, empeñados en hablar todos a la vez. Hasta que un fuerte silbido se abrió paso entre las voces haciendo que estas se detuviesen.

—Por favor, no hace falta sacar las cosas de quicio. De momento, los señores Gallagher solo han expresado su deseo de mantener una reunión con cada uno de los inquilinos... —dijo el hombre pasándose un pañuelo por la despejada frente.

Era evidente que se estaba comiendo un marrón de sus jefes y que estaba deseando salir de allí pitando. Mónica casi sintió compasión por él, pero la necesidad de saber qué iba a pasar con sus casas superaba a la empatía que pudiese sentir por aquel hombre con el que compartía profesión.

—Pero, ¿con qué fin? Nunca antes nos hemos tenido que reunir con el anterior dueño, solo con Ernesto, el de mantenimiento.

Mónica alzó la cabeza poniéndose de puntillas para ver a la vecina que acababa de pronunciarse, Naomi. Una asiática preciosa con cara de pocos amigos que siempre los saludaba con algo así como un sonido gutural que salía de su garganta, más parecido a un gruñido. Había muchos rumores sobre las actividades a las que se dedicaba para ganarse la vida, pero ella nunca había visto nada fuera de lo normal.

—Con el cambio de dueños, cambia la forma de actuar. Los señores Gallagher tienen todo el derecho a modificar las condiciones de admisión e incluso los contratos... —intervino de nuevo el abogado de los mismos, y

nuevamente fue interrumpido por las voces encolerizadas de los vecinos.

—¡No puede ser! Algunos llevamos viviendo aquí más de diez años y ahora, ¿van a echarnos? —Ese era Preston, el vecino de 5° C. Su mujer y él eran de los más veteranos del edificio. Tenían dos niños ruidosos y un perro pequeño con muy malas pulgas.

—Nadie ha hablado de echarles, solo de mantener una reunión con los dueños.

—Una entrevista, más bien —volvió a intervenir Naomi.

—Los Gallagher tienen una idea muy específica del tipo de inquilinos que quieren para sus propiedades...

—¿Crees que nos van a hacer una entrevista? —La voz susurrante de Lukas contra su oído le produjo un cosquilleo que le erizó la piel de la nuca. Lo tenía tan pegado que podía sentir su aliento de menta.

Sacudió la cabeza intentando despejar la turbación de su mente.

—No lo creo, sería absurdo —repuso ella también en voz baja mientras el resto seguía discutiendo con el abogado.

—Las entrevistas para alquilar están a la orden del día...

—Pero no somos nuevos inquilinos —repuso nerviosa. Lukas, sin embargo parecía mucho más tranquilo que ella.

—Para los nuevo dueños, sí. No nos conocen de nada. Tampoco es tan descabellado pensar que quieran saber algo sobre nosotros.

Mónica frunció el ceño y se mordió el labio inferior con duda.

—¡Algo tenemos que poder hacer! ¡Esto no puede ser legal! ¿Dónde está la estiradilla del sexto? —gritó otra de las vecinas.

Seguía dando vueltas a la frase de Lukas cuando sintió que la zarandeaban.

—Me parece que se refieren a ti —le dijo Lukas. Y ella, sin comprender, volvió a fruncir el entrecejo.

—Sí, tú. ¿No eres abogada o algo así? ¡Algo podrás hacer! —le preguntaron.

Vio que, tras la frase de Preston, el resto de vecinos se giraba para prestarle toda su atención. Y de repente se sintió como uno de esos extraños ejemplares de los acuarios a los que todo el mundo mira con expectación, como si fueran a hacer algo más que nadar plácidamente en su tanque. Tuvo ganas de tragar saliva y salir corriendo escaleras arriba. Pero además de que no habría conseguido atravesar el hall, antes de poder negarse siquiera, empezaron a moverla entre la gente hasta que terminó junto al abogado de los nuevos propietarios.

El hombre volvió a secarse la frente y tomó aire antes de entregarle un documento que constaba de varios folios con el contrato de compra de los Gallagher y los derechos de los mismos. Elevó el rostro un segundo para enfrentarse a las miradas iracundas de sus vecinos y solo cuando se cruzó con la sonrisa de Lukas, respiró con profundidad y volvió a prestar atención al documento, comenzando a analizarlo. No tardó mucho en llegar a la parte en la que decía claramente que todo aquello que intentaba explicarles el abogado era cierto. No podían hacer nada en absoluto, salvo acceder a las entrevistas si querían conservar sus alquileres.

Por supuesto, la noticia cayó como un jarro de agua fría para todos. Y en cuestión de minutos, enojados y frustrados, comenzaron a moverse para desalojar el hall entre protestas.

—¡En un par de días comenzarán a recibir las invitaciones para los encuentros! —dijo el abogado elevando la voz, al ver que el gentío empezaba a dispersarse sin que hubiese dado por concluida la reunión.

Lukas y ella se miraron y siguieron al resto para marcharse. Aunque vivían el último piso del edificio, había cola para subir por el ascensor y decidieron hacerlo andando. Los cinco primeros pisos, acompañados de otros

inquilinos, lo hicieron en un incómodo silencio. No era como cuando estaban juntos tumbados en el sofá, relajados y disfrutando de su mutua compañía. El ambiente estaba cargado de una tensión asfixiante, como si todo lo que no se habían dicho durante los dos últimos días hubiese erigido un muro entre los dos.

—Deberíamos hablar. —Lukas fue el primero en pronunciarse cuando comenzaron a subir el último tramo, ya solos, al parecer dispuesto a derribar aquella barrera.

—Sí, con Leonard. Debería estar al corriente de todo esto —dijo rápidamente para evitar que él dirigiese la conversación al tema de su «amiga» y el comportamiento ausente que había tenido ella desde que la había conocido. Lukas la miró alzando las cejas y ella siguió argumentando rápidamente, desviando la mirada—. Él es el primer inquilino, e imagino que también tendrá que hacer algún tipo de entrevista. No creo que pueda venir en medio de la grabación de la serie. Esto va a ser un problema —dijo sacando sus llaves y comenzando a abrir la puerta.

Entró seguida de Lukas y dejó su bolso y chaqueta en el perchero del recibidor.

—Tenemos que hablar de nosotros.

Mónica se quedó paralizada un segundo. Pero después negó con la cabeza y siguió caminando hasta que la voz de Lukas la detuvo.

—¡Mónica! —Se giró lentamente y dejó caer los hombros sintiendo que se le aceleraba la respiración.

—¿Nosotros?

El corazón se le desbocó de manera inmediata. No era la primera vez que hablaban de ellos como «nosotros», y aun así, la forma intensa en la que él clavó su mirada celeste en ella reduciendo la distancia entre los dos, la hizo sentir tan abrumada como cuando la había tomado por la cintura al llegar al

edificio.

No sabía qué demonios le estaba pasando, pero no podía dejar que aquello continuase.

—Estoy cansada. Será mejor hacerlo mañana... —Quiso huir a su cuarto.

—¿Tan cansada como para ni siquiera contarme lo que te pasa conmigo?

—¡No me pasa nada en absoluto! —exclamó a la defensiva.

—Pensé que nuestra amistad significaba algo para ti. Pero si te atreves a mentirme de forma tan descarada, está claro que me equivocaba.

Mónica apretó los labios sintiendo que el enfado la poseía.

—¿Nuestra amistad? ¡No soy yo la que no respeta nuestra amistad! ¡Lukas Woodside, no te atrevas a culparme a mí de los problemas que haya en nuestra relación...

—¿Así que reconoces que hay un problema? —preguntó él acercándose tanto a ella como para tenerlo a solo unos centímetros. Recorría su rostro esperando una respuesta con interés y cuando ella advirtió la sonrisa satisfecha que se escondía tras sus labios carnosos tuvo ganas de estrangularlo.

Odiaba que fuese así, pero él la conocía demasiado. Tanto como para saber qué teclas tocar para conseguir la reacción que quería de ella. Y en esa ocasión era hablar de algo que no era capaz de racionalizar aún.

Sí, le molestaba que él estuviese saliendo con alguien y hubiese llevado a su conquista a casa, la casa que compartían. Pero no había ninguna razón racional para sentirse de esa manera. Debería alegrarse por su amigo, ¿no? Y sin embargo solo tenía ganas de gritarle todo tipo de improperios.

—El único problema que hay aquí es que te crees el centro del universo. ¡Todo tiene que girar en torno a ti y no, no es así! Solo estoy ocupada y cansada. Y la verdad, ahora prefiero centrarme en el tema de los nuevos caseros. No puedo perder este alquiler. —«Y la posibilidad de seguir

viviendo contigo», pensó.

Pero eso no se lo dijo.

Se limitó a dar un paso atrás para marcar las distancias y elevando la barbilla muy digna, aprovechó que parecía sorprendido por su salida de tono y se dio la vuelta.

—Buenas noches, Lukas.

Se despidió frente a la puerta de su cuarto. Antes de cerrarla tras ella, escuchó:

—No podrás huir para siempre, Bambi.

CAPÍTULO 6

Lukas escuchó la risa de Mónica desde su cuarto. Hacía más de cuatro días que ella lo privaba de ese placer. Seguía distante a pesar de asegurar que no le pasaba nada con él. Sabía que no era cierto. Y aunque creía que debía haberle presentado a Nikki antes de tener que encontrársela ella en la cocina, no llegaba a entender la gravedad del asunto hasta el punto de que hubiese desechado su amistad, de plano, con tanta facilidad.

Llevado por la curiosidad de saber qué la estaba haciendo reír de aquella manera, salió de la habitación y con el sigilo de un ninja fue hasta el salón. La vio de espaldas, sentada frente a la isla de la cocina en uno de los taburetes altos que la rodeaban. Tenía el portátil sobre la madera y cuando estuvo a escasos pasos de ella vio que hablaba por FaceTime con Leonard.

—Dime la verdad, ¿sales con alguien? —le preguntaba él y ella rio divertida y se colocó el cabello tras la oreja con coquetería.

Lukas se detuvo inmediatamente, llevado por la curiosidad.

—Cuando tú me cuentes si es cierto lo que se dice por internet de que sales con tu compañera de reparto, yo abriré el baúl de mis secretos. *Quid pro quo*, querido amigo.

Mónica volvió a reír y algo burbujeó en su pecho.

—Eres perversa... —repuso Leonard—, pero me parece justo. Te lo cuento a ti porque sé que eres una tumba, pero lo cierto es que todo el mundo se equivoca. En realidad he comenzado a tener un tórrido romance con...— Leonard bajó el volumen a un tono de confidencia y tuvo que acercarse un paso más para poder oírlo— ¡Lukas!

—¿¡Lukas!?! —preguntó Mónica estupefacta irguiéndose.

—¡Querido amigo! ¿Qué tal te va todo? —preguntó Leonard abriendo los brazos como si pudiese acogerlo entre ellos.

Mónica giró el rostro para mirar por encima de su hombro y lo encontró allí con una sonrisa avergonzada por haber sido sorprendido. Ella volvió a girarse cruzándose de brazos y apoyando ambos sobre la encimera. Su buen humor de hacía unos segundos se había esfumado por completo. No era el momento de enfrentarse a ella, así que simplemente se acercó y saludó a su amigo, que seguía esperando una respuesta.

—¡Hola, Leonard! Por aquí todo bien. —Apoyó una mano sobre la encimera para bajar a la altura de la cámara y su rostro quedó tan cerca del de Mónica que su cabello le acarició la mejilla. La observó y ella cruzó su mirada castaña con la suya durante un segundo, antes de desviarla con rapidez.

« ¿Le había mirado los labios y luego el pecho desnudo? », se preguntó alzando una ceja y olvidando por completo que Leonard los contemplaba con interés.

—Ya veo que sigues paseándote por casa ligero de ropa —comentó su amigo riendo. Y él puso los ojos en blanco.

—Me estaba vistiendo cuando he oído voces. Si hubiese sabido que teníamos audiencia con su alteza real británica, me habría puesto algo a la altura —repuso con sorna.

Tanto Mónica como Leonard rieron al instante.

—Además, querido. Fuiste tú el que impuso la vestimenta informal el día que vinimos a ver el piso y nos abriste en ropa interior y bata de seda —apuntó Mónica.

—*Touché*. Y bueno, Lukas es como el David de Miguel Ángel viviente. Mientras Mónica se sienta cómoda, no seré yo el que se queje de las vistas —repuso Leonard, del que sabían desde hacía tiempo que era abiertamente bisexual.

—A Bambi no le importa —habló por ella por el placer de chincharla.

Lukas vio a Mónica mirarlo nuevamente de soslayo y sonrojarse como

una colegiala. Su actitud le sorprendió y agradó tanto que sonrió como si le acabase de tocar la lotería.

—Nos estamos distraendo —los llamó ella al orden—. Tenemos que hablar de un asunto importante; los nuevos dueños.

—Sí, contadme de qué va eso. ¿Han vendido el edificio? ¿A quién?

—A un matrimonio. Los Gallagher. Su abogado vino hace unos días y nos dijo que los nuevos propietarios quieren tener una entrevista con todos los inquilinos. Al parecer tienen una política muy definida del tipo de arrendatarios que quieren en su edificio.

—¿Creéis que van a echar a los inquilinos de sus casas?

—Eso es lo que entendimos. Pero no tenemos idea de qué política es esa —repuso Lukas—. Sabremos más cuando recibamos «la invitación».

—Claro, ya imagino. Yo no puedo viajar ahora a Estados Unidos. Me quedan por delante tres meses de rodaje intensivo. Pero cuando recibáis la citación, llamadme y me pondré en contacto con los dueños para hablar con ellos por video llamada. No creo que tengamos ningún problema. Somos los mejores inquilinos que hay —dijo con una sonrisa autosuficiente.

—Sobre todo tú, que no estás nunca —intervino Mónica—. No me quejo, pero aún no entiendo por qué sigues manteniendo este alquiler.

—Porque me gusta volver con vosotros cuando huyo de mi glamurosa vida como actor —dijo con dramatismo.

Los tres sonrieron hasta que escucharon una voz femenina que llamaba a Leonard.

—Tengo que marcharme —anunció.

—Muy bien, estrella. Pues te mantendremos informado. Cuídate —se despidió Lukas con un gesto de su mano.

Mónica le lanzó un beso que Leonard capturó en el aire y se llevó al corazón.

Un segundo después se cortó la llamada. Mónica suspiró y se giró. Al hacerlo se encontró frente a frente con él, que no se había movido un centímetro. Se inclinó hacia atrás, chocando la espalda contra la isla y él apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo.

—¿Qué haces? —preguntó ella parpadeando varias veces—. Tengo que salir. Si me disculpas...

—No te disculpo. —El tono de Lukas sonó tan contundente que ella quiso apartarlo de un empujón. Elevó la mano pero se percató nuevamente de su desnudez. No quería tocarlo y bajó la mano de nuevo.

—No quemo, puedes tocar si quieres... —Aunque tenía unas ganas locas de sonreír al ver la reacción azorada de Mónica, se contuvo y mantuvo su gesto impasible. Había visto deseo en su mirada castaña. Un deseo que no había percibido antes y quería volver a ver.

—No quiero tocarte —dijo ella y notó la vibración de su voz al tiempo que volvía a bajar la mirada y lo recorría sin poder evitarlo. Luego la vio cerrar los ojos con fuerza y sacudir la cabeza.

—Mentirosa.

La acusación fue como un revulsivo y consiguió que abriera los ojos nuevamente para enfrentarse a él. Los destellos ambarinos e incendiarios de sus iris le parecieron fascinantes.

—Me parece que se te ha subido a la cabeza lo del David de Miguel Ángel. —Bajó del taburete de un salto y se escabulló como una anguila, poniendo distancia.

Estaba a punto de soltarle algo más cuando oyeron el timbre de la puerta.

—¿Esperas alguna visita esta noche? —le preguntó ella con gesto pétreo.

—No, ¿y tú?

Ella negó con la cabeza y ambos se acercaron a la puerta. Cuando Mónica la abrió, se sorprendieron al ver que no había nadie esperando tras

ella. Se asomaron y comprobaron el pasillo desierto.

—En el suelo —dijo ella. Y vio que sobre el felpudo había un sobre beige con un sello de lacre.

—¡Qué misterioso! —apuntó con sorna agachándose a cogerlo y girándolo. No había remitente ni hacía quién iba dirigido. Lo abrió sin esperar, mientras Mónica cerraba la puerta—. Bambi, acabamos de ser oficialmente invitados a cenar con los nuevos dueños.

CAPÍTULO 7

Mónica se observó en el espejo y resopló con frustración. El vestido azul marino tampoco le favorecía. Miró su cama, cuya colcha estaba cubierta con otra media docena de prendas. No sabía muy bien qué ponerse. La dirección en la que habían sido citados no era un restaurante, sino un edificio de allí cerca en el Village. Estaban a escasas cuatro manzanas y si la invitación hubiese sido diferente, con un vaquero, una blusa y una *blazer* habría bastado. Pero el tipo de invitación y el lacre, le hacía pensar que podía ser algo más formal. Tenía ropa de ese tipo, era abogada, pero no sabía exactamente qué se esperaba de ellos esa noche y dudaba una y otra vez ante su armario. Al llegar esa noche a casa había coincidido con los Preston frente a los buzones, y estos le habían dicho que la vecina del segundo, una de las primeras en ser entrevistadas, iba a marcharse en unos días del edificio. Las alarmas y teorías sobre los motivos de su marcha se habían disparado. Y ya empezaba a temerse lo peor.

Se deshizo del vestido azul y lo dejó sobre la cama junto al resto. Con las manos en las caderas, volvió a enfrentarse al interior de su armario, repasando las prendas que tenía colgadas cuidadosamente en las perchas. Seguro que Lukas no tenía ese problema. Habría cogido lo primero que habría pillado y punto. Hizo una mueca y en ese momento la puerta de su cuarto se abrió.

Lukas se quedó de piedra al abrir la puerta de Mónica. Ella no era de las que se demoraba en arreglarse. Siempre le había sorprendido esa cualidad suya. Tardaba incluso menos que él, por eso dio por sentado que la encontraría completamente vestida, pero en su lugar se encontró con una diosa vestida con tan solo dos escuetas prendas de encaje negro, que acentuaban aún más las curvas de su delicioso cuerpo. Sus pechos en aquel sujetador parecían llenos,

casi rebosantes y tan tentadores como para hacerle tragar una saliva inexistente. Y las braguitas, diminutas, se ajustaban a su redondeado trasero de una forma que despertaba sus ganas de apretujarlo con toda la palma.

—¡Lukas! ¡Vete de aquí! —le gritó ella tirándole una camiseta que tenía a mano, a la cara, pero él la pescó al vuelo.

—Per... dona. Pensaba que ya estarías arreglada —dijo él cerrando la puerta aún con las retinas invadidas con la excitante imagen. Se llevó su camiseta al rostro e inhaló el aroma de su piel, aún en la prenda.

—¡Pues no, no sabía muy bien qué ponerme! —le gritó ella desde el interior de la habitación.

Él pensó que cualquier prenda estropearía su espectacular visión. Mónica siempre le había parecido atractiva, incluso con uno de los pijamas de franela que se ponía en invierno, pero jamás se la había imaginado así. Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que no era capaz de borrarla de su mente.

—Te espero en el salón —se limitó a decirle cuando se percató, al notar tensión en la entrepierna, de que su mente no había sido la única en despertar.

Mónica lo oyó marcharse y, vaciando sus pulmones, se dejó caer en el filo de la cama. Su corazón aun latía a una velocidad al borde del infarto. Cuando él había abierto la puerta tardó en reaccionar y echarlo de allí, pues se había quedado impactada al verlo tan arreglado. Lukas se había puesto una camisa gris con un vaquero azul y una americana que le quedaban de impresión. Y aunque se había quedado impactada con su espectacular visión, tampoco se le había escapado la mirada apreciativa que él había deslizado por su cuerpo, como si la acariciara lentamente.

La piel se le erizó solo de recordarlo y aunque debía estar enfadada, una sonrisa se dibujó en sus labios que detuvo mordiéndose el inferior, tras humedecérselo ligeramente. ¿Desde cuándo le agradaba gustar a Lukas?

zarandéo la cabeza, intentando desechar la idea de su mente. Esa noche tenían una misión más importante y no podía distraerse de su objetivo: Mantener el alquiler. Se levantó rápidamente y se dirigió de nuevo al armario. Lo mejor era no desentonar con su compañero, y tomó una percha, terminando de decidirse. Tan solo unos minutos más tarde, tras calzarse los tacones, salió del dormitorio, totalmente preparada.

Cuando Mónica salió definitivamente de la habitación, Lukas se levantó del sofá con rapidez. Durante un segundo se quedó sin palabras. Había pensado que cualquier prenda que ocultase su cuerpo en ropa interior no haría más que estropearlo, pero no había contado con aquel vestido negro y ajustado que se ceñía de manera insinuante a las sinuosas líneas de su cuerpo.

—¡Wow! Estás preciosa —dijo con sinceridad clavando su mirada celeste en la castaña de ella. La escueta y azorada sonrisa que le brindó fue el mejor regalo para él.

—Tú también estás muy guapo... Muy elegante. —La sonrisa de Lukas fue abierta y cargada de satisfacción.

—¿Estás preparada? —Fue hasta ella y le ofreció su brazo con galantería.

—Totalmente. Vamos a bordarlo y conservar el apartamento. —Aceptó su brazo y ambos se marcharon, convencidos de su éxito.

Decidieron ir paseando, ya que el punto de encuentro estaba cerca y hacía una noche maravillosa. Durante el trayecto, Mónica abrió la conversación preguntándole cómo le iban las clases. Parecía algo nerviosa e imaginó que quería distraerse, y él agradeció que volviesen a sus conversaciones habituales. A Lukas le encantaba regresar a casa y compartir con ella las anécdotas del día con sus alumnos. Mónica solía reír con los comentarios de los chicos y cuando le contaba algún caso peliagudo con alguno de ellos,

siempre le daba un punto de vista que le ayudaba a solucionar la situación. Solo hacía unos días que estaba distante y ya la había echado de menos, por lo que disfrutó de cada una de sus observaciones.

Antes de darse cuenta, habían llegado a la dirección indicada para la cita. —Aquí es... —dijo mirando la fachada y luego a ella—. ¿Lista?

Mónica asintió sin apartar la vista del edificio bajo de ladrillo rojo. Sin embargo, cuando subieron la pequeña escalinata que llevaba a la puerta, la sintió moverse, inquieta, a su lado. La cogió de la mano para reconfortarla y entonces, sin tener que llamar, la puerta se abrió.

—¡Oh! ¡Qué jóvenes y guapos! ¡Una encantadora pareja! ¡Bienvenidos!

Durante un segundo, tanto Mónica como él se vieron sorprendidos por el efusivo recibimiento y por la descripción que el hombre de unos cincuenta y tantos años hizo de ellos. Tras el primer momento de aturdimiento, Mónica miró sus manos entrelazadas y lo soltó con rapidez, como si de repente le quemara su contacto. Con sendas tensas sonrisas aceptaron la invitación y entraron en el pequeño hall del edificio.

—Mónica y Lukas, ¿verdad? Yo soy Pierce —se presentó el hombre cuando ellos asintieron—. Pasad, por favor. Paul y yo estamos emocionados de teneros con nosotros esta noche —les dijo indicándoles la puerta del apartamento situado allí mismo, en la planta baja.

—También para nosotros es emocionante —dijo Mónica con una gran sonrisa. Aunque a Lukas, que la conocía bien, no se le escapaba la tensión en sus labios.

—Sin duda —apostilló él, apoyando su declaración.

—Imagino que ha sido toda una sorpresa y que serán muchas las especulaciones que se harán sobre nosotros y nuestras intenciones, pero os aseguramos que no nos comemos a nadie. —Pierce rio ligeramente y ellos lo imitaron.

El nuevo casero tenía un rostro afable. Redondo y ligeramente mofletudo. Era más bajo que ellos y su mirada era cálida y curiosa. Su actitud abierta y acogedora, invitaba a la cercanía, pero era pronto para decidir si dar crédito a sus palabras o no. De momento, lo único que sabían era que ya había una inquilina a punto de abandonar el edificio y ese solo recuerdo los mantenía en alerta a ambos.

—¿Ya están aquí? No he oído la puerta —dijo, apareciendo de repente, un hombre algo más joven que Pierce y mucho más alto y corpulento. Aunque su sonrisa de bienvenida no tenía nada que envidiar a la del primero—. Cariño, ¿los estabas acechando tras la puerta? —preguntó al otro aproximándose a ellos y tras limpiarse las manos con un paño de cocina, les ofreció una de ellas para saludarlos.

—¡No seas tonto! ¡Solo estaba ansioso por conocerlos! —Pierce dio un golpecito en el pecho de Paul y ambos se giraron para mirarlos sonrientes. — Este es Paul, mi marido —lo presentó.

—¡Paul Gallagher! —exclamó Lukas, sorprendido, al tiempo que estrechaba la mano del hombre—. ¿El saxofonista?

Su reacción alucinada pilló por sorpresa a Mónica, que lo miró asombrada.

—El mismo —repuso el gran hombre con una inclinación.

—¡Vaya, es todo un honor! ¡Me encanta tu música! Eres una leyenda en los garitos de toda la ciudad. Tuve la suerte de verte tocar una vez en el Nocturna... fue increíble.

—De eso hace ya tiempo. Han pasado unos años desde mi última actuación.

—Una auténtica pena, no he vuelto a escuchar un saxo como el tuyo.

La admiración de Lukas era algo inédito para Mónica y lo observó fascinada. Él era raramente impresionable, lo que le indicaba que Paul debía

ser un músico de gran talento. Cuando giró el rostro se vio sorprendida por la mirada analítica de Pierce, que mientras los otros hablaban, la observaba con curiosidad.

—Por favor, pasad al salón. Paul está haciendo sushi. ¿Os gusta el sushi?
—preguntó Pierce desviando su atención de ella.

—Nos encanta el sushi —respondió Lukas por los dos, animado.

—Perfecto. Pues tomaremos una copa de vino mientras termina. ¿Qué preferís, blanco o tinto? —antes de que pudiesen contestar, Pierce prosiguió —. Mejor... dejad que os sorprenda. Acabo de recordar que aún nos quedan un par de botellas de uno delicioso.

Y ambos hombres desaparecieron por una de las dos puertas que daban al salón.

Mónica echó un vistazo a su alrededor. La decoración era una mezcla de estilos y culturas, como si la pareja hubiese ido acumulando cosas de diversos viajes colocándolas de manera aleatoria por la sala. Estaba un poco abarrotada, pero era acogedora, cálida.

—¿Qué te parecen? —preguntó a Lukas en un susurro.

—Pierce habla un poco rápido, como si pensara en alto, pero me parecen geniales.

—¿En serio? ¿Tan rápido? —Ella enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¡Es Paul Gallagher! —El tono de Lukas evidenciaba que consideraba aquella afirmación más que suficiente.

—Paul Gallagher, extraordinario músico de noche e infame propietario, capaz de dejar a la gente sin hogar, de día —dijo ella extendiendo la palma de la mano como si leyese en el texto en un cartel publicitario.

—Eso no lo sabemos. Seguro que estás exagerando.

—No opinabas lo mismo cuando te he contado lo de la marcha de la vecina del segundo.

Lukas sonrió de medio lado, con esa sonrisa abierta y autosuficiente que a veces la desesperaba tanto.

—Creo que lo mejor será relajarnos y ver qué nos depara la noche. No te preocupes, Bambi, seguro que irá todo genial —le susurró tras acercar su rostro tanto a ella que se vio parpadeando frenéticamente por la impresión.

—¡Ya estoy de vuelta! —anunció Pierce y Lukas se separó tan rápidamente como había realizado la aproximación.

Mónica vio cómo sus pulmones recuperaban la capacidad de atesorar oxígeno y tomó la copa de vino que le ofreció Pierce para aplacar el calor sofocante que había comenzado a abrasarla y que no era más que otra señal de que la noche iba a ser muy, pero que muy larga.

CAPÍTULO 8

Mónica apuró su copa de vino hasta la última gota. Tal y como se lo había descrito Pierce, era delicioso. No era muy aficionada a ninguna bebida alcohólica. No es que no le gustasen, es que no las toleraba muy bien. Enseguida se achispaba y sentía que se le adormecían las piernas y atontaba la cabeza. Aquella noche no había sido una excepción, no había terminado su primera copa de *frizzante* portugués, un vino blanco y espumoso que hizo las delicias de su paladar, cuando ya sentía que no estaba en plenas facultades mentales. Pero ni Lukas ni Paul parecieron darse cuenta. Pierce, sin embargo, la observaba de vez en cuando con atención y la misma curiosidad que había mostrado por ella desde que entró en el apartamento. Aun así, lo más inquietante para ella no había sido ese hecho, sino que en ningún momento la pareja había revelado los requisitos que tendrían en cuenta para considerar aptos a sus inquilinos. Estaba bastante confundida y su frustración aumentaba al darse cuenta de que era la única en preocuparse por ello.

Desde que Lukas había descubierto que Paul era uno de los músicos a los que más admiraba, estaba como embelesado. Y cuando el casero a su vez supo que Lukas también era músico y que tocaba en varios de los clubs que él había frecuentado cuando actuaba, la conversación tornó a centrarse casi exclusivamente en la música, los amigos que tenían en común y la posibilidad de quedar para ver alguna de las actuaciones de Lukas. Pierce había intercalado algunas preguntas para conocerlos un poco más, como interesarse por sus trabajos, sus aficiones o las cosas que les gustaban del barrio, pero siempre sin profundizar demasiado. Se dijo que tampoco tenía por qué ser malo. Si Lukas les caía bien sería más fácil que no tuvieran problemas con ellos.

De repente se dio cuenta de que no era así. Si él les caía bien, eso solo

garantizaba que lo querrían a él como inquilino, pero ¿y si pensaban que era una sosa aburrida y patética como le había insinuado Jess que se la veía? Su mente empezaba a desvariar y arrugó la frente y la nariz.

—¿Te encuentras bien, querida? —La pregunta de Pierce la pilló desprevenida. Cuando los otros dos hombres la miraron con el mismo interés, se sintió un poco abochornada. Por eso no bebía, se le iba la mente y ponía caras de boba.

—Sí, perfectamente. —Se pasó la mano por el pelo y estiró su vestido al levantarse de la silla—. Solo necesito ir al baño —declaró y en ese momento el suelo se tambaleó bajo sus pies.

Antes de que pudiese sujetarse al respaldo de la silla, sintió una de las manos de Lukas sobre su vientre y la otra al final de su espalda, sosteniéndola. Clavó la mirada en él y lo vio levantarse para aferrarla con más fuerza.

—Creo que se me ha subido un poco el vino a la cabeza. —Su voz sonó dubitativa, como si lo declarara en un susurro íntimo, frente a su rostro.

—Eso parece. Tienes las mejillas encendidas —repuso él sin apartar la vista de su rostro. Tan próximo, con esa mirada celeste clavada en ella, los labios carnosos a solo unos centímetros, y el atractivo especial que irradiaba esa noche, tan elegante...

—Tú estás muy guapo...

—¿En serio? —Solo al escuchar su pregunta, sin la menor diversión en la voz, fue consciente de que había dejado que el pensamiento fuera verbalizado por sus labios.

Quiso que se la tragara la tierra, pues no podía pensar en una situación más vergonzosa y frente a las personas que la estaban juzgando esa noche.

—¿No te parecen la pareja más encantadora del mundo? —La pregunta entusiasmada de Pierce a su marido la sacudió como una bofetada.

—Sí que lo son. Me recuerdan a nosotros hace ya veinte años —dijo Paul

tomando la mano de su marido.

Pierce le sonrió amoroso.

—¡Oh, no digas cuántos! Nos hace parecer unos carcamales. Pero esto... —dijo señalándolos a ambos— ...es exactamente lo que estábamos buscando para nuestro edificio.

Los ojos de Mónica se abrieron como platos.

—Quizás seamos un poco anticuados... —dijo Paul.

—O unos románticos, según se mire —lo interrumpió su marido—, pero buscamos familias y parejas que llenen nuestra nueva propiedad de amor.

—Una comunidad familiar —continuó Paul—. Llevamos unos años invirtiendo nuestros ahorros en algunas propiedades y la experiencia nos dice que es lo mejor. Nos gusta crear comunidad, y en especial con parejas jóvenes y llenas de planes e ilusiones.

El matrimonio, en perfecta sintonía, terminaba y complementaba las frases el uno del otro. Como en una representación teatral en la que Mónica era una abrumada y atónita espectadora. Los vio mirarse entre ellos y luego volver a prestarles toda su atención.

El silencio se hizo patente durante un segundo interminable.

—Pues hemos tenido suerte entonces, porque es justamente lo que somos nosotros.

Lukas la rodeó con su brazo, por los hombros, pegándola a su pecho y ella entornó la mirada, confusa y sin saber si era todo producto de su imaginación o de veras aquello estaba pasando.

—Tenemos que confesaros que cuando nos mudamos al edificio tan solo éramos compañeros de piso. La atracción siempre estuvo ahí, pero nos resistíamos a poner en riesgo nuestra amistad...

—Es comprensible. Lo nuestro fue amor a primera vista, pero tenemos amigos a los que les ha sucedido lo mismo —apoyó Paul su declaración.

—Sí, no somos los primeros a los que les sucede, pero la verdad, creemos que fue mejor así. Nuestra relación es sólida gracias a que primero fuimos los mejores amigos.

Mónica no podía salir de su asombro. Sabía que Lukas tenía facilidad de palabra, pero no había imaginado que mintiera tan, tan bien. Y la verdad, tampoco creía que ella fuera capaz de hacerlo. Era deshonesto. No eran pareja.

—¿A que sí, cariño? —Como si pudiese leerle la mente, Lukas buscó confirmación a sus palabras.

—Yo... no... no me encuentro bien —terminó por decir. La cabeza le daba cada vez más vueltas.

—¡Vaya, cariño! ¡Es cierto, no tienes buena cara! —Lukas la tomó de la barbilla y volvió a analizar su rostro con una dulzura que la hizo parpadear varias veces—. Me temo que vamos a tener que posponer el resto de la velada para otra ocasión. Mónica no está acostumbrada a beber nada de alcohol la justificó.

—Por supuesto, nos encantará volver a quedar con vosotros. ¿Qué os parece el próximo viernes? —propuso Paul y Mónica esperó que Lukas pusiese alguna excusa plausible para rechazar la proposición.

—El viernes es el cumpleaños de un amigo. Celebra una fiesta en su casa.

Ese era su Lukas, rápido de mente, pensó ella mirándolo con cierta admiración.

—Pero estoy seguro de que a Neal no le importará que os apuntéis. Siempre dice que, en las fiestas, cuantos más, mejor.

Ese fue el momento en el que Mónica creyó desfallecer. ¿Cuánto tiempo creía él que iban a mantener esa farsa?

—Pues por nosotros encantados. Podéis enviarnos los detalles por

mensaje, y allí estaremos. —Pierce, entusiasmado con la idea se levantó de la silla, complacido— Cómo siento que te haya sentado mal el vino, querida. Es verdad que este en particular entra en el cuerpo con la misma facilidad que se sube a la cabeza. Tenía que habérselo advertido —le dijo el hombre ladeando la cabeza contrariado y preocupado por ella.

—Es culpa mía, estaba tan bueno que no he podido resistirme. —Forzó una sonrisa mortificada por la preocupación que mostraba su nuevo casero.

—La próxima vez, un cóctel sin alcohol. Me lo apunto —añadió él señalándose la sien.

Mónica sintió que Lukas comenzaba a guiarla hasta la puerta, tras tomar su bolso de la silla, y se dejó llevar. Solo pensaba en salir de allí, respirar aire fresco y analizar lo que había pasado.

—¿Os acerco en coche? —preguntó Paul.

—No es necesario. Estamos cerca y el aire y caminar vendrán muy bien a Mónica.

Lo oyó responder por ella. Era algo que había hecho durante toda la noche con demasiada frecuencia y volvió a fruncir el ceño.

—Claro, por supuesto —repuso Pierce. Y ambos los acompañaron a la puerta. Se despidieron amigablemente y segundos más tarde, la puerta del apartamento se cerraba tras ellos. Aun así, pudieron escuchar las voces al otro lado.

—Son una pareja encantadora. Definitivamente me han encantado. Los inquilinos perfectos, cariño —oyeron decir a Pierce.

—Estoy completamente de acuerdo. La mejor reunión hasta el momento. Son un sí, seguro.

Mónica escuchó el comentario y contrariamente a lo que había esperado, sintió que el alma se le caía a los pies.

CAPÍTULO 9

—¿Qué has hecho? —le preguntó Mónica en cuanto estuvieron en la calle y el frío de la noche los abrazó.

Lukas le pasó un brazo por los hombros al verla temblar y ella abrió más sus enormes ojos de Bambi.

—No te tenses, cariño, podrían estar mirando por las ventanas. No querrás que piensen que nos hemos enfadado —le dijo en un susurro amoroso junto al oído.

La piel se le erizó y una corriente eléctrica le atravesó la espalda. Podía sentir el calor de Lukas pegado a su cuerpo, y aunque habría deseado separarse de él cuanto antes, se sintió tan reconfortada que se dejó abrazar sin oponer resistencia. Miró por encima de su hombro pero no consiguió ver nada, pues Lukas ya la instaba a caminar.

—No me has contestado, ¿qué has hecho, Lukas? —volvió a preguntar en un susurro lleno de nerviosismo.

—¿Salvar nuestros alquileres? —Su tono cargado de sorna le encendió las mejillas—. ¿No los has oído? Somos exactamente lo que estaban buscando.

—Ese es el problema, que no somos para nada lo que están buscando. No somos pareja —repuso entre dientes.

—Por supuesto que no. Pero de no haberles seguido la corriente ahora estaríamos buscando piso nuevo. ¿Eso era lo que querías?

Mónica no sabía lo que deseaba en ese momento. Entendía lo que él le quería decir, pero no podía pensar con claridad. Además de seguir teniendo la mente embotada por el vino, Lukas había empezado a dibujar con su dedo pulgar algún tipo de garabato en la piel de su brazo. Era una caricia tenue e inconsciente, pero estaba causando estragos en su sistema nervioso. Sacudió la

cabeza para intentar aclarar sus ideas.

—Eso es lo que pensaba —dijo malinterpretando su gesto—. Lo he hecho por los dos. Tú tampoco has estado muy colaboradora en la cena. No es que normalmente seas la alegría de la huerta, pero parecías ausente.

« ¿La alegría de la huerta? ¿La estaba llamando aburrida? ¿Jess tenía razón? »

—Si somos un equipo, seremos más fuertes. Solo tenemos que quedar con ellos un día más y se convencerán de lo maravillosos que somos. Aseguraremos nuestro contrato y todo seguirá como antes de esta noche.

Lukas seguía hablando con una convicción aplastante. Como si el hecho de estar engañando y embaucando a sus nuevos caseros no tuviese ninguna importancia.

—No es moral ni honesto —se vio obligada a decir.

Lukas se detuvo de repente, haciéndola pararse a ella también. Cuando la tomó por los hombros para encararla, ella no pudo menos que clavar la mirada en sus labios carnosos, como hipnotizada por el movimiento de los mismos.

—No quiero perderte.

Su declaración, sin el menor humor en la voz, la dejó paralizada. Subió hasta sus ojos y la intensidad que vio en ellos la dejó sin respiración, y el corazón se le detuvo en el pecho dolorosamente. De no haber tenido las manos de Lukas aferrándola con fuerza por los brazos, estaba segura de que se habría caído de bruces, como una estúpida. Pero en su mente, sus palabras se paseaban como un eco persistente. «No quiero perderte, no quiero perderte».

—¿No quieres? —Las palabras salieron de su boca sin pretenderlo, en un susurro, incrédulo.

—¡Claro que no! Eres la mejor compañera de piso que he tenido jamás. Tienes tus cosas, pero creo que nos llevamos bien —dijo en tono despreocupado y volviéndola a girar empezó a caminar de nuevo, como si

nada—. Y el piso. Ambos sabemos que no encontraremos nada igual en esta zona. La casa es estupenda y el precio inigualable, sobre todo porque somos tres, aunque solo vivamos dos en él. No quiero terminar en un cuchitril, y sé que tú tampoco.

Todo lo que él decía tenía sentido, pero por alguna razón cuando siguió con su explicación y argumentó que no quería perderla porque era una compañera de piso cómoda, la decepción se abrió paso en su pecho.

—Somos mucho mejores inquilinos que los Preston, eso seguro, y no vamos a quedarnos sin casa solo porque ellos estén casados y nosotros no. Si tenemos que ser pareja una única noche, lo seremos.

Cuando Lukas no recibió una respuesta, la observó, entornando la mirada.

—¿Me has oído? —preguntó inclinando la cabeza.

—Cada palabra —repuso ella más despejada. No sabía si por su vehemente declaración o por el refrescante paseo.

—¿Y? —Quiso saber lo que opinaba al respecto.

—Y no sé qué decirte. Entiendo lo que sale de tu boca, pero no me parece correcto mentir para mantener el alquiler.

—No es mentir, es adornar nuestra relación. Como cuando lo haces con el currículum para un trabajo.

—Yo jamás he adornado mi currículum.

—Ya lo sé, Bambi. Tú eres perfecta.

Sin darse cuenta habían llegado hasta la puerta de su edificio y Lukas la soltó para abrir. En cuanto sus manos dejaron de tocar su piel, echó de menos su contacto y se abrazó a sí misma para entrar en calor.

—Tu descabellado plan tiene algunos puntos sin resolver.

—¿Como cuáles? —preguntó sorprendido llamando al ascensor.

—Como que somos tres en el alquiler. ¿Cómo explicas la existencia de Leonard?

—Ya les he dicho que primero fuimos compañeros de piso y amigos. Es evidente que nos enamoramos tras su marcha a Londres. Y sigue en el alquiler porque no está nunca, es nuestro amigo y él prefiere que sea así. Mañana mismo lo llamaré para explicarle la situación y que pueda corroborar nuestra historia cuando hable con Pierce y Paul.

—Me alucina tu capacidad para mentir.

—Si hubieses crecido con otros cinco hermanos sabrías que es un don que se desarrolla por una cuestión de supervivencia.

Mónica hizo una mueca y entró en el ascensor nada más abrirse la puerta. Con Lukas dentro, junto a ella, pulsó el botón que los llevaría hacia el último piso.

—¿Qué más problemas ves? —preguntó él cruzándose de brazos, como si la retara a ponerlo a prueba.

—Los has invitado a una fiesta con varios de nuestros amigos, amigos que saben que no somos pareja. ¿Les vas a hacer mentir también a ellos?

—Eso va a ser más complicado. Neal no sabe mentir, el muy bobo se pone a tartamudear.

Lukas se quedó pensativo un momento y ella pensó que por fin se había dado cuenta de que su plan era una locura.

—Será mejor mentirles a ellos también.

Mónica sacudió la cabeza sin creer lo que acababa de oír.

—¿Te has vuelto loco!?! —exclamó al tiempo que daba al botón de parada del ascensor.

—No es locura, es desesperación. ¿No has oído nunca eso de «a grandes males, grandes remedios»?

—¿Mentir a nuestros amigos? Eso se ajusta más a «el fin justifica los medios».

—Como lo quieras llamar. Pero está claro que es necesario. Si hacemos

que todos mientan, seguro que alguno mete la pata. Pero si por el contrario les decimos que estamos juntos seguirán la farsa sin problemas. Es más, más de uno se alegrará de oírlo.

La mueca de Mónica despertó una sonrisa en sus labios.

—No me mires así. Por alguna razón que no llego a comprender, Neal y Amy han creído siempre que tú y yo terminaríamos estando juntos. Estoy seguro de que cuando les diga que finalmente hemos sucumbido a las garras del amor, se volverán locos de contentos.

A Mónica no sabía si le sorprendía más aquella revelación o que él siguiese pensando que podía fingir una relación romántica con ella frente a las personas que más los conocían. Sabía que mentir a sus nuevos caseros estaba mal, pero era realizable. No los conocían, no sabían cómo se comportaban entre ellos, ¿pero fingir ante sus mejores amigos? ¡Era un desvarío! Volvió a dar al botón del ascensor para desbloquearlo y terminar de subir, con el ceño fruncido.

—No va a colar. Nadie que nos conozca va a creer que estamos juntos. ¡Somos amigos! Las parejas no se comportan como nosotros.

—Pierce y Paul lo han creído esta noche.

—Ellos no nos conocen. Tu plan será un fracaso, perderemos el piso de todas formas, nuestra credibilidad con nuestros amigos y hasta nuestra alma. Arderemos en el infierno —dijo ella cada vez más alterada.

—Mi idea del infierno es un cuartucho diminuto, sin luz, en un mal barrio y pagando tres veces más. Es lo que vamos a evitar.

Y esta vez, a tan solo un piso para llegar a su planta, fue Lukas el que detuvo el ascensor. Y antes de que pudiera preverlo la arrinconó en el pequeño espacio, apoyando ambas palmas junto a su rostro.

—¿Qué demonios haces? —le preguntó sintiendo que cada una de las alarmas de su cuerpo se encendía.

—Comprobar una cosa —dijo él sin más.

Mónica contuvo la respiración cuando lo vio bajar el rostro a su altura y dejar los labios a escasos centímetros de los suyos, que se abrieron por la sorpresa, conteniendo el aliento. Lukas elevó una mano y le apartó un mechón de la mejilla, con una dulzura que la hizo estremecer. Su aliento cálido le acarició la piel sensible de los labios y sin poder contenerse, se mordió el inferior por el nerviosismo y la expectación. La mirada azul e intensa de Lukas se clavó en el gesto, y lo vio humedecerse los labios ligeramente, en un gesto que se le antojó tan erótico que estuvo a punto de gemir como una colegiala estúpida. En su lugar, soltando el aire que contenían sus pulmones, giró el rostro levemente a un lado y entonces él descendió y depositó un beso en su cuello. Cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo despertó abruptamente ante su contacto. Cada poro de su piel se erizó y entonces un jadeo escapó de sus labios, sin contención.

Oyó la risa de Lukas aún en el hueco de su cuello, contra su piel y lo apartó de un empujón.

—¿Qué haces? —Presionó de nuevo el botón del ascensor y tuvo ganas de borrar su sonrisa engreída de un guantazo.

—Probaba nuestra química. Y no está mal. Tienes que relajarte un poquito, pero podría colar perfectamente.

La puerta del ascensor se abrió y ella salió despavorida, como si necesitase oxígeno renovado. Uno que no oliese a su colonia, su piel, o su aliento.

—Tendremos que trabajar un poco más en ello antes del viernes —le dijo él con humor, como si disfrutase de su turbación.

—Bromeas...

—Puede que sí o puede que no. Ya lo veremos —dijo él por el placer de picarla—, dependerá de tu colaboración.

—¿Qué hay que ver?

La tercera voz los pilló a ambos desprevenidos, y miraron con sorpresa hacia la puerta de su apartamento, donde Nikki esperaba apoyada contra la pared. En cuanto vio a Lukas fue hacia él corriendo, y antes de que este pudiese decir una palabra se pegó a su cuerpo, aferrando su cuello con los brazos.

—Habíamos quedado y me has hecho esperar. Has sido un chico malo y voy a tener que castigarte... —se insinuó de forma melosa con un mohín en los labios.

Mónica sintió que se le revolvía el estómago y antes de escuchar una palabra más, abrió la puerta del apartamento y entró, sintiendo que un nudo la asfixiaba nuevamente.

CAPÍTULO 10

Mónica se subió los pantalones del pijama y fue hasta la cómoda. Allí, frente al espejo, la imagen que le devolvió este le sorprendió tanto como para costarle reconocerse en ella. Decidió no prestar atención a sus ojos enrojecidos de contener el llanto ni a sus labios, del mismo color, de mordérselos por la rabia. Sin maquillaje estaba más pálida y ojerosa, pero sobre todas las cosas no reconocía la mirada como suya. Errática, triste, furiosa, consternada... ¿Qué demonios le estaba pasando?

Apoyó ambas manos en la cómoda y hundió la cabeza entre los hombros, el cabello le cayó por el rostro y tras resoplar con fuerza decidió recogerse en una coleta. Tomó una goma del bote de cristal en el que las guardaba y elevó los brazos para empezar con la tarea de recoger cada uno de los mechones de su abundante melena castaña. En ese momento, llamaron a la puerta. Durante un segundo se quedó muy quieta en el sitio, sin saber si abrir o no.

—Sé que estás despierta, abre por favor, tenemos que hablar —oyó que le decía Lukas al otro lado, y apretó los dientes. Se acercó y abrió de un tirón.

—¿Qué haces aquí? Tu novia, la de verdad, te está esperando.

En cuanto dejó que el comentario escapara de sus labios se arrepintió. Pero ya no podía hacer nada por remediarlo y se limitó a mantener su gesto pétreo apoyándose en el marco de la puerta.

Lukas la vio cruzarse de brazos, y la mirada se le fue directa a los pechos llenos y redondeados que quedaron presos contra la enorme camiseta blanca que ella se había puesto para dormir. Sabía lo que había bajo aquella prenda. El cuello era tan holgado que caía por uno de sus hombros, regalándole la visión de uno de los tirantes y parte del encaje del sujetador negro que había podido apreciar horas antes. Tragó saliva al darse cuenta de que nada le

apetecía más que acariciar con sus labios la piel suave del hueco de su clavícula, su hombro, y descender hasta su pecho. Apartaría el fino encaje con los dientes y succionaría su tentador pezón con avaricia.

Un gruñido escapó de su garganta cuando intentó contestar a su comentario.

—No es mi novia y ya se ha ido —consiguió decir tras aclararse la voz.

Mónica enarcó una ceja, incrédula.

—Había quedado con ella para tomar algo, pero se me había olvida... — quiso explicarse.

Mónica detuvo su explicación elevando la palma frente a su rostro. No quería escuchar una sola palabra más. No necesitaba saber nada de su amiguita ni de lo que hacían o no hacían juntos.

—No me importa. No es asunto mío lo que hagas con ella. Y si eso es todo... —Quiso cerrarle la puerta en las narices, pero él puso el pie en el marco impidiendo que así fuera.

—¿Qué diablos te pasa?

La pregunta acusatoria de Lukas la hizo resoplar.

—¿Qué diablos te pasa a ti? Mientes esta noche, dices que somos pareja y maquinas un plan descabellado para que mintamos a todo el mundo, a nuestros amigos... Intentas convencerme de que es necesario, incluso haces... eso que has hecho en el ascensor. ¿Para qué? ¿Para tomarme el pelo? Porque puedo asegurarte que no pienso hacerme pasar por la novia cornuda de nadie. O, ¿qué crees que pensarán los vecinos cuando te vean dándote el lote con una rubia en el pasillo?

El brillo furioso, encolerizado más bien, de la mirada de Mónica lo dejó fascinado. Habían discutido muchas veces, pero esta vez había algo nuevo en su mirada. En realidad, en los últimos días había descubierto muchas cosas nuevas en ella. Lo miraba de manera diferente, se comportaba de manera

diferente y lo volvía loco de manera diferente. Y, sin embargo, lejos de enfadarse con ella o querer estrangularla, como le provocaba hacer cuando se empeñaba en sacarlo de sus casillas, su cuerpo reaccionaba deseando otro tipo de castigo.

—¡Paso de tu plan! ¡No voy a participar en esa charada, ni a ponerme en ridículo delante de los demás! ¿Me oyes? Y si tenemos que perder el piso, tal vez sea lo mejor, dadas las circunstancias...

Mónica cerró la puerta enérgicamente tras sus últimas y contundentes palabras y la estupefacción hizo que Lukas permaneciera frente a ella unos segundos, sin creer lo que acababa de escuchar.

Nunca se había planteado dejar de vivir con ella. Al poco tiempo de empezar a cohabitar descubrió en ella a una compañera inigualable. Mónica era dulce, tierna, locuaz, ingeniosa, tenía manías que resultaban adorables y sorprendentes, como cortar toda la comida en pedacitos y después prepararse en cada ingesta el bocado perfecto, confeccionado con las proporciones justas de cada elemento del plato. Tenía todo un ritual y a él le gustaba observarla y ver su cara de concentración mientras realizaba la tarea. Otra cosa que le fascinaba era su sistema de organización. Cómo doblaba y enrollaba las toallas para que luciesen mejor en el armario del baño, su forma de clasificar los utensilios de cocina en los cajones o su incapacidad para comer con las manos. Arrugaba la nariz cuando algo no le gustaba y sonreía de forma espectacular cuando degustaba su café por las mañanas. La primera vez que lo hizo no imaginó el impacto que tendría esa sonrisa sobre él y a partir de entonces se volvió un adicto a ella. A buscar que repitiese el gesto. A disfrutar de esos momentos. Ahora lo hacía cada mañana, porque, aunque no fuese a verla, saber que le provocaba ese estado de deleite, le encantaba.

No, él no quería que aquello terminara y no entendía cómo ella podía renunciar, con tanta facilidad a su amistad, a lo que habían creado juntos. Que

no tuviese en la misma consideración su relación, lo indignó lo suficiente como para abrir su puerta sin llamar siquiera antes.

—Jamás haría algo que te hiciera daño deliberadamente —dijo irrumpiendo y encontrándola con las manos en la frente, el rostro enrojecido y la respiración acelerada haciendo que su pecho subiese y bajase con rapidez—. Mucho menos humillarte de esa manera. Nikki no va a volver a pasar por aquí. Te he dicho la verdad en el ascensor, no quiero perderte. Valoro lo que hemos construido aquí. Y por descabellado que te parezca mi plan, de veras creía que podía funcionar. Pero si tú no opinas lo mismo, si te da igual cambiar de piso y de compañero, desde luego esto no tiene sentido.

Mónica se quedó petrificada. Al irrumpir él en su cuarto no había tenido tiempo ni de protestar. Se mantuvo en silencio y cada palabra que salió de sus labios la golpeó con fuerza. Cuando vio que él, abatido, estaba dispuesto a marcharse y dar el tema por zanjado, el miedo a que las cosas quedaran así la hizo hablar.

—¡Lukas! —Él se detuvo de espaldas, con la mano aferrada al pomo de la puerta. Ella se levantó de la cama conteniendo la respiración—. Yo tampoco quiero perderte.

Eso era lo que sentía, más que nada en el mundo. Y aunque su tono sonó cargado de una necesidad que no habría querido demostrar, así fue como lo expresaron sus labios, e imaginó que su corazón.

Los siguientes segundos fueron un auténtico infierno. Había hecho la declaración más abierta con respecto a lo que él significaba para ella, de aquellos dos años. Ni siquiera se lo había confesado a sí misma y acababa de abrir su corazón. Jamás lo había hecho hasta la fecha. En realidad, no lo había hecho desde los nueve años. Por un segundo, los recuerdos invadieron su mente y sintió el mismo pánico, la misma sudoración en las manos y el mismo crepitar frenético de su corazón. Como si el tiempo hubiese retrocedido

dieciocho años y con él todo a su alrededor. Cuando finalmente Lukas se dio la vuelta la sonrisa de sus labios le devolvió la vida. Aun así, cuando él caminó hacia ella, aún no se sintió capaz de moverse. Se mantuvo en el sitio, muy quieta. Lukas la tomó de las manos y clavó su mirada celeste en ella.

—Vamos a hacer que funcione. —Volvió a su tono seguro y aterciopelado.

—No sé cómo —repuso ella encogiéndose de hombros.

—¿Jess va a ir a la fiesta? —preguntó él ya completamente concentrado en el plan. Ella sin embargo seguía perdida en la vorágine de sentimientos y pensamientos que acababan de azotarla.

Se limitó a asentir, con una gran exhalación que esperaba que templara sus ánimos.

—Si tú te ocupas de ella, yo lo hago del resto. No tendrás que hacer nada más.

—Salvo comportarme como una boba enamorada.

—También trabajaremos en eso. Todo va a salir de perlas —aseguró con una enorme y satisfecha sonrisa, soltándole las manos y dando un paso atrás en dirección a la puerta.

Cuando estuvo a punto de salir se detuvo para decirle:

—Mañana tendremos nuestra primera cita. —Le guiñó un ojo con picardía y se marchó, dejándola con la boca abierta.

CAPÍTULO 11

Lukas se despertó y durante un buen rato no fue capaz de levantarse. Colocó los brazos tras la cabeza y perdió la mirada en el techo. En realidad, lo único que veía eran las imágenes del sueño que había tenido esa noche. Uno que hacía más de un año que no se repetía y que nunca había revivido con tanta intensidad. Resopló con fuerza y se pasó un mano por los ojos y la frente, en un intento vano por deshacerse de la imagen de Mónica, en su cama, junto a él. Solo tuvo que inclinar levemente la cabeza para ver que su erección mañanera tampoco estaba de acuerdo con dejar pasar aquella fantasía. Dejó caer la cabeza, derrotado.

Al poco tiempo de empezar a vivir con ella, cuando implantaron su rutina de convivencia y se dieron cuenta de que les gustaba pasar tiempo juntos, los sueños empezaron. Se veía a sí mismo apartándole el cabello del rostro, tomándolo entre las manos y besándola. A veces los besos estaban cargados de ternura. Eran tenues, deliciosos, sintiendo cada centímetro de sus turbadores labios. Pero otras eran devastadores, apasionados y con la fuerza de un huracán que lo arrasaba todo. Estos últimos coincidían con los días que discutían por algo, y no tardaron en desarrollarse, no quedando ahí. Cuando mayor era la pelea, mayor era la pasión. Y al poco tiempo se veía a sí mismo empotrándola contra la pared, introduciendo las manos bajo su falda y acariciando su sexo hasta hacerla enloquecer entre jadeos quedos.

Pero esa noche no le había bastado con besar y acariciar cada centímetro de su piel tras despojarla del excitante conjunto de ropa interior negro con el que la había visto la noche anterior, sino que, anclado en su preciosa mirada castaña, había invadido su cuerpo penetrándola y poseyéndola hasta estremecerse de una forma tan intensa y real que con el orgasmo había despertado abruptamente entre jadeos. Cuando se vio solo en la cama una

mezcla de sorpresa, pérdida y abatimiento se apoderaron de él. ¿Qué diablos le pasaba? Mónica era su amiga, su mejor amiga. Aquellos sueños eran completamente inapropiados y estaban fuera de lugar. No quería ni imaginar lo que ella pensaría si supiese que había pensado en ella de esa manera. Por ese motivo, y cuando supo que ella salía con un compañero de trabajo a los pocos meses de empezar a vivir juntos, decidió que debía esforzarse por pensar en ella de manera mucho más inocente. No había sido fácil y sus sueños, aunque menos frecuentes, se repetían de cuando en cuando, invadiendo sus noches sin permiso. Y después pensó que la mejor manera de desecharla de su mente era empezar a tener citas con otras mujeres. Durante un tiempo había surtido efecto, pero ahí estaba de nuevo. Y esta vez había sido mucho más intensa que ninguna de las anteriores.

Sin duda verla con aquel conjunto de ropa interior, haber estado tan próximo a ella, y el momento en el ascensor habían despertado sus fantasías. No era estúpido, en cuanto se le ocurrió seguir la corriente a sus nuevos caseros, supo que estaba jugando con fuego. Jamás se lo había confesado a nadie, ni a Neal, que se empeñaba en decir una y otra vez que estaba colado por Mónica. Lo último que quería era alimentar sus comentarios y que le llenase la cabeza con sus tonterías. Mónica era especial, y su amistad tan importante para él como para no ponerla en riesgo. Cuando le había confesado el día anterior que no quería perderla había sido completamente sincero. Y no porque hubiese sido la mejor compañera de piso que había tenido jamás, sino porque no estaba preparado para renunciar al tiempo que pasaba con ella, a las cosas que le aportaba, a verla sonreír.

Se dio la vuelta, colocándose boca abajo y gruñó su frustración contra la almohada. Le había dicho a Mónica que aquella noche tendrían su primera cita para que ambos aprendieran a disimular que eran una pareja. No podían dejar el futuro del alquiler en manos de una interpretación improvisada. Se ponía

tensa cuando se acercaba demasiado a ella. De repente, un recuerdo dibujó una sonrisa en sus labios y ladeando la cabeza en la almohada dejó que la imagen de Mónica, en el ascensor, a tan solo unos centímetros de sus labios, llegase hasta él. Le había costado horrores contenerse y no apoderarse de su boca en cuanto la tuvo contra la pared. Ella apartó el rostro, pero levemente, azorada, y cuando su boca tomó el mando y descendió para besar la suave piel de su cuello, al tiempo que inhalaba el perfume de su cabello, tuvo ganas de devorarla por completo. La sintió estremecerse y oír su gemido le produjo tanta satisfacción que no pudo contener la risa que le provocó la dicha de saber que la había excitado.

En definitiva, Mónica lo estaba volviendo loco nuevamente. Y aquel juego en el que se habían embarcado podía hacer que se quemara enterito. No es que no le gustase jugar con fuego, era de los que se tiraban a la piscina, pero asustarla y poner en riesgo su amistad, sería arder en el peor de los infiernos.

Resoplando se sentó en la cama, su erección seguía allí, inamovible. Solo una cosa habría conseguido hacerla bajar satisfactoriamente y estaba totalmente fuera de su alcance. Así que decidió levantarse, darse una ducha de agua fría y apaciguar sus ánimos mientras planeaba la cita de aquella noche con ella y lo que le diría a Neal para mentirle sobre la rapidez con la que había cambiado de opinión y había empezado a salir con su compañera de piso.

Cogió la ropa limpia, una toalla que se colgó al hombro y fue al baño. Nada más entrar se encontró con Mónica, que acababa de salir de la ducha, envuelta en su toalla morada. Su piel perlada por las gotas que aún se deslizaban por ella de manera tentadora, abrió de nuevo la caja de Pandora de sus recuerdos nocturnos.

—Te has adelantado —le dijo viendo como la sonrisa iluminaba su rostro

con satisfacción.

—No, tú te has retrasado, cosa que agradezco. Es la primera vez en siglos que consigo disfrutar de una ducha sin interrupciones. Me ha sentado de maravilla —añadió ella mientras se enroscaba el cabello con una toalla del mismo color.

Después la vio ir hasta el lavabo, tomar su bálsamo labial y con el dedo aplicarlo sobre los labios ligeramente enrojecidos. Cuando puso morritos frente al espejo para comprobar su correcta aplicación, tuvo ganas de voltearla y quitarle el producto de un lametón. Torció el gesto al darse cuenta de que estaba empezando a desvariar y se giró para colocar su ropa limpia en el toallero. Estaba haciéndolo cuando ella cruzó el brazo delante de su pecho para tomar su crema hidratante del estante de al lado, y como cada mañana, colocar el pie sobre la banqueta y vaciar una pequeña porción en la mano y empezar a expandirla por sus piernas, torneadas y esbeltas. Las recordó la noche anterior sobre aquellos sexys tacones negros y el calor se incrementó en su entrepierna, que afortunadamente quedaba fuera de la vista de ella gracias a la toalla que le caía por delante.

La había visto realizar aquel ritual cientos de veces, y no era la primera vez que apreciaba durante su rutina lo sexy que resultaba. Pero esta vez era diferente. Hacía un rato, en su mente, la estaba poseyendo y aquellas piernas habían estado rodeándole la cadera y urgiéndolo a penetrarla cada vez con más fuerza. Bufó y decidió que lo mejor era concentrarse en sus cosas y dejar de mirarla. Fue hasta el lavabo y tomó su cepillo de dientes, lo humedeció bajo el grifo y puso pasta en él antes de metérselo en la boca para lavárselos con tanta fricción que casi se hizo sangrar las encías.

—¿A qué hora salimos esta noche? —le preguntó ella de repente.

Lukas escupió la pasta de su boca y con ella aún manchada contestó.

—Te envió un mensaje más tarde con los detalles. Es mejor que nos

encontremos en el sitio, será más real. Si salimos juntos de aquí será como cuando lo hacemos para cenar cada jueves.

Mónica lo miró con atención, pero no supo descifrar lo que pensaba en realidad.

—Sí, tal vez sea mejor. Va a parecer una cita a ciegas —dijo en tono ligero y la risa que acompañó al comentario le hizo burbujear el vientre—. Voy a terminar de arreglarme, hoy va a ser un día intenso de trabajo y tengo que llegar antes.

—Claro. Nos vemos en nuestra cita.

Mónica estaba a punto de salir cuando se detuvo en la puerta. Él, que se estaba deshaciendo de la toalla que seguía cubriendo su erección, tuvo que sujetarla entre las manos para no mostrar su excitación.

—Sueno raro... lo de la cita —dijo con cierto azoramiento—, pero confío en ti. Si dices que esto va a funcionar, te creo.

Tras aquella dulce y tierna declaración, Lukas se quedó solo en el baño. No tardó en cerrar la puerta y al dejar la toalla y ver su erección, sintió que estaba traicionando aquella confianza y su amistad. Se apoyó en la superficie fría del lavabo y sacudió la cabeza. Tendría que aprender a controlar las reacciones que provocaba en su cuerpo si quería que aquello terminase bien. Y sin pensarlo un minuto más, se introdujo en la ducha dispuesto a aplacar por fin el calor que lo abrasaba.

CAPÍTULO 12

Mónica fue hasta la sala de descanso buscando a Jess y allí la encontró como siempre, frente a la máquina de chocolatinas, debatiéndose sobre cuál elegir. Dedicaba a aquella inútil tarea la mitad del tiempo del que disponían para desayunar. Ella decía que mientras imaginaba cuál llevarse a la boca, podía hasta degustarlas y le lucía el doble. A ella sin embargo le parecía una pérdida de tiempo. Pero esa mañana no se iba a quejar, necesitaba tenerla distraída para soltarle la mentira más gorda del mundo.

—¿Te has decidido ya? —le preguntó, aunque por el movimiento de su dedo índice sobre el cristal señalando de una a otra todas las variedades sabía que no. Jess iba eliminando opciones una a una y aún su recorrido contaba con seis de las chocolatinas.

—Shhhh... Está a punto de hablarme una —le dijo su amiga sacudiendo la otra mano para alejarla y que dejase de molestarla.

—Deberías hablar de esto con un profesional. Cada día estás peor —se metió con ella.

—Tú no lo entiendes, es la emoción de la caza. La gran selección. —Esta vez Jess elevó ambos brazos para dar dramatismo a su comentario.

—¿Qué caza ni qué cuentos? ¡Están en una máquina! Nadie va a quitártelas. Coge una y sentémonos, tengo algo que contarte.

Su intento no obtuvo el menor resultado porque siguió con su ritual sin inmutarse ni molestarse en protestar o mostrar interés.

—Tengo una cita esta noche —dijo sin más, esperando que eso fuese suficiente para captar su atención.

—Las bromas no son lo tuyo.

La respuesta hizo que Mónica se cruzase de brazos, ofendida.

—Eso ha sido insultante. ¿El otro día insinuaste que soy aburrida y hoy

que no tengo vida social?

—No insinúo nada. Llevo meses intentando organizarte una cita con mi primo y según tú no has tenido tiempo.

—Bueno, la idea de salir con un hombre que usa más maquillaje que yo, no me emociona en absoluto —repuso mirándose las uñas.

—No es maquillaje, está bronceado. —La selección de chocolatinas se había reducido a cuatro y Jess sonrió entrecerrando la mirada.

—Demasiado bronceado.

—Otros tienen vicios peores, como coleccionar candados. —La alusión iba directa a Lukas, que tenía un cajón repleto de ellos. Según él era una costumbre desde niño y le pareció tan sorprendente que un día se lo había comentado a su amiga.

—Es raro, pero adorable.

—De una forma extraña y siniestra.

—¡No tiene nada de siniestro! Ni que fueran recuerdos de un asesino en serie —bufó molesta.

—¿Quién sabe? ¿Te imaginas que no lo conoces en absoluto y eso es lo que se dedica a hacer los sábados por la noche?

Los ojos de loca de Jess casi la hicieron reír.

—Los sábados hemos ido a verlo varias veces a tocar al club —alegó como si él necesitase defensa—. Y bueno, ya que lo has nombrado, te diré que es con Lukas con quien tengo esa cita.

Jess la miró con los ojos y la boca tan abiertos que pensó que le había dado un espasmo muscular en el rostro.

—¡Mentirosa! —la acusó gritando mientras apoyaba una mano en la máquina y sin querer terminaba por elegir una de las chocolatinas que no formaba parte de su selección para ese día.

—No... no miento... —Hasta a ella misma le parecía que su tono era de

todo menos convincente. Pero es que la abierta acusación la dejó petrificada.

—¡Imposible! ¿Vas a salir con el buenorro de Lukas? —Los ojos de Jess seguían tan abiertos como platos.

—Sí... me lo ha pedido...

—¡Pero si a ti no te gusta! Te he insinuado varias veces que podías tirártelo y relajarte un poquito y siempre has dicho que de ninguna manera, que sería el último hombre de la tierra con el que harías tal cosa.

Mónica hizo una mueca apretando los labios pues era cierto. Esas habían sido exactamente sus palabras y en ese momento se lamentaba de la memoria de elefante de su amiga. Decidió girarse y tomar asiento en una de las mesas mientras Jess sacaba la chocolatina de la máquina y la seguía. Eso le daría unos segundos más para pensar qué decir. Jess, al igual que al parecer Neal y Amy, le había dicho varias veces que se liara con Lukas y ella siempre se había negado en redondo a sopesar siquiera esa posibilidad. Lukas era... Lukas. Su puerto seguro, su amigo, su... muchas cosas en las que no quería pensar y que Jess no llegaría a entender sin malinterpretar. Lo que había entre ellos era sagrado. Algo que no podía poner en peligro. Y sí, era guapo como el demonio, y aún más por dentro que por fuera, pero por eso precisamente no quería correr el riesgo de abrirse, de ser rechazada, de romper todo lo que los unía encaprichándose de él. Lukas nunca había demostrado interés en ella más allá que el de una buena amistad y una inmejorable convivencia. Era absurdo pensar que pudiese interesarse por ella de otra forma. Aunque la noche anterior hubo un par de momentos en los que le había parecido que la miraba de forma apreciativa, estaba segura de que no la valoraba como mujer. Y esa era una de las razones por las que le parecía tan improbable que todos creyesen que estaban juntos.

—¿Y a dónde vais a ir? —Al parecer su amiga sí había creído que iban a salir y eso la dejó sin palabras un segundo.

—No sé... ha dicho que me mandaría la dirección en un mensaje —dijo antes de llevarse el café a los labios.

—¡Guau! ¡Qué misterioso! —se burló Jess.

No se lo podía reconocer, pero a ella sí se lo parecía y es más, estaba realmente nerviosa por saber qué se le habría ocurrido para esa noche. Se suponía que la función de tener un par de citas antes de la gran representación era ensayar cómo comportarse en plan pareja y eso iba a requerir de acercamientos y cierta... intimidad. Como la que él había puesto a prueba en el ascensor. Unas imágenes que no conseguía borrar de su mente y la habían hecho fantasear esa noche con tórridas escenas con él totalmente fuera de lugar. Achacó aquellas absurdas fantasías al hecho de que llevaba demasiado tiempo sin sexo. Y en cuanto él se había acercado a ella, la necesidad del contacto masculino había despertado su cuerpo, tanto tiempo desatendido. Pero no quería recordar dichos pensamientos y sonrió a Jess en un intento por centrarse en mantener la mentira.

—Sí, es misterioso y estoy deseando que me sorprenda.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Igual te lleva a un campeonato de damas. —Jess elevó un par de veces las cejas y las dos rompieron a reír.

—Señorita Holt, por fin la encuentro. —La voz de un hombre las interrumpió en ese momento y ambas se giraron hacia la puerta. En ella, bajo el umbral estaba uno de los socios gerentes del bufete, además considerado uno de los solteros más apuestos y codiciados de la profesión. Lo había visto por los pasillos y de cuando en cuando en alguna de las concurridas reuniones generales, pero era la primera vez que se dirigía a ella personalmente y eso la puso nerviosa.

—Lo siento, señor West, no sabía que me estaba buscando —dijo levantándose de la silla de inmediato.

—Me he enterado de que está llevando un caso que es de interés para mí

y me gustaría que nos reuniésemos para que me contase su desarrollo y la estrategia que piensa seguir. ¿Sería posible en este momento?

Además de que era uno de sus jefes, Mónica no creía que fuera posible que alguna mujer en su sano juicio hubiese dicho que no jamás a ese hombre tan imponente como brillante.

—Por supuesto —dijo sin más.

—Perfecto, la espero en mi despacho. Y disculpen la interrupción de su descanso —dijo antes de marcharse sin esperar una respuesta.

—Joder, está tan bueno que mojo las bragas solo de mirarlo —soltó Jess en cuanto se hubo marchado.

—¡Jess! —la reprendió.

—No seas mojigata. El tío está de toma pan y moja. Podría ser perfectamente el protagonista de una de las novelitas que lees. Está para hacerle un favor, dos, tres y los que te pida —repuso su amiga tirando el envoltorio de su chocolatina.

—Es nuestro jefe —fue su escueta aportación a la conversación.

—¿Es un hombre y está bueno? Pues es follable. Y tú, pequeña mariposita, vas a estar con él a solas en su despacho Dios sabe cuántas horas. Definitivamente, las hay con suerte —dijo mientras ambas abandonaban la sala—. Dos tíos buenos en un día, estás que te sales.

Jess se marchó por el pasillo en dirección a su puesto, no sin antes guiñarle un ojo y levantar los dos pulgares animándola a hacer algo al respecto. Mónica se limitó a hacerle una mueca y, tomando aire, ir a por sus informes para acudir a su inquietante reunión.

CAPÍTULO 13

Lukas puso los ojos en blanco al ver cómo Zach, uno de sus alumnos, se levantaba para ponerse de pie en su silla e imitar a un director de orquesta en mitad de *Bohemian Rhapsody* de Queen, y el resto de la clase dejó de escuchar para empezar a reír alabándole la gracia. Tenía que haberlo supuesto, ese era el tipo de cosas que hacía el más rebelde de sus alumnos cuando se aburría o quería llamar la atención. Resoplando, dio al mando y apagó la música del reproductor.

—Zach, baja de la silla inmediatamente. Está totalmente fuera de lugar — le reprendió negando con la cabeza—. Y te acaba de costar un trabajo con toda la información que encuentres sobre este tema.

—¡Venga, profe! ¡No es para tanto!

—Es lo que hay. No solo no has prestado atención, sino que has distraído a toda la clase. Así que apechuga.

Zach arrugó el gesto.

—Es que era un peñazo. No vas a negarme que esto tuvieron que escribirlo hasta arriba de drogas. Es una paranoia total —dijo el chico dejándose caer en la silla con desgana tras bajar de un salto.

—Tú sí que eres una paranoia total —se oyó una voz entre el tumulto.

—Es que sus padres también estaban puestos el día que lo hicieron a él. ¿No es evidente? —apostilló otro de los compañeros.

Zach le lanzó un boli a su amigo, pero solo hubo risas, pues fue rápido de reflejos y consiguió esquivarlo.

—Dani, te toca hacer el trabajo con Zach.

Se oyeron murmullos en la clase, en protesta.

—¿Alguien más quiere unirse a ellos? —preguntó recorriendo el aula con la mirada. Solo encontró gestos esquivos y negativas con la cabeza.

—Perfecto. Y ahora vamos a cambiar de tercio —dijo con una palmada entusiasta—. Por lo que he visto al inicio, parece que os ha gustado la tarea que os encomendé en la última clase. Algunos de vosotros habéis traído anotadas vuestras canciones y extractos de las letras de Billie Eilish.

Los vio sacar sus anotaciones y dibujó una gran sonrisa. Sabía que así conseguiría llamar su atención.

—¿Quién quiere empezar? —dijo frotándose las manos.

Carry, otra de sus alumnas fue la primera en levantar la mano.

—Cuéntanos, ¿cuál es la frase y el tema que has elegido? —Le dio la palabra señalándola con la mano.

—Pues yo me he sentido identificada con una frase de *I don't wanna be you any more*.

—¿Cuál de ellas? —preguntó con curiosidad. Conocía bien el tema. En realidad, todos los temas de la joven cantante.

—«Fui hecha de un molde roto» —dijo Carry leyendo la frase de su cuaderno.

—Es una expresión que te hace pensar de manera individual, describiéndote como alguien defectuoso, raro, incomprendido. Que levante la mano quien se haya sentido así en algún momento.

La clase al completo alzó la mano y Carry tras mirar a un lado y a otro, sonrió.

—Por lo tanto, es un sentimiento universal. Algo que nos une y nos hace comprender no solo cómo nos sentimos en un determinado momento, también nos permite empatizar con quien se siente de esa manera. Muy bien, Carry. Vamos con el siguiente.

Lukas vio a otro alumno al final de la clase. Este era Kevin.

—¿Cuál es tu frase, Kev?

—Pues la mía es de *Lovely*. «Corazón de cristal, mi mente de piedra».

—Ahí tenéis otro fantástico ejemplo. Estupendo —dijo satisfecho, y entre las manos elevadas, eligió otra.

—La mía es una metáfora —intervino Suzie.

Lukas la miró con curiosidad. Era una de sus alumnas más aventajadas y tenía una sensibilidad especial, además de un gran talento para escribir. La había animado con frecuencia para que explorara su faceta de letrista.

—Es de *Six feet Under*. Y dice así: «Si nuestra tumba fuese regada por la lluvia, ¿florecerían rosas?». Creo que habla de segundas oportunidades, tras la muerte de la relación, del amor, de la esperanza. Imaginar, aun así, una segunda posibilidad.

—Estoy de acuerdo contigo. Con frecuencia la misma letra llega a diferentes personas como mensajes diversos. Cada uno interpreta la letra según lo que le ha hecho sentir, influenciado por el momento de su vida en el que se encuentre... etc. Yo lo veo como tú, pero sería interesante analizar también qué opináis otros sobre esta letra. Lo haremos más adelante. Carol, ¿cuál es la tuya? —hizo intervenir a otra de sus alumnas. La joven se puso roja inmediatamente y tras mirar a un lado y a otro y aclararse la garganta dijo:

—«No sé qué hacer con tu beso en mi cuello». Es de *Hostage*.

La frase, procedente de una de las canciones que más gustaba a Lukas de la cantante, le trajo a la mente el momento en el que había posado los labios en el cuello de Mónica. Y la clase al completo se desvaneció ante él para rememorar la forma en la que ella había contenido el aliento, cómo se había humedecido los labios y cómo cada fibra de su ser había anhelado apoderarse de su boca en ese momento. Finalmente tuvo que conformarse con la suave piel de su cuello, pero la necesidad de saborear sus dulces labios seguía ahí, más patente que nunca.

—Pues mi frase favorita es también de *Lovely* y dice así: «Espero poder escapar de aquí algún día, incluso si me lleva toda la noche o cien años».

La espontánea intervención de Zach lo sacó abruptamente de sus recuerdos. Durante unos segundos se lo quedó mirando costándole volver a la realidad. Hasta que pudo reaccionar.

—Ya veo que has hecho los deberes. Bien hecho —terminó por decirle. Pues, aunque no se le escapaba que la frase iba con doble sentido, sí pertenecía al tema que había citado.

Zach le hizo una reverencia y en ese momento sonó el timbre que anunciaba el final de la clase. Todos empezaron a recoger sus cosas con rapidez, pero él aún no había terminado.

—¡Zach! ¿Puedes venir un momento?

El chico torció el gesto, pero obedeció sin oponer resistencia.

—Ya lo sé, el trabajo, que no se me olvide... —dijo a la defensiva.

—Ya sé que no lo vas a olvidar, no era eso. Solo quería preguntarte que si tu ansia por «escapar de aquí» se refiere solo a mi clase o tienes algún problema fuera de estas paredes del que te gustaría hablar.

El semblante del chico cambió radicalmente a uno más serio. Clavó su mirada verde en él y por un segundo a Lukas le pareció que deseaba contarle algo, sin embargo, el chico terminó por negar con la cabeza y dar un paso atrás.

—No pasa nada, profe. No te rayes, todo va bien.

Y antes de que pudiese decirle que, si cambiaba de idea, podía ir a hablar con él cuando quisiera, el chico se marchó.

—¡Maldito cabronazo! —El exabrupto lo pilló aun mirando hacia el marco de la puerta.

—Yo también te quiero, tío —repuso a Neal comenzando a recoger sus cosas y metiéndolas en la mochila.

—¡Y un cuerno! ¿Por qué se ha enterado mi mujer antes que yo de que estás saliendo con Mónica?

Lukas ladeó la cabeza y sonrió. La verdad es que había esperado con impaciencia ese momento. Y al fin había llegado.

—Porque me llamó esta mañana para preguntarme si iba a ir acompañado a la fiesta —respondió volviendo a centrarse en la tarea de recogerlo todo.

—¿Esa es tu patética excusa? ¿Sobre todo después de la última conversación que tuvimos?

—¿Qué quieres, una medalla por haberme abierto los ojos? —Lukas sonrió y Neal quiso darle un puñetazo.

—Esperaba más bien un poco de cortesía y comunicación entre amigos.

—Un momento... ¿Has perdido algún tipo de apuesta con Amy por haberse enterado ella primero?

La mueca de Neal le reveló que así era.

Lukas chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza con humor.

—¡Qué feo está eso! Menudo amigo de mierda estás hecho. ¿No tienes vida propia?

—Eres tú el que está fallando al juramento de colegas —se defendió el otro.

—Nosotros no hemos hecho ningún juramento de esos. No tenemos doce años.

—Está implícito en todas las relaciones masculinas de más de seis meses. Lo sabe todo el mundo.

Lukas volvió a reír y salió de la clase, por fin, pasando por su lado.

—Pero no voy a ilustrarte ahora sobre cómo ser un buen amigo, es evidente que no voy a conseguir eso de ti. Ahora quiero saber, ¿cómo es que por fin has dado el paso y has empezado a salir con Mónica?

—Solo te hice caso y hablé con ella —dijo caminando a grandes zancadas por el pasillo, mientras Neal intentaba mantenerle el paso.

—¿Y...?

—Y hemos decidido dar un paso más en nuestra relación e intentarlo.

Neal pareció meditar su respuesta un momento, y temió no haber dado datos suficientes como para hacerlo creíble.

—¿Y ya os habéis...? —No terminó la frase, pero la doble elevación de sus cejas dejaba claro a qué se refería.

—No pienso darte detalles. Mónica también es tu amiga. Procura que no se sienta incómoda en tu fiesta. No quiero que esto se eche a perder nada más empezar —le dijo adelantándose por el pasillo en dirección a la salida—. Ahora me voy, tenemos una cita esta noche y quiero preparar un par de cosas antes.

Neal le brindó una sonrisa pícaro y él hizo una mueca.

—Por cierto, ya le he dicho a Amy que he invitado a nuestros nuevos caseros al cumpleaños también —comentó como el que no quiere la cosa.

—Guay... Ya sabes mi lema: «En las fiestas, cuanto más gente, mejor» —repuso Neal corroborando lo que él ya había imaginado.

El plan iba perfectamente, y satisfecho, se marchó de allí antes de que su amigo decidiese seguirlo e intensificar su interrogatorio.

CAPÍTULO 14

Mónica llegó al punto de encuentro y no pudo menos que fruncir el ceño y preguntarse si no se habría equivocado al ver la dirección. Lo cierto era que después de la expectación que la había inundado todo el día, se había sorprendido al ver que en una de las partes del mensaje la instaba a acudir a la cita con ropa cómoda. Ahora que se veía en medio de aquel parque, se preguntó si habría planeado un picnic en el césped. Nada podría sorprenderle de Lukas, pero aún las noches resultaban un poco frescas y la idea de plantar el trasero en la hierba no era una idea muy atractiva. Tal vez hubiese sido mejor el campeonato de damas, como le había dicho Jess.

—Mi preciosa novia, ¡ya estás aquí! —Lukas apareció tras ella y la saludó con un beso en la mejilla completamente inesperado.

Cuando ella se llevó la mano al lugar donde él había dejado su impronta de fuego, él le susurró al oído:

—Si te sorprende un beso en la mejilla, ¿qué harás cuando te coma la boca?

Los ojos de Mónica se abrieron como platos y él rio con fuerza, divertido y satisfecho por haberla abochornado.

—Tranquila, Bambi, se trata de tener una cita relajada y divertida. ¿Confías en mí? —le preguntó ofreciéndole la mano.

Mónica la observó y luego clavó la mirada en la celeste y magnética de él. No tenía que pensar, había pocas personas en la que confiara tanto como en Lukas. Por eso no dudó y tomó su mano en un acto que se le antojó mucho más agradable y cómodo de lo que esperaba.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó mientras observaba sus manos unidas y dedos entrelazados. « ¿Así que, así era como cogía él la mano a su novia? » , pensó mientras Lukas se hacía el misterioso.

—Ahora lo verás. No quería que nuestra primera cita fuera la típica al uso. Quería hacer algo especial para ti.

Mónica sabía que todo aquello era puro teatro, una pantomima, pero por alguna razón, el hecho de que hubiese estado pensando en la forma de sorprenderla y hacerla sentir especial esa noche, hizo que su corazón latiese de forma acelerada. Hasta que vio el destino final de su paseo. Entonces sus pies se detuvieron en seco y un frío abrumador recorrió su espalda, paralizándola.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él al darse cuenta de que no avanzaba.

—No voy a ir allí —dijo sin poder apartar la vista del campo de entrenamiento de béisbol situado a poca distancia.

—¿Por qué no? Recuerdo perfectamente que me dijiste hace meses que jugabas cuando eras niña. Me sorprendió bastante y me prometí a mí mismo que algún día te traería aquí.

—No puedo hacerlo —se limitó a decir y sintiendo que el pánico se apoderaba de ella se dio la vuelta y empezó a caminar por donde había venido.

Lukas corrió tras ella y la interceptó, obligándola a detenerse.

—No puedo... —dijo cuando él la tomó por los hombros.

—¿Por qué? —preguntó confuso—. Pensé que te gustaría.

—Ya te he dicho que no quiero hacerlo —insistió a punto de un ataque de nervios.

—Como novia no eres muy complaciente. —Su tono despreocupado solo pretendía restar tensión al momento.

—No tiene gracia, Lukas. Quiero marcharme, ¡ya! Suéltame, por favor.

—No voy a hacerlo hasta que me digas qué te pasa.

Mónica resopló y apartó el rostro a un lado. Y Lukas, que no pensaba dejarla escapar, la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo. Al hacerlo vio su

mirada vidriosa y su rostro impregnado de una vulnerabilidad nada habitual en ella.

—Dímelo —la instó en un susurro quedo aproximándose a ella. Tomó su rostro entre las manos y se perdió en cada una de sus facciones, tan finas y fuertes a la vez. Parecía a punto de quebrarse y quiso abrazarla con fuerza hasta borrar esa angustia de su corazón.

—Era lo único que hacía con mi padre. —Mónica hizo aquella declaración cerrando los ojos, como si los recuerdos la invadiesen de repente —. Algunos domingos nos llevaba a mi hermana y a mí al campo y nos lanzaba bolas para que bateáramos. Siempre quiso tener niños y supongo que era su forma de conformarse.

Ella se encogió de hombros y le pareció que podía ver a la niña de la que hablaba. Mónica bajó la mirada hasta sus zapatillas y él no se atrevió a decir nada para dejarla desahogarse.

—Nat y yo queríamos disfrutar de esos momentos únicos en los que de repente éramos visibles para él, pero mi padre siempre terminaba por criticarnos duramente e insultarnos. Finalmente, terminábamos de vuelta a casa llorando. Después él se marchaba durante uno o varios días. Hasta que finalmente se fue para siempre.

Lukas no lo soportó más y la atrajo hacia su cuerpo, la rodeó con sus brazos y la presionó contra él, cobijándola en su pecho. Queriendo que supiese que ahora estaba a salvo, que ya no podía hacerle daño y que él estaba allí para impedir que así fuese. Sintió cómo la furia de saber que había sufrido tanto se apoderaba de él.

Lukas adoraba a los niños. Fue una de las razones por la que se hizo profesor. Creía que debían ser protegidos, cuidados y atendidos para hacer que los primeros años de su vida fueran una base sólida sobre la que crecer como personas fuertes, con objetivos y capaces de realizarse. Él había tenido

unos grandes padres que se habían esforzado por hacer felices a sus seis hijos, potenciando su individualismo y motivándolos a ser autónomos a la vez que a estar unidos. Pero Mónica le había confesado hacía un año que se había criado solo con su madre y su hermana desde los nueve años, pues su padre las había abandonado.

Mónica no era como él, no se abría con tanta facilidad y guardaba celosamente sus sentimientos y lo que consideraba sus fracasos, y por eso fue muy importante para él que lo creyese digno de la suficiente confianza como para revelarle el hecho que más daño le había causado en su vida. Y ahora que sabía que el recuerdo del béisbol estaba íntimamente unido al de su padre, se sentía culpable.

Pero no pensaba dejar que aquello quedara así. Lo iba a arreglar. Ella lo merecía.

CAPÍTULO 15

—¿No sabes darte por vencido? —dijo ella en posición de bateo, con él pegado a su espalda mientras le enseñaba a sujetar el bate de forma más efectiva.

—La palabra derrota no existe en mi vocabulario —dijo él contra su mejilla y Mónica se giró levemente para observar el perfil masculino y sexy de su rostro, tan cerca de ella.

—La vista al frente. Solo debes estar pendiente de la pelota.

Decir aquello era muy fácil, pero Lukas no se daba cuenta de lo difícil que era concentrarse cuando lo sentía apretado contra su trasero. Él pasó de mostrarle la mejor forma de sujetar el bate a colocar ambas palmas en sus caderas y girarla para alinearla en la posición correcta. En cuanto sintió sus grandes y fuertes manos sujetándola, el vientre comenzó a hervirle y su sexo palpitante la hizo respirar con dificultad. En dos movimientos él había conseguido despertar su deseo hasta hacerla marear y por un segundo temió que él fuese a darse cuenta de su creciente turbación.

Lukas ejerció más presión sobre las redondeadas y sexys caderas de Mónica y tuvo que apartarse unos centímetros de ella para que no se percatase de la creciente erección que pugnaba por abrirse paso en sus pantalones. Tan solo lo había rozado un segundo con su torneado trasero enfundado en unos vaqueros ajustados y sabía que, de no morderse el labio, habría gemido contra su oído. Aun así, su respiración afectada delataba lo mucho que lo estaba volviendo loco. Debía separarse de ella antes de perder el control, pero no quería hacerlo. Mucho menos cuando Mónica elevó los brazos y sus dedos llegaron a acariciar la piel de su cintura, expuesta bajo la camiseta.

—Puedes hacerlo. Sé que puedes hacerlo —le dijo con una voz sorprendentemente ronca. Tuvo que aclararse la voz para que no sonara como si estuviera en una caverna.

—¿Estás bien? —dijo ella intentando girarse para mirarlo. Pero él se lo impidió aferrándola con fuerza.

—Perfectamente —mintió—. Tú céntrate. Ya tienes la postura correcta. Concéntrate y simplemente golpea lo más fuerte que puedas. ¿Recuerdas la figura de payaso que te regalaron en el amigo invisible de la empresa la navidad pasada?

Mónica sintió que un escalofrío le recorría la espalda solo de acordarse de aquella horrenda y espeluznante figura.

—Pues ahora imagina que la bola es esa cosa y que vas a pulverizarla de un solo golpe.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo —repitió ella en un susurro completamente concentrada.

Lukas se separó de su cuerpo unos pasos para dejarla hacer el movimiento y cuando Mónica golpeó la bola con fuerza, se sintió orgulloso de su chica.

Mónica gritó de alegría, se llevó las manos a la boca por la sorpresa y cuando se giró y vio la sonrisa satisfecha de Lukas, elevó los brazos en señal de victoria. Él corrió hacia ella y sin pensárselo, ella saltó sobre él rodeándolo con brazos y piernas. Sintió la adrenalina corriendo por sus venas, tan exultante y feliz como hacía años que no se sentía. Y no solo por haber golpeado aquella insignificante bola, sino por sentir que los recuerdos que alimentaban los momentos más dolorosos de su vida, se apagaban en su mente. Como si también los hubiese desintegrado con el golpe.

Ambos rieron mientras Lukas la hacía girar aferrándola con fuerza.

—Eres increíble, sabía que lo conseguirías —le dijo contra el oído.

El suave murmullo de su voz le acarició la oreja, erizándole la piel. Y queriendo perderse en su mirada, aún sobre él, se separó lo justo para encararlo.

—Gracias —le dijo con una radiante sonrisa a tan corta distancia que el aliento de ambos se mezcló entre jadeos emocionados. Y sin pensarlo siquiera, depositó un beso rápido y tenue sobre sus labios.

Lukas se quedó muy quieto. Jamás había pensado que ella pudiese besarlo de forma espontánea y el corazón se le había parado en seco en el pecho.

El gesto atónito de Lukas hizo que Mónica se diese cuenta de lo que acababa de hacer. Ni siquiera lo había pensado, solo se había dejado llevar y había besado a su mejor amigo. ¡Maldita sea! ¡Lo había besado! La vergüenza se apoderó de ella hasta el punto de sentir que las mejillas le abrasaban y quiso que se la tragara la tierra.

Lukas vio el cambio en su gesto y supo que ella estaba a punto de salir corriendo.

—Definitivamente esta ha sido la mejor primera cita de la historia —se precipitó a darle una salida airosa—. Has golpeado la bola y te has relajado lo suficiente como para fingir que somos una pareja de verdad. Me has impresionado, Bambi —dijo dejándola bajar y separarse de él, muy a su pesar.

Mónica, ya en el suelo, se apartó un mechón de cabello tras la oreja y se mordió el labio inferior con una sonrisa nerviosa.

—Sí, ¿verdad? No ha estado mal.

—Nada mal —confirmó él enlazando la mirada con la suya.

Durante un segundo ambos se miraron como si estuviesen descubriendo el uno en el otro cosas que jamás habían visto antes.

—¿La rematamos cenando? Me muero de hambre —propuso él con su

tono habitual, como si sus labios no hubiesen entrado en contacto haciéndola sentir que su mundo dejaba de girar.

—A mí también se me ha despertado el apetito —apuntó, aunque su deseo era aún mayor que el vacío de su estómago.

—Perfecto —dijo él pasándole un brazo por encima de los hombros y de esta manera pegarla a su cuerpo—, así me cuentas cómo te ha ido hoy mintiendo a Jess. Yo tengo a Neal y Amy ya convencidos.

En cuanto volvió a percibir el calor corporal de Lukas rodeándola, Mónica sintió que llegaba a atravesarla con él hasta caldearle el alma.

—Me reafirmo en que mentir se te da mucho mejor que a mí.

—¿No se lo ha tragado? —preguntó Lukas mientras la guiaba hacia la salida del parque.

—No lo sé. Puede que sí, aunque no la he visto muy convencida. Otras veces, cuando he quedado con alguien me ha hecho todo un interrogatorio. Incluso ha llegado a llamarme en mitad de una cita para preguntar, pero esta noche no lo ha hecho. Creo que me conoce demasiado y puede que sospeche que no soy sincera.

—Déjalo en mis manos. Cuando nos vea juntos terminará por convencerse —aseveró haciendo alarde de una seguridad aplastante.

Mónica se limitó a asentir mientras se preguntaba hasta dónde estaría dispuesto a llegar él por convencer a sus amigos. Y por muy nerviosa que la idea la pusiese, no tardaría en descubrirlo.

CAPÍTULO 16

Lukas miró hacia arriba para apreciar la grandiosa torre acristalada en la que se encontraban las oficinas del bufete en el que trabajaba Mónica. No había estado allí antes, siempre quedaban a la salida del trabajo y se quedó impresionado nada más entrar. Desde la entrada, a los ascensores y el piso veintitrés, en el que se encontraba el despacho de Mónica estaban diseñados para abrumar con su elegancia e imponencia. Cuando se cruzó con varios hombres cuyos trajes costaban más que todo su ropero al completo, se sintió como si hubiese tenido la ocurrencia de ir en bañador a una boda. Aun así, no se amilanó. Tenía un objetivo. Esa noche era la fiesta de cumpleaños de Neal, volverían a ver a Pierce y Paul y tenía que asegurarse de que la loca de Jess no metiese la pata. Si confirmación a las palabras de Mónica era lo que necesitaba, es lo que le daría antes de tener que enfrentarse a la gran representación.

—Perdón... —lo llamó la recepcionista, al verlo parado tras el mostrador, sin saber muy bien a dónde dirigirse. La vio repasar su vestimenta, consistente básicamente en un vaquero azul, una camiseta y una chaqueta informal.— ¿Puedo ayudarle?

—Sí, claro —repuso él dibujando la mejor de sus sonrisas.

La chica que hasta el momento mostraba un semblante de lo más serio y profesional, le devolvió el gesto, más receptiva.

—Busco el despacho de Mónica Holt.

—¿Tenía cita con la señorita Holt esta tarde? —preguntó ella empezando a buscar ya en la pantalla.

—En realidad no —se apresuró a contestar antes de hacerla perder el tiempo—. Es una visita privada...

—¿Privada?

Aquella descripción debió de parecerle a ella hecha en otro idioma porque lo miró como si no le hubiese entendido.

—Sí, es un asunto privado —volvió a repetir.

—La señorita Holt tiene una agenda muy apretada y no puede atender asuntos que estén fuera de ella. Si quiere que le concierte cita para otro momento...

Lukas enarcó las cejas, sorprendido.

—No quiero una cita para otro día. Apenas voy a entretenerla unos minutos y estoy seguro de que, si le dice que he venido a verla, estará encantada de atenderme.

—Pero es que la señorita Holt...

A Lukas le pareció la situación de lo más ridícula. Parecía más difícil quedar con ella que con el puñetero presidente del país.

—Limítese a decirle que está aquí Lukas, su novio.

Esta vez la diversión habitual en su tono había desaparecido y esperó haber sido lo suficientemente contundente como para que dejase de ponerle pegos.

—¿Lukas? ¿Qué haces aquí?

Este se giró para encontrarse con Jess, a la que no se había alegrado más de ver en toda su vida.

—He venido a dar una sorpresa a Mónica, aunque parece que hay que echar algún tipo de instancia para hacerlo.

Jess rio apretando los labios al darse cuenta de la situación. Miranda, la recepcionista se tomaba su trabajo con la rotundez y fiereza de un perro guardián.

—No te preocupes, Miranda, ya me ocupo yo de guiarlo hasta el despacho de Mónica —dijo señalando a Lukas el camino a seguir.

—Pero la señorita Holt... —quiso protestar la otra.

—Miri, en serio, ¿de veras crees que con este culo —dijo señalando el trasero de Lukas al que casi le da un ataque—, a Mónica le va a molestar la visita?

Lukas vio que la chica se ponía roja como un tomate y si él hubiese tenido más pudor, también lo habría hecho. Pero ya nada le asombraba de la buena de Jess. Así que se limitó a ocultar la carcajada que pugnaba por escapar de su garganta. Miriam bufó y viendo que no podía hacer nada por evitarlo, volvió a centrarse en sus tareas, y Lukas se dejó llevar por Jess que lo aferró del brazo para hablarle en confidencia.

—¿Entonces has venido a ver a tu chica? —le preguntó claramente interesada por analizar su reacción.

Aquello le venía de perlas, se había preguntado cómo lo haría para coincidir con Jess durante su visita y que los pudiese ver juntos, pero eso era aún mejor, porque le daba la oportunidad de hablar con ella a solas.

—¿Te lo ha contado? —se hizo el sorprendido.

—¡Por supuesto que sí! Soy su mejor amiga. ¿Crees siquiera que podría ocultarme que sale con un tío? La conozco demasiado. La habría pillado antes de intentarlo— aseguró chasqueando los dedos.

—Claro... ¡Qué pregunta más boba! —dijo haciéndose el tonto—. Como Mónica es tan prudente, pensé que tal vez quería mantenerlo en secreto.

—A mí no se me escapa nada —repuso ella con autosuficiencia—, pero cuéntame, ¿cómo es que te has lanzado por fin a pedirle salir? La verdad, viviendo y pasando tanto tiempo juntos no entiendo cómo no lo habías hecho antes. Al menos haber echado un polvo. Yo se lo he dicho mil veces a ella...

La frase quedó interrumpida cuando un trajeado, joven, se cruzó con ellos y con mirada embobada saludó a Jess. Esta le devolvió el saludo con cierta coquetería y en cuanto el tipo pasó de largo, volvió a la conversación como si no hubiesen sido interrumpidos.

—... Tan jóvenes y monos. Con estos cuerpos firmes y...

Jess volvió a detenerse para saludar a otro trajeado que pareció a punto de babear mientras la observaba caminar contoneándose.

—Y tentadores. ¡Es que no me entra en la cabeza! —dijo sacudiéndola—. Os encontráis en el baño, a uno se le cae la toalla y al lío, por ejemplo.

Lukas tragó saliva. Como si necesitase las contundentes imágenes de Jess para fantasear con Mónica.

—O...

Lukas la detuvo antes de que le diese más ideas. Lo último que quería era llegar empalmado al despacho de Mónica.

—Hemos tardado, pero por eso ahora lo estamos pillando con más ganas. —Esperó que aquel comentario fuese suficiente para ella y le guiñó un ojo para dar más énfasis a sus palabras.

—Así me gusta —repuso satisfecha deteniéndose ante una puerta y posando la mano en el pomo—. No la quiero mustia y no hay nada que rejuvenezca y dé más elasticidad a la piel, que unos buenos orgasmos.

Las últimas palabras de Jess dejaron a todos congelados, pues las hizo mientras abría la puerta del despacho de Mónica y sin comprobar que estaba acompañada.

Lukas tardó en reaccionar al ver que ella estaba junto a un tipo alto, más o menos como él, trajeado y con pinta de acabar de salir de la revista Forbes. Y lo sorprendente no era que estuviese acompañada, sino la proximidad patente de sus cuerpos. Él, ligeramente inclinado sobre ella, dejaba poco espacio entre ambos y la sola idea de haber interrumpido una situación íntima, hizo despertar algo parecido a la irritación en su interior.

¿Quién demonios era ese tipo? ¿Y qué hacía sobre ella?

—¡Lukas! ¿Qué haces aquí? —preguntó Mónica casi sin resuello, lo que no hizo más que achicar su mirada azul para clavarla en ambos

alternativamente.

—¿No puede un hombre enamorado venir a ver a su novia por sorpresa?

La abierta declaración de su ficticio noviazgo pilló a Mónica desprevenida, y Lukas vio la tensión que aparecía en la comisura de sus preciosos labios al forzar una sonrisa.

—Claro... Por supuesto —dijo ella, tras mirar a Jess que los observaba con interés.

—Perdón, no me he presentado y al parecer he interrumpido una reunión —dijo Lukas tomando el mando de la situación—. Soy Lukas, el novio de Mónica —le dijo al tipo trajeado ofreciéndole la mano.

El tipo lo miró directamente a los ojos y le devolvió el gesto en un apretón firme que no era más que una forma de calibrarse el uno al otro.

—Eso he oído —dijo—. Yo soy Randall West, uno de los socios gerentes de este bufete.

—Y por lo tanto, mi jefe. —La sonrisa tensa de Mónica llevaba el mensaje implícito de que se portara bien por ese motivo.

—Un placer conocerle —repuso Lukas—. Siento haber interrumpido. Me temo que mi visita ha sido producto de un arrebató romántico.

El señor West mostró una sonrisa condescendiente apenas perceptible y asintió.

—Es completamente comprensible.

La mirada apreciativa que el tipo dirigió a Mónica aumentó la temperatura de su sangre. Y cuando este posó una mano sobre el hombro de su falsa novia justo antes de dirigirse a ella, apretó las mandíbulas hasta creer que estas iban a estallarle.

—Mónica, si te parece, seguimos con esto más tarde. Aún queda mucho trabajo por delante y no nos vendrá mal un descanso.

—Por supuesto, Randall —repuso ella asintiendo y levantándose de su

silla.

¿Randall? ¿Desde cuándo Mónica se dirigía a sus jefes con tanta familiaridad? Nunca lo había hecho cuando le hablaba de ellos, aunque tampoco le había contado nada en especial sobre ese tipo con el que ahora parecía tener tanta confianza.

—Por mí no os preocupéis, yo ya me marcho. También tengo mucho que hacer—se oyó decir a sí mismo—. Nos vemos esta noche, cariño —pronunció esta última palabra sin su habitual diversión en la mirada, y salió del despacho.

Hizo el camino de vuelta al ascensor, con grandes y enérgicas zancadas, sintiendo que la turbación y la decepción se apoderaban de él hasta hacer que le doliese el estómago. Y cuando llegó hasta él, presionó el botón repetidas veces con fuerza. Necesitaba salir de allí. En cuanto se abrieron las puertas entró y volvió a presionar esta vez para bajar.

—¡Lukas! —la voz de Mónica, llamándolo desde el pasillo, lo sorprendió en el cubículo. No podía enfrentarse en ese momento a ella, cuando sentía que algo incomprensible le estrujaba las entrañas. Y dejó que la puerta se cerrara a pocos metros de llegar hasta él.

Lo último que vio fue su mirada interrogante y confusa.

CAPÍTULO 17

—Si vas a estar así toda la noche, no tiene sentido hacer esto —Mónica rompió el silencio en un susurro tenso, creyendo que ya no lo soportaba más.

Aquella noche cuando llegó a casa se había encontrado a Lukas corrigiendo trabajos de sus alumnos sobre la isla de la cocina. Había ido hacia él con una sonrisa entusiasta a la vez que nerviosa. Estaba un poco atacada por la fiesta de esa noche y necesitaba ese positivismo contagioso y electrificante de Lukas, que le hacía pensar siempre que todo iba a salir bien. Sin embargo, él apenas la había mirado y sus comentarios se habían reducido a gruñidos molestos. Le había preguntado varias veces si le pasaba algo, pero él lo había negado y pedido que lo dejara terminar antes de tener que ir a arreglarse.

Desde entonces no habían vuelto a cruzar una palabra. Sentía un enorme muro entre los dos que no sabía cómo derribar ni de dónde había surgido. Cuando fue a verla aquella tarde al despacho, parecía el mismo de siempre. Le había sorprendido tanto la visita como el hecho de que se fuese con tanta rapidez. Le habría gustado enseñarle su despacho e incluso presentarle a la gente con la que trabajaba. Le había hablado de muchos de ellos y por fin él podría ponerles cara, pero entonces había alegado estar muy ocupado y se había marchado, dejándola algo decepcionada. Quiso hablar con él a su vuelta, pero tras su trato frío y distante había decidido que era mejor darle espacio. Pero ahora, frente a la puerta de la casa de Neal y Amy, empezaba a ponerse nerviosa y sentirse insegura.

Aquel plan era fruto de su mente y sin embargo a la hora de llevarlo a cabo parecía que su amigo estaba a kilómetros de distancia. No podía enfrentarse a la velada ella sola, sin su apoyo y sin saber qué esperar de su comportamiento. Y empezaba a tener ganas de salir corriendo.

—¿Me has oído? Te he dicho...

—Ya sé lo que has dicho. No tienes que preocuparte, todo sigue según el plan —dijo él haciendo girar sus hombros, como si soportase sobre ellos una pesada carga. No la miró, ni de soslayo, como había hecho las últimas horas y no creyó una sola palabra.

—¿Estás seguro de eso?

La respuesta quedó en el aire porque Neal abrió la puerta en ese momento, con la mayor de las sonrisas en el rostro y la nariz roja como un tomate.

—¡Si ya está aquí la parejita! No os imagináis el gusto que me da veros juntos por fin —dijo abrazándolos a ambos a la vez con fuerza.

—¿Ya estás bebido? ¿Has empezado la fiesta sin nosotros? —le preguntó Lukas cuando consiguieron soltarse y volvió a respirar.

—Amigo, solo se cumplen treinta y tres años una vez —aludió el cumpleaños.

—Cariño, en tu caso, esta es la tercera —dijo Amy tras él con una sonrisa.

Neal se echó a un lado y los dejó pasar poniendo los ojos en blanco ante el comentario de su mujer.

—Pasad, pasad —les dijo con gestos exagerados que evidenciaban que sí, había tomado ya alguna copa de más.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Mónica a Amy cuando esta la abrazó para darle la bienvenida.

—Ni idea. Un extraño caso de crisis de los treinta y cinco. Dice que se ve viejo —dijo encogiéndose de hombros— ¡Hombres! ¿Quién los entiende?

—Y que lo digas —repuso ella mirando de soslayo a Lukas que ya estaba saludando a algunos de los invitados, sin esperarla.

—Tú no puedes decir eso aún. Acabáis de empezar, deberías estar en

plena luna de miel. Cuando todo es bonito, salvaje, apasionado, febril...

Mónica fingió una sonrisa que pretendía confirmar que sabía de lo que estaba hablando, pero la verdad es que no tenía idea. Nunca había tenido una relación lo suficiente excitante, o seria, o que durara lo suficiente como para sentirse en esa nube en la que todo se ve de color rosa.

En su cita con Lukas había llegado a sentir algo parecido, pero había sido solo una cita y aunque habían transcurrido apenas unas horas, parecía que hubiese sido hacía siglos.

—Deja eso sobre la mesa y nos vamos a preparar el primer coctel de la noche. No va a ser Neal el único que se lo pase bien esta noche —le dijo Amy indicándole la mesa de los regalos en la que podía dejar el de Lukas y ella. Después se quitó la chaqueta que cubría su vestido azul y la siguió a la cocina.

—¿Han llegado ya Pierce y Paul, nuestros caseros? —preguntó algo nerviosa. A fin de cuentas, la interpretación era para ellos.

—No aún no. Y no te voy a negar que tengo curiosidad por conocerlos. Neal dice que Lukas le ha dicho que son una pareja muy interesante.

—Sí que lo son, ya verás. Lukas admira mucho a Paul —apuntó aceptando la copa vacía que le ofrecía Amy.

—Genial, pero ahora quiero que me cuentes todo acerca de cómo es que Lukas y tú habéis dado el paso por fin de estar juntos. Ahora que ya lo estáis tengo que confesar que me has hecho ganar una apuesta. Neal creía que lo haríais mucho antes, pero a mí me pareció que tardaríais en daros cuenta de lo que vemos todos los demás desde que os vimos juntos por primera vez.

Mónica quiso morderse el labio, pero en realidad se moría de curiosidad por indagar.

—¿Sí? ¿Y qué es eso que veíais? —Intentó que su tono sonase casual y sin la expectación que le atenazaba el estómago.

—Pues que estáis hechos el uno para el otro. Y esa química... Mujer, si

cada vez que estáis juntos saltan chispas.

—¿Tú crees?

—Completamente. No sé cómo no habéis salido ardiendo los dos antes.

—Eso mismo digo yo —Jess se unió a ellas, entrando por la puerta.

Mónica y Amy se giraron y la recibieron entre abrazos.

—Yo ya había perdido toda la esperanza, os soy sincera, pero cuando lo he visto aparecer hoy por el bufete... —añadió la pelirroja tomando una copa y empezando a servirse ella misma.

—¿Ha ido al bufete? —preguntó Amy sorprendida.

—Como te lo digo. Parecía un bobo enamorado —Amy aleteó las pestañas y puso una cara ñoña que hizo que las otras dos se rieran abiertamente.

—No creo que haya sido así... —dijo ella avergonzada.

—Claro que sí. Al menos hasta que se ha encontrado a West en tu despacho. ¡Qué momentazo!

—¿Qué quieres decir?

La pregunta de Mónica quedó sin respuesta porque la puerta volvió a sonar con insistencia. Amy se levantó de su taburete para abrir y Jess empezó a seguirla. Mónica la detuvo a punto de salir.

—¿Qué has querido decir? —le preguntó.

—Estamos en una fiesta y no hay tiempo ahora, pero lo hablaremos con calma, porque a veces me parece que no te enteras de nada, niña —le dijo Jess justo antes de soltarse y salir por la puerta.

Mónica entrecerró los ojos y ladeó la cabeza confusa. ¿Qué había insinuado Jess? ¿De qué *momentazo* hablaba? ¿Se le había escapado algo que justificaba el cambio de actitud de Lukas con ella?

No pudo seguir divagando porque las voces que llegaron desde la entrada eran las de Pierce y Paul, lo que significaba solo una cosa: la función acababa

de empezar.

CAPÍTULO 18

Mónica estaba preciosa esa noche, más aún de lo habitual y aquello era mucho decir. Supo que sería una tortura no tocarla desde el momento en el que la vio llegar a casa. Se había pasado la tarde pensando en ella. Una y otra vez rememoraba en su mente el momento de entrar en su despacho y verla junto a su jefe y cada vez que lo hacía regresaba el dolor en el pecho. Se tiró en la cama intentando encontrar explicación a lo que le estaba pasando. Había sentido muchas cosas por ella, pero nunca antes algo parecido a lo que le atenazaba las entrañas. No era idiota, en los últimos días habían despertado en él cosas que creía superadas. Había vuelto a soñar con ella, a querer acariciarla, a sentir despertar su deseo y sus sentidos cuando ella estaba cerca.

Sabía que la quería.

Nunca había tenido una amiga como ella. Alguien que lo conociese de verdad, sin máscaras, sin fachadas. Alguien a quien dejar adentrarse en su mente, en sus pensamientos. Pero lo que se había apoderado de él esa tarde era algo que lo sobrepasaba. Había sentido que intentaban quitarle algo suyo, ante sus ojos y sin poder evitarlo. Y no le gustó. Procesar ese sentimiento había sido como intentar tragar un nudo de espinas que te va desgarrando lenta y dolorosamente. Cuando finalmente se dio cuenta de que eran celos, el shock fue tan grande que pasó una hora más intentando negárselo una y otra vez.

¿Por qué tendría que sentir celos por ella? ¿Qué sentido tenía?

Y entonces una voz se lo gritó en su mente.

«Porque la quieres para ti».

De alguna manera siempre había considerado a Mónica suya. Era su amiga, era su compañera, su confidente, era su persona especial. Esa que necesitas ver cada día para que todo vaya bien. La que te levanta cuando has caído y la que hace que todo desluzca cuando no está. Pero se había

acostumbrado tanto a que formase parte de su vida que en ningún momento se había planteado que podía perderla. Hasta ese momento.

Cuando finalmente se levantó de la cama y fue hasta el salón, las imágenes de todo lo que había vivido con ella durante aquellos dos últimos años, llenaron su mente y sus retinas. Los vio a ambos tumbados en el sofá, viendo una película, riendo a carcajadas. O cuando ella se emocionaba y lloraba, en esos casos terminaba lanzándole alguna palomita mientras se metía con ella. No le gustaba verla llorar y sabía que era la forma de convertir el momento en una guerrilla entre ellos que terminaba con ambos persiguiéndose por la casa. La vio concentrada en sus papeles y a él soplando su cabello desde atrás para hacer que frunciere el ceño y lo reprendiera. La vio con las manos manchadas de harina pidiéndole que le anudara el delantal, y a él haciéndolo mientras la tentación de abrazarla se apoderaba de él. O cuando la dejaba ganar a las damas para ver su sonrisa autosuficiente. No se daba cuenta, pero la forma de elevar la comisura de los labios y hacer su baile de la victoria, lo volvía loco.

No había lugar de aquella casa en el que no tuviese un recuerdo grandioso con ella. Y el miedo a perderla para siempre lo dejó sin aliento. Como si recibiese un puñetazo en el estómago que lo partiese en dos.

Estaba enamorado como un idiota de su mejor amiga. Neal llevaba todo aquel tiempo diciéndoselo y él no había querido verlo. Había preferido estar ciego a reconocer que su mundo había empezado a girar en torno a ella. O tal vez lo que temía era tomar la decisión a la que se enfrentaba en ese momento. ¿Seguía comportándose como solo su amigo y salvaguardaba lo que había entre los dos, aunque eso lo consumiese por dentro, o le revelaba lo que sentía y se lo jugaba a una carta?

Conociendo a Mónica, no había una respuesta fácil.

Ella era tan comedida, lo controlaba todo tanto, tenía tanto miedo a

entregarse desde el abandono de su padre que si le revelaba sus sentimientos quizás su respuesta sería correr en sentido contrario. Y entonces a su mente llegaba el recuerdo del beso dulce y espontáneo que ella le había dado en el parque. También cuando la oyó gemir en el ascensor, o cuando lo había mirado de soslayo como solo una mujer mira a un hombre cuando le gusta lo que ve. Y la idea de estar con ella aleteaba en su pecho, esperanzada.

Por mucho que dio vueltas a sus opciones, no consiguió tomar una determinación. Había mucho en juego. Y cuando ella entró en la cocina y le sonrió, no lanzarse sobre ella y apoderarse de su boca fue lo más difícil que había hecho en su vida. Hasta que tomase una decisión no podía tocarla y eso lo estaba matando. Tan solo se había permitido observarla a cierta distancia, como en ese momento. Pierce dijo algo que hizo reír a las tres amigas y Mónica se apartó el cabello, echándoselo a un lado, se llevó la mano a los labios y acarició el de abajo con el dedo índice en un gesto despreocupado mientras escuchaba otra de las divertidas anécdotas de su nuevo casero.

Él quería ese labio. Quería apresarlos entre los dientes, acariciarlos con la lengua, degustarlos con codicia, sentirlos palpar contra los suyos. Como si percibiese su escrutinio, Mónica dejó de mirar a Pierce para centrar su atención en él. Durante largos segundos las miradas quedaron enlazadas la una en la del otro. El salón, repleto de gente, quedó vacío. Solo existía ella.

No podía perderla. Pero, ¿cuál era la mejor forma de hacerlo?

—Entonces, ¿no has estado antes en Napa? —la pregunta de Pierce reclamando nuevamente la atención de Mónica rompió el momento.

—No... No he estado antes —la oyó responder primero dudando y luego con una sonrisa.

—Pues te va a encantar. Es una pena que vayas por trabajo, porque es perfecto para un fin de semana romántico. Lo mejor son los vinos —dijo Pierce recordando algunos de los que había probado allí con su marido—,

pero pensándolo mejor, yendo con tu jefe y sabiendo cómo te sienta la bebida, querida, tú ni los toques.

La sangre de Lukas comenzó a hervir de nuevo cargándose de una furia desconocida para él. ¿Mónica iba a ir con su jefe a Napa? ¿Qué demonios estaba pasando? Ese buitre quería lanzarse sobre ella. Apretó los puños y antes de sopesar lo que estaba a punto de hacer se levantó de su asiento y fue hacia Mónica sintiendo el corazón latiéndole en el pecho a una velocidad infartante. Cuando llegó hasta ella la tomó de la mano y se dirigió al resto.

—Si no os importa, tengo que robárosla un momento —se limitó a decir y tiró de ella buscando un lugar en el que hablar a solas.

—¡Lukas! ¿Qué te pasa? —preguntó Mónica que apenas conseguía seguir su paso acelerado.

Él no contestó. Solo revisó cada uno de los cuartos comprobando que hasta en la cocina había gente. Y entonces vio la puerta trasera que comunicaba esta con el patio. Fue hacia allí y al ver que estaba abierta, la hizo salir delante. Él salió tras ella y cerró a su espalda.

—No puedes ir a ese viaje —las palabras salieron de sus labios como un exabrupto.

—¿Qué? ¿De qué diablos estás hablando? —le preguntó confusa.

—No puedes ir a Napa con tu jefe.

Mónica sacudió la cabeza sin entender lo que estaba pasando.

—Ese tío solo quiere llevarte a la cama. ¿Tan ilusa eres como para no darte cuenta? —bramó.

—¿Qué dices? ¿Has bebido? —Lo vio bufar fuera de sí—. Has perdido el juicio... Es mi jefe...

Quiso marcharse de allí, pero él la tomó del brazo y se lo impidió.

—No estoy loco, ni ciego. He visto cómo te miraba esta tarde, cómo te tocaba... —dijo con cara de aversión.

Ella parpadeó varias veces, incrédula al ver su gesto. Y algo en el semblante de ella cambió, helándolo.

—No sé qué me ofende más —dijo encogiendo la mirada—, si que creas que me han ofrecido uno de los casos más importantes solo con la excusa de llevarme a la cama y no por mis capacidades y méritos, o que creas que el hecho de que le guste a un hombre es repugnante —le escupió las palabras llevada ya por la furia.

—Yo no creo eso...

—Me da igual —lo cortó tajante soltándose para marcharse—. ¿Qué te importa a ti lo que yo haga? Eres un maldito...

Mónica no llegó a pronunciar el insulto que tenía guardado para él, pues Lukas redujo la distancia entre los dos, le tomó el rostro entre las manos y cubrió su boca, ahogando sus palabras y robándole el aliento.

En el momento en el que sus labios entraron en contacto y su lengua acarició la de Mónica, el resto del mundo dejó de existir para él. Aún tenía el corazón a mil por la discusión, pero ya no pensaba en nada que no fuese la necesidad furiosa que se había apoderado de él, haciendo que perdiera la cordura. La besó dejándose el alma, vaciándose por completo, deshaciéndose de la frustración acumulada esos dos años, haciéndola suya por fin. Y Mónica cumplió todo lo que le había prometido en sueños. Tras la primera sorpresa, y cuando invadió su boca poseyéndola, la oyó gemir entregada. Se estremeció y elevó los brazos para aferrarse a su cuello. El gesto no hizo más que alimentar su necesidad y dejó su rostro para abrazarla con fuerza, pegándola a él. Queriendo sentir cada curva de su cuerpo acoplándose al suyo.

«¡Maldita sea!», pensó. Ella sabía a pecado, a lujuria, la quería al completo y ya. Su sabor lo volvía loco, como el resto de ella. Ya sabía por qué no la había besado antes. Ella era como un dulce veneno que se le metía en las venas y se apoderaba de su alma y su voluntad.

—Aquí estáis, parejita... ¡Ups! Siento interrumpir —dijo Neal sacudiéndolos del momento abruptamente—. Es que ha llegado el momento de la tarta —declaró este sin ser consciente de lo que acababa de interrumpir.

Ninguno de los dos respondió. Solo se miraron abrumados, con la respiración y el corazón embravecidos.

CAPITULO 19

Ni una palabra.

Nada.

No habían conseguido pronunciar un solo sonido desde el beso que habían compartido en casa de Neal y Amy. La fiesta había sido un éxito, todo el mundo había disfrutado mucho, incluso sus nuevos caseros, que se habían ido entusiasmados y completamente convencidos de la supuesta relación que había entre los dos. Pero desde el momento en el que habían tenido que regresar a la realidad y reunirse con sus amigos, tanto uno como el otro quedaron sumidos en una vorágine de sentimientos, una nebulosa que no los dejaba pensar, solo recordar cuánto habían sentido el uno en brazos del otro.

Sus miradas se cruzaban cada poco y las chispas saltaban como si desde la distancia pudiesen encender una hoguera. Lukas esperaba no haber metido la pata, pero no podía pensar en otra cosa más que en la dicha que había experimentado al sentirla al fin. En que cuanto había imaginado con ella se había cumplido con creces, en que estaba más convencido que nunca de que Mónica era todo lo que quería. Ya no podría vivir sin que ella formase parte de cada uno de sus días y tenía que encontrar la mejor forma de afrontar el tema con ella.

Por eso no pronunció una sola palabra cuando ambos se marcharon, ni cuando llegaron a su edificio; tampoco subiendo en el ascensor, cuando la escasa distancia entre ambos era una tortura que lo privaba de oxígeno. Se mantuvo impasible cuando abrieron la puerta del apartamento y cuando chocaron al entrar. La tensión era tan palpable que lo estaba destrozando. Y, aun así, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, cuando ambos se miraron frente a frente, a punto de entrar en sus respectivos dormitorios, se limitó a desearle buenas noches y dejar que la necesidad lo desgarrara por

dentro.

Mónica cerró la puerta de su cuarto y se apoyó en la madera sintiendo que, de no ser así, caería al suelo de bruces. El corazón estaba a punto de estallarle en el pecho. Colocó la mano sobre su tórax y lo sintió latir desesperado. Jamás había sentido nada parecido y aun no podía creer que el responsable fuera Lukas, su Lukas. Quería gritar, llorar, reír a carcajadas y estallar en mil pedazos. Todo cuando albergaba en su interior desde que él se había apoderado de su boca la sobrepasaba. Había llevado todos sus sentidos al límite como si no hubiese sabido lo que era tocar, ver, oler, oír, saborear, hasta ese momento, cuando lo había hecho para llenarse de Lukas por completo.

No sabía qué debía pensar ni sentir, solo que él estaba al otro lado del pasillo. A escasos metros y que algo la estaba consumiendo por dentro lentamente. Se dio la vuelta para apoyar la frente en la madera y posar ambas palmas, buscando un calor que no iba a recibir. Contó los segundos hasta que se convirtieron en largos minutos, esperando.

No era capaz de moverse, pero si él iba hasta ella...

No lo hizo. Largo rato después, cuando la tristeza empezó a abrirse hueco en su pecho, se separó de la puerta para sentarse en la cama. Tal vez solo había sido un impulso, como el que sufrió ella cuando lo besó en el parque. Tal vez ahora solo estuviese avergonzado o arrepentido. Si ni ella misma sabía lo que sentía, ¿cómo lo iba a hacer él?

No podía pensar esa noche. Estaba exhausta, como si estuviese bajando la enorme pendiente de una gran montaña rusa que la había llevado a lo más alto. Se levantó de la cama rápidamente y comenzó a desvestirse con movimientos mecánicos. El calor seguía abrasándola y decidió ponerse tan solo una vieja camiseta azul sobre las braguitas blancas. Se tiró en la cama

boca arriba, sujetándose la cabeza, esperando poder detener cada pensamiento dispuesto a volverla loca. Y entonces uno se abrió paso en su mente por encima de todos los demás.

El temor de que aquel incidente acabase con su amistad, con lo que habían construido, la dejó sin aliento. El aire se volvió denso, asfixiándola.

Se levantó y abrió la puerta de su cuarto buscando aire. No se detuvo y fue hasta la cocina. Tal vez un poco de agua fría aplacase el fuego que la consumía. Pero cuando llegó al mueble en el que guardaban los vasos, solo pudo apoyar ambas manos sobre la encimera y hundir la cabeza entre los hombros, al borde del llanto. No podía llorar, no quería hacerlo y en un intento por recomponerse elevó el brazo y abrió la puerta del mueble.

—¿No podías dormir?

La voz de Lukas, a solo unos centímetros de su cuerpo, la dejó inmóvil. Y cuando él se pegó a su trasero por completo y elevando el brazo, tomó el vaso que ella iba a coger, no protestó. Se limitó a sentir el calor que le llegaba de su cuerpo. Él dejó el vaso frente a ella en la encimera y bajó la cabeza hasta acariciar con su aliento la piel de su cuello.

Se limitó a negar con la cabeza en respuesta a su pregunta, pues estaba segura de que ningún sonido sería capaz de salir de su cuerpo.

—Yo tampoco... No dejo de pensar en ti.

La abierta declaración en un tono tan grave e intenso como para hacerla derretir por dentro, despertó cada recóndito rincón de su cuerpo, ya encendido.

Lukas posó las manos en sus caderas y el pecho empezó a subirle y bajarle por la excitación. Adelantó una hasta su vientre, por debajo de su camiseta y este se encogió mientras algo hervía en su interior.

—¿Y tú? ¿Pensabas también en mí? —le preguntó rozando ya el filo de sus pequeñas braguitas.

—Sí —dijo ella mordiéndose el labio para contener un gemido desesperado.

Lukas se tomó aquella escueta respuesta como una invitación a seguir explorando. Ella no se había apartado, al contrario, había dejado caer su peso sobre él, buscando el contacto. Estaba seguro de que ya había notado su pétrea erección a través de las finas prendas que ambos llevaban. Se había puesto duro nada más verla allí, en camiseta y braguitas, estirada para coger un vaso y mostrándole su redondeado trasero en todo su esplendor. No hacía más que pensar en poseerla y ella estaba allí, como un caramelo en la puerta de un colegio.

Ni lo había pensado. No había nada que pensar. No iba a dejar que pasara un día más sin que fuera suya, y cuando introdujo la mano en sus braguitas y sus dedos llegaron a su sexo cálido y húmedo, dejó escapar una exhalación de deleite. Aún más cuando ella elevó los brazos para, por encima de su cabeza, enredar las manos en su cabello rizado urgiéndolo a profundizar en la caricia. Descendió y presionó las yemas de los dedos contra el centro de su feminidad, abriéndose paso entre los pliegues que escondían el tesoro más anhelado para él. La sintió estremecerse contra él y no pudo menos que sonreír satisfecho.

Mónica, completamente entregada, apoyó la cabeza en su pecho y él al tiempo que tomaba uno de sus redondeados y llenos pechos bajo la camiseta, aumentó la velocidad de su caricia. Inmediatamente ella empezó a gemir. Estaba tan caliente que creía que iba a abrasarlo. Sus jugos empaparon sus dedos cuando los introdujo en su interior, y de no haber buscado que ella llegara al clímax, nada le habría gustado más que llevarse los dedos a los labios y saborearla. Pero quería verla estallar. Volvió a su clítoris y comenzó a acariciarlo en diminutos círculos. Dejó su pecho para tomarle el rostro por la barbilla y la obligó a encararlo. Ella tenía los ojos cerrados, rendida a las

sensaciones.

—Mírame, cariño —le ordenó. Y ella abrió los ojos para regalarle la mirada más incendiaria y suplicante que hubiese visto jamás. Nunca la había visto así y ya jamás podría olvidar su imagen, que quedó grabada en su retina.

Tan bella, con las mejillas arreboladas, los labios llenos y entreabiertos, la mirada brillante, dulce, salvaje, entregada... Habría detenido ese momento en el tiempo, pero Mónica empezó a convulsionarse cuando el orgasmo la sorprendió. Lukas introdujo nuevamente sus dedos en ella y dejó que lo abrazase con el espasmo del placer que la recorría.

—Así cariño, dámelo todo —le dijo antes de beberse el gemido que exhaló de su boca, atrapándolo con un beso hambriento.

Solo cuando dejó de convulsionarse, dejó su sexo y la volteó para seguir comiéndole la boca. Para besarla cuando aún ella estaba inmersa en la nube del deseo. Sabía a éxtasis y la deseaba más que nunca.

—Esto no ha terminado aún —le dijo abandonando su boca para apoyar la frente en la suya, entre jadeos.

—Por supuesto que no —repuso ella con una sonrisa que lo dejó sin palabras.

E impactado, dejó que ella lo tomara de la mano y lo guiara hasta la habitación.

CAPÍTULO 20

Mónica lo llevó a su habitación. Durante todo el trayecto y cuando le indicó que se sentara en su cama, solo pudo enlazar la mirada en la suya, cargada de algo desconocido hasta entonces para él. Era algo salvaje, imparable, desinhibido, único.

Lo tenía sin aliento. Más aún cuando ella se colocó entre sus piernas, se sacó la camiseta por encima de la cabeza y sin dejar de mirarlo, se despojó también de las braguitas, mostrándole sin pudor su escultural y tentador cuerpo. Quiso recorrer cada curva, cada redondez, pero ella lo tomó de la barbilla, y lo obligó a mirarla a los ojos. Simplemente, lo único que pudo hacer fue obedecer. Dio un paso hacia él, le cogió las manos y él dejó que ella las llevara hasta sus pechos, que tomó con codicia, masajeándolos, sucumbiendo a la tentación de llevarse uno a la boca y succionándolo con un hambre desmedida y una necesidad loca de ver cómo se endurecían ante su contacto.

Mónica gimió y él con ella, que estaba conociendo a la diosa sexy y desinhibida que habitaba en su interior. Bajó las manos y la tomó por el trasero, acercándola a él y ella se dejó acariciar al tiempo que su piel se erizaba con el contacto. Quiso besar su pubis, pero Mónica se apartó para ponerse de rodillas entre sus piernas.

Lukas enarcó una ceja sin creer lo que iba a pasar. Cuando ella tomó el elástico de su bóxer y lo instó a levantar las caderas para tirar de él y despojarlo de la prenda, obedeció, conteniendo la respiración. Y su flamante erección quedó libre.

Mónica la observó, erguida, sublime, dispuesta a complacerla y se lamó los labios ligeramente antes de morderse el labio inferior con apetito. Lukas la

sorprendió tomando su rostro y besándola con una dulzura inesperada. Todo hasta ese momento había estado cargado de una pasión y deseo devastador, pero él en ese momento bebía de sus labios, como si quisiera compartir mucho más con ella. Con suavidad, enlazó la lengua con la suya y juntas bailaron reconociéndose. No se parecía al beso furioso que se habían dado en el jardín de Neal, tampoco al de la cocina. Este era íntimo, delicioso y pausado. La dejó extasiada un momento hasta que decidió abandonar su boca y seguir con su plan.

Besó la línea de su mandíbula marcada y masculina, su cuello y empezó a descender por su pecho. Lukas apoyó ambas manos en el colchón a sus costados e inclinó la cabeza hacia atrás cuando ella lamió uno de sus pezones. Lo vio encoger el vientre tras una sacudida de placer, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Él la había llevado al límite y ella no iba a hacer menos. Cuando siguió descendiendo por su pecho y siguió lamiendo sus abdominales mientras los acariciaba con ambas manos, él bajó el rostro para mirarla. Mónica enlazó la mirada cargada de anhelo a la suya y vio en la masculina la expectación por saber cuál sería su siguiente movimiento. No lo hizo esperar y tomó su miembro con las manos. Era glorioso, imponente, firme y una promesa de placer.

En el momento en el que inclinó la cabeza y lo introdujo en su boca, un gemido ronco escapó de la garganta de Lukas que volvió a mirarla sin aliento. No se detuvo, lo quería exactamente allí, en su boca, palpitando sobre su lengua, sintiendo su rotunda dureza invadiéndola. Lo lamió desde la base hasta el glande henchido y tirante, y lo volvió a introducir en su boca para engullirlo cuanto pudo, dejando que su sabor la llenara, lo succionó y recorrió con sus labios presionándolo mientras subía y bajaba una y otra vez.

Lukas colocó una mano sobre su nuca y cuando volvió a observarlo, su mirada incendiaria, desbocada y enardecida la hizo sentir poderosa. Lo oyó

gruñir con desesperada necesidad, y mover la cadera y apretar los dientes en un desgarrador intento por contener el orgasmo que amenazaba con sacudirlo. Ella estaba dispuesta a recibir hasta la última gota de su semen, pero él no la dejó.

Antes de poder adivinar su siguiente movimiento, se inclinó, pasó un brazo por su espalda y en un movimiento rápido, la tumbó en la cama, debajo de él. No tuvo tiempo de prepararse, pues con la urgencia de un huracán, la penetró de una embestida brutal.

Recibirlo en su interior fue tan impactante como sublime. Su sexo reaccionó al instante y lo abrazó con codicia, urgiéndolo a seguir con las brutales embestidas que llenaban hasta el último resquicio de su cavidad caliente, húmeda y palpitante.

Lukas se movía sobre ella como poseído por la necesidad, por la misma que reconocía ella que sacudía todo su cuerpo. No había sentido jamás esa urgencia apremiante de pertenecer a otro cuerpo, de unirse a alguien de todas las formas posibles. Era él. Una parte de ella le dijo que siempre había sido él, pero no quiso escucharla en ese momento. Con él sobre ella, llevándola al límite de la cordura, solo quería dejarse llevar. Ser suya y de nadie más.

Lukas bajó el ritmo y ella protestó presionándolo con las piernas, enlazadas a sus caderas, lo instó a proseguir. Él se limitó a regalarle una sonrisa ladeada y perezosa de esas que a ella le hacían cosquillear el vientre, pero no pareció dispuesto a complacerla. En lugar de eso, bajó el rostro y empezó a besarla en los labios. Aún dentro de ella, pero con movimientos tortuosamente lentos y deliciosos. Durante largos minutos la besó de una forma tan deliciosa que ella olvidó dónde estaba y se limitó a sentir.

Y entonces él abandonó sus labios y enterró el rostro en su cuello, succionó la piel suave provocando que su piel se erizase y volvió a poseerla de una furiosa embestida que provocó que un gemido escapase de sus labios

entreabiertos. No fue el único, uno tras otro fueron saliendo de su cuerpo al tiempo que él la invadía sin descanso. La visión de su torso y sus brazos poderosos sobre ella, rodeándola, cubriéndola mientras la penetraba sin la menor delicadeza, la llevó al límite de la locura y a punto de perder la cordura, se vio envuelta en un nuevo orgasmo que la hizo abrazar su sexo, succionándolo en su interior. En ese momento, Lukas alcanzó su propio éxtasis, convulsionándose. Clavó la mirada en ella y con la última sacudida, proclamó:

—Mía, solo mía.

CAPÍTULO 21

El olor del café recién hecho llegó hasta Mónica y sus sentidos despertaron. Sonrió aún con los ojos cerrados. No podía evitarlo y no era el café el que le arrancaba aquel gesto, sino el hombre con el que había pasado toda la noche haciendo el amor. Al llevarse las manos a la cara para cubrirla por la vergüenza, se dio cuenta de que hasta los brazos le dolían. Sin duda aquella maravillosa noche le había revelado que no iba lo suficiente al gimnasio ni tenía bastante vida sexual. Pero cada músculo dolorido había merecido la pena. Jamás el sexo había resultado tan placentero y satisfactorio. Lukas era algo fuera de lo normal.

Iba a reconocerlo. En una ocasión había soñado que se acostaban. Fue tras una fiesta en la que llegó a achisparse más de lo normal y él había terminado por tener que llevarla en brazos a su cama. Estaba aún medio inconsciente cuando él le quitó los zapatos, la chaqueta, la despojó del vestido y la metió en la cama. No la tocó más que lo justo, pero pudo sentir sus dedos de manera tenue sobre la piel y esta se erizó tras un placentero e inesperado cosquilleo en el vientre. Él se marchó, pero ella siguió rememorando en su cabeza el contacto de sus manos sobre la piel. Dejó que Morfeo la meciera y su mente se sumergiese en las más oscuras y fascinantes fantasías que había tenido jamás. Aquel había sido el sueño más tórrido de su vida y sorprendentemente lo había recordado todo al día siguiente. De hecho, llegó a dudar de que hubiese sido un sueño o una abrumadora realidad.

Cuando a la mañana siguiente, Lukas la trató con su habitual humor y socarronería, sin hacer mención alguna a la noche anterior, supo que todo había sido producto de su mente calenturienta. Durante días se sintió abochornada por haber pensado así de su amigo y le costó hasta mirarlo a los ojos, pero luego las cosas se calmaron y todo volvió a la normalidad.

Esa mañana sin embargo no podía hacer como que no había pasado nada. Nada en absoluto podría borrar lo que había pasado, solo le quedaba enfrentarlo y era complicado. Habían pasado la noche más fascinante de su vida. Se habían unido tantas veces, buscándose, intentando saciar dos años de una frustración que ni siquiera sabía que sentía, hablándose con la mirada, pero sin palabras. Él había hecho un intento cerca de las cinco de la mañana, pero ella se había colocado sobre él y había dejado que la pasión hiciera el resto.

No quería estropearlo hablando, solo quería sentirlo y sentirse a sí misma junto a él. Durante la noche y entre sesión y sesión había tenido la oportunidad de verlo dormir durante un rato. Lukas estaba tumbado boca arriba, con un brazo bajo su cabeza y con el otro rodeándola para mantenerla pegada a su cuerpo. No se había atrevido a moverse un milímetro, tampoco quería. Se había sentido fascinada. Era Lukas, su Lukas. Su mejor amigo, la única persona que la conocía de verdad. En realidad, era la única que había sabido ver a través de lo que ella había decidido mostrar a los demás de sí misma. Y había puesto en peligro todo eso acostándose con él. Pues no sabía que significaba todo aquello, para ninguno de los dos.

El momento de enfrentarse a las respuestas había llegado, pero no quería hacerlo sin darse una ducha antes, así que se levantó y andando de puntillas, fue hasta el baño. Después de pasar por el agua caliente, esperaba tener los músculos menos entumecidos y la mente más despejada.

Lukas oyó el agua de la ducha y sonrió. Mónica debía haber despertado. Él lo había hecho hacia una hora y desde entonces aguardaba el momento de volver a estar con ella. No quería despertarla y con pereza decidió dejarla en la cama y hacer el desayuno. Nada animaba más a su chica que el café recién hecho por la mañana.

«Mi chica», se repitió mentalmente, pasándose una mano por la nuca. Eso era lo que quería, que fuera para él y gritarlo a los cuatro vientos para que todo el mundo lo supiera, pero antes tenía que hablar con ella. Esa noche había descubierto en su amiga, su compañera, su confidente, en la mujer que se colaba en sus sueños sin permiso a una diosa que despertaba cada uno de sus sentidos. Jamás había imaginado que sería así. Mónica era contenida en todos los sentidos, salvo en el sexo. Sacudió la cabeza al recordar algunos de los memorables momentos de la noche y la sonrisa se ensanchó en su rostro.

Ella con su miembro entre los labios provocándole el mayor de los placeres, ella sobre él, cabalgando, y ofreciéndole la visión más sexy y excitante de su vida, ella lamiendo su cuerpo, ella... Tuvo que detenerse porque su entrepierna despertó proclamando su necesidad de más.

Tenía que hablar con ella. Antes de nada, quería dejar clara sus intenciones con ella, e iba a ser difícil si se dejaba poseer de nuevo por la pasión y volvía a nublar su juicio. Caminó hacia el pasillo con paso lento, oía el agua y la imaginaba cayendo por su delicioso cuerpo. Apoyó la mano en el marco de la puerta entreabierta y contuvo el aliento, cerrando los ojos.

—¡Lukas! —la voz de Mónica llegó hasta él sugerente.

Terminó de abrir la puerta justo en el momento en el que ella lo hacía con la cortina, mostrándole al completo su exuberante desnudez. Tragó saliva.

—Antes de que se acabe el agua caliente, ¿quieres aprovecharla conmigo? —le preguntó con un tono tan dulce como tentadora. ¿Desde cuándo su Bambi era una sexy hechicera?

Se quedó embelesado con su belleza.

—Bueno, si no te apetece... —dijo ella confundiendo su fascinación con duda y volvió a cerrar la cortina.

Acababa de cerrar la cortina cuando Lukas la volvió a abrir de repente y

vestido se metió en el agua con ella. No tardaron un segundo en enlazar la mirada el uno en la del otro y correr a devorarse la boca. Mónica lo quería desnudo, sentir su piel pegada a la suya. E introduciendo las manos bajo su camiseta empezó a desnudarlo mientras se degustaban el uno al otro. Lukas la ayudó hasta que entre sus cuerpos no hubo nada que pudiese interponerse. Quiso abrazarse a su cuerpo, pero él tenía otros planes y tomándola de las caderas, la volteó para quedar a su espalda. Hizo que se apoyase sobre las baldosas frías de la pared y frotando su erección contra su trasero, con ambas manos poseyó sus pechos, besando al tiempo la piel de su cuello y haciendo que se le nublara la visión de puro placer. Quería tocarlo, pero él no iba a dejar que se diera la vuelta, así que echó una mano atrás y a tientas encontró su miembro que aferró con su mano. Oyó gemir a Lukas en su oído y sonrió con lascivia.

—Me vuelves loco. —Su voz sonó como un ronroneo.

—Tú a mí también —confesó ella subiendo y bajando su mano alrededor de su pene erecto y caliente.

Lukas decidió vengarse provocándole el mismo placer y llevó la mano hasta su pubis. No tardó en realizar una incursión que terminó con sus yemas frotando su clítoris ya henchido y deseoso de atención. Los gemidos de ambos se entremezclaron con el sonido del agua caliente que caía sobre los dos.

—Vas a hacer que me corra —declaró él y mordiendo con suavidad el lóbulo de su oreja.

—Pues hazlo —dijo ella sin aliento.

—Así no. Dentro de ti. —No tuvo tiempo de prepararse porque él la inclinó y la embistió con una necesidad devastadora.

Mónica solo pudo aferrarse a la pared y la cortina de la ducha, antes de que una nueva sacudida la poseyese, llenándola del mayor de los placeres. Aún sentía palpar su sexo cuando lo oyó gruñir mientras se vaciaba en su

interior.

Lukas la ayudó a incorporarse y tomó su rostro con una de sus manos para besarla apasionadamente. Apartó el cabello de su rostro y lo acarició con una dulzura que le erizó la piel. Ya no era sexo ni pasión lo que leía en sus ojos. Había algo más profundo, cargado de una necesidad que detuvo el latido de su corazón.

—Mónica... —Su voz sonó cargada de anhelo—. Tenemos que hablar de esto, de nosotros. —Su aliento cálido acarició sus labios enrojecidos. Pero un escalofrío le recorrió la espalda.

De repente sonó el timbre de la puerta del apartamento.

Ambos se miraron fijamente.

—No abramos. Ahora no. Todavía no. —Mónica entendió todo lo que había implícito en su súplica, pero necesitaba pensar y no podía hacerlo con él mirándola, tocándola, acariciándola, poseyéndola.

El timbre volvió a sonar con insistencia y ella sacudió la cabeza.

—Puede ser importante —dijo pasando por su lado y saliendo de la ducha antes de que él pudiera impedirselo. Tomó la toalla del perchero y, chorreando agua, fue hasta la puerta.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Quién es?

—La fantástica e inigualable Jess. ¿No te acuerdas? Habíamos quedado.

Mónica se puso una mano en la frente. Lo había olvidado por completo. Resopló y abrió el cerrojo antes de que su amiga se volviese loca tocando el timbre.

—¡Hola... pareja!

Jess entró como una exhalación y de repente se detuvo mirando tras ella. Mónica se dio la vuelta y vio a Lukas, con una toalla anudada en la cadera y apoyado en el marco de la puerta. Estaba tan guapo e irresistible que tuvo que morderse el labio inferior al tiempo que sentía sus mejillas enrojecer. La

escena no dejaba lugar a dudas de lo que Jess había interrumpido.

—Lo siento chicos, pero por vuestras caras, estoy segura de que os viene bien un descanso. Y tú y yo habíamos quedado esta mañana —dijo terminando de entrar y dirigiéndose ya al dormitorio de Mónica.

Ella se giró hacia Lukas y se encogió de hombros, intentando justificar su marcha.

—Es cierto, se me había olvidado que habíamos quedado. Jess quiere que la acompañe a hacer unas compras.

Lukas la tomó de la mano antes de que pudiese desaparecer definitivamente y la atrajo hacia él.

—¿Y vas a dejarme así? —Llevó su mano hasta su entrepierna para que ella comprobase el estado de su erección.

Mónica sonrió con picardía y a él el gesto le resultó encantador.

—¿Es que no te cansas nunca? —preguntó en un susurro divertido.

—De ti, no. Jamás —declaró. Y su tono contundente hizo que sintiese mil mariposas en el estómago.

—Esta noche estaremos solos, tú y yo.

—¿Lo prometes? —preguntó él.

—Lo prometo —aseguró ella.

—Los tratos se sellan con un beso —dijo él tomándola del rostro, y tras apoyar la frente en la suya, descendió para besarla lenta, pausada y deliciosamente, hasta dejarla sin aliento y con ganas de mucho más.

—Hasta esta noche, Bambi —le dijo él, liberándola y marchando a su habitación.

CAPÍTULO 22

—¿Vas a dejar el móvil de una maldita vez? Últimamente no lo sueltas ni para ir al baño. No me puedo creer que te lo hayas metido aquí —protestó.

Jess asintió al tiempo que levantaba un dedo para que aguardase un segundo. Cuando hubo terminado de mandar su mensaje, apagó la pantalla, dejó el aparato sobre el banco que había en el probador y apoyando ambas manos en las caderas, hizo poses para que pudiera verla bien.

—¿A que este me queda de muerte? —preguntó cambiando de tema y mostrándole un conjunto azul turquesa de sujetador y braguitas muy sensual.

—De muerte súbita. ¿A quién quieres matar de un infarto? —le preguntó Mónica.

—A nadie en particular. Una siempre debe estar preparada para la guerra. —Los ojos de la pelirroja se abrieron al tiempo que alzaba una ceja sugerente—. ¿Acaso no tienes tú un par de modelitos de estos para sorprender a Lukas?

Mónica se llevó los dedos a los labios, sonrojada. Tenía algunos conjuntos monos. Bonitos y funcionales, con encaje, pero sin ser demasiado provocadores, al menos no tanto como las cosas que veía probarse a Jess. ¿Qué tipo de lencería le gustaría a él?, se preguntó.

—Por tu cara, me parece a mí que no te vendría mal dar una vuelta por los percheros mientras me pruebo el siguiente —le dijo su amiga guiñándole un ojo y volviéndose a esconder tras la cortina.

Mónica miró hacia la tienda. Ni siquiera sabría por dónde empezar a buscar...

—A la derecha. Los estantes rojos con etiqueta negra —le dijo Jess desde el interior como si le hubiese leído la mente.

—Eres una bruja —la acusó sin entender cómo lo hacía.

—Lo sé. Una bruja sexy que va a combinar esta preciosidad de corsé con unos taconazos rojos...

Mónica sacudió la cabeza y la dejó decidiendo su próximo conjunto mientras ella empezaba a caminar en la dirección que Jess le había indicado.

No había llegado aún al perchero cuando un conjunto rosa llamó su atención. No era como lo que se estaba probando Jess, ni mucho menos, pero en cuanto lo vio, se imaginó a Lukas quitárselo con los dientes. Y una sonrisa se dibujó en sus labios. Ya lo había decidido, se iba con él a casa.

Durante el resto del día, Jess y ella recorrieron las suficientes tiendas como para terminar con los pies doloridos y las manos llenas de bolsas. Jess había vuelto a estar más callada de lo normal, más pendiente de su móvil que otra cosa y eso le había dado la oportunidad de pensar en lo que había pasado con Lukas. Durante las primeras horas de aquel día solo había deseado regresar a casa con él, pero después recibió un mensaje de Lukas, preguntándole sobre qué hora creía que regresaría a casa y la frase que le había dicho Lukas en la ducha se había instalado en su mente, haciendo que temiese el momento del regreso.

«Tenemos que hablar de nosotros», le había dicho. ¿Qué querría decirle? ¿Qué opinaría él de lo que había sucedido? ¿Le propondría una relación de amigos con derecho a roce? ¿Se veía ella teniendo algo así? ¿En realidad se veía a sí misma teniendo algún tipo de relación con él?

No se lo había planteado hasta ese momento y empezó a preocuparse. No podía olvidar que hacía unos días él estaba acostándose con Nikki... Ni siquiera sabía en qué había quedado su relación con ella. Recordó sus palabras: «Nikki no volverá por el apartamento». ¿Qué había querido decir con eso, que quedaba con ella fuera de allí para que se mantuviese su farsa o que ya no la veía? ¿Se había acostado con un hombre con novia?

La cabeza empezó a darle vueltas. Demasiadas preguntas y no sabía de

cuáles quería saber la respuesta.

—Tengo que irme —declaró Jess cuando aún no había terminado su bebida.

—¿Tan pronto? No son ni las seis...

—Creí que te morías de ganas por volver a casa y continuar con el plan que te he chafado esta mañana.

Mónica también creía lo mismo hasta que su mente se llenó de interrogantes, e hizo una mueca.

—Pues mira que lo siento, he quedado —dijo Jess poniendo unos billetes sobre la mesa para pagar ambas consumiciones.

—¿Con quién? No puede ser tan urgente como para que no puedas tomar una más.

Jess la sorprendió levantándose y tomando su bolso para colgárselo al hombro.

—Me temo que sí —dijo encogiéndose de hombros—. Se trata de mi madre.

—¿Otra vez? Últimamente quedas mucho con ella —repuso Mónica levantándose también. No tenía ningún sentido permanecer allí sola.

—No se encuentra muy bien de salud estas semanas y no quiere estar sola.

—¡Vaya, lo siento! Pues nada, otro día será.

—Claro, guapa. —Jess le dio un beso en la mejilla, y salió del bar rauda como una gacela.

Mónica nunca le había visto tantas ganas de encontrarse con su madre, pero con Jess nada tenía una explicación coherente. Y, además, ahora que estaba sola y la vuelta a casa era inevitable, tenía otras muchas cosas en las que pensar. Algo que sin duda iba a hacer durante todo el camino de vuelta.

Lukas regresó a casa, esperando encontrar a Mónica de regreso. En un principio no había tenido intención de salir en todo el día, pero cuando recibió la llamada de Zach, su alumno, no pudo faltar a la promesa que le había hecho de estar disponible para él si necesitaba hablar y había tenido que hacerlo. Creía que su labor como maestro iba mucho más allá de soltarles unos cuantos rollos en clase sobre música. Si alguno de sus alumnos tenía problemas, afectasen estos o no a sus resultados académicos, como referente adulto en sus vidas, creía que era su labor estar disponible para servirles como guía.

Pero al citarse con Zach, de todas las cosas que había esperado escuchar de sus labios, la revelación que le hizo al fin era lo que menos había esperado. Zach quería dedicarse a la música y no solo cantaba, sino que tocaba la guitarra. Utilizaba las bromas y su afinada socarronería para ocultar una faceta artística y sensible que creía que lo haría parecer poco hombre ante sus compañeros y amigos.

Aquella mañana había descubierto a un chico completamente distinto y prometió que le ayudaría a explorar su pasión por la música. Cuando coincides con alguien cuya alma se mueve por las mismas sensaciones que la tuya, era fácil que el tiempo pasase rápidamente, y eso era lo que le había ocurrido con Zach. Cuando fue a darse cuenta, se le había pasado prácticamente todo el día. Tras despedirse de su alumno había corrido a casa. Solo podía pensar en Mónica, en estar con ella, en volver a hacerle el amor y sobre todo dejar las cartas sobre la mesa sobre su relación, antes de que se llevasen a malentendidos. Pero cuando llegó al apartamento, ella no estaba.

Se sintió algo decepcionado, pero se recompuso rápidamente al pensar que eso le daba la oportunidad de sorprenderla. ¿Había algo mejor que una cena romántica para abrir su corazón a la mujer a la que amaba? Le envió un mensaje para saber de cuánto tiempo disponía y cuando ella le contestó, se frotó las manos y rápidamente se puso a pensar en el menú que iba a preparar

para ella.

Apenas una hora más tarde, y coincidiendo con la hora que ella le había señalado para su llegada, terminó de colocar los entrantes fríos para la cena. El resto aguardaba en el horno y ya solo le quedaba una cosa. Fue a su cuarto y se despojó de toda, absolutamente toda la ropa. Había pasado todo el día fantaseando con ella, y antes de la cena quería un succulento aperitivo. Entonces oyó la cerradura de la puerta y antes de salir de su cuarto, cogió un sombrero que a ella le había hecho mucha gracia siempre, y se lo puso para arrancarle una sonrisa. No quiso esperar a que ella terminase de abrir y lo hizo por ella.

—¡Bienvenida a casa, cariño! —proclamó desnudo con una sonrisa granuja.

Mónica se llevó la mano a la boca, cubriéndola mientras sus ojos se abrieron de par en par, al igual que los de Neal, salvo que él también fruncía el ceño y colocaba una mano sobre los ojos de su mujer para evitarle la visión del cuerpo desnudo de su amigo.

—¡Joder, Lukas! ¡Qué manera de abrir la puerta!

—Eso digo yo, ¡joder... Lukas! —dijo Amy entre risas.

Mónica apretó los labios para contener una carcajada al ver que Neal miraba de malas pulgas a su mujer.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó él cogiendo el sombrero de su cabeza y colocándoselo para cubrir sus genitales. Los dejó pasar pegándose a la pared.

—Me los he encontrado abajo, en la entrada —le dijo Mónica en un susurro cuando pasó a su lado—. Qué pena, estás muy sexy —terminó dejando que escapase de sus labios su lado más pícaro.

Su comentario hizo que Lukas sonriera satisfecho.

—Y vosotros, ¿no tenéis nada mejor que hacer? —volvió a preguntar sin

dejar de pensar que aquellos dos sobraban en el plan que tan concienzudamente había preparado.

—La verdad es que no —repuso Amy, mirándolo de arriba abajo.

—Cariño, por favor, ¡que eres una mujer embarazada! —protestó Neal.

Lukas y Mónica los miraron con los ojos muy abiertos.

—Es cierto, para eso hemos venido. Teníamos que decirlo que...
¡Estamos embarazados!

CAPÍTULO 23

La cena para dos había terminado por convertirse en picoteo para cuatro. Pues una noticia como la de Neal y Amy bien merecía una celebración. Lukas había tenido que vestirse y conformarse con un beso tórrido, pausado y cargado de anhelo que había conseguido robar a Mónica cuando la interceptó en el pasillo, pero nada más.

Los toqueteos por debajo de la mesa, las indirectas cargadas de doble sentido y las pequeñas y esporádicas caricias que se habían podido profesar durante la noche solo hicieron que el deseo del uno por el otro creciera a cotas inimaginables, y cuando por fin sus amigos decidieron marcharse, Lukas no tardó un segundo en aprisionar a Mónica contra la puerta y apoderarse de su boca con la clara intención de empezar una ardiente noche que saciara la necesidad insatisfecha de todo el día.

—¿En tu cuarto o en el mío? —le preguntó con voz ronca contra el hueco de su cuello mientras tomaba con toda la palma uno de sus pechos.

—¿Cuánto hace que has cambiado las sábanas? —preguntó ella entre suspiros de placer.

Lukas empezó a reír contra su piel lo que no hizo más que incentivar su deseo.

—Esta mañana —dijo mordisqueando el lóbulo de su oreja.

—Pues vamos al tuyo —indicó ella, enlazando la mirada con la suya, provocativamente.

Lukas pensó que no había conocido una mujer más sexy en su vida y tomándola en brazos, la llevó hasta su cuarto, para depositarla en la cama.

—Ábrete para mí —le ordenó de pie frente a ella.

Mónica colocó los brazos bajo su cabeza y con las piernas flexionadas, las abrió obedeciendo. Bajo su vestido asomaron unas braguitas diminutas,

rosas y tan provocativas que su erección engrosó hasta el punto de dolerle en los pantalones.

—Me gustan —declaró pasando los dedos por encima del encaje. Mónica contuvo el aliento.

—Eso espero, las he comprado por ti.

—¿Sí? ¿Y tienes alguna otra sorpresa por ahí debajo? —Señaló su vestido y Mónica empezó a desabrochar los pequeños botones que lo cerraban por delante. Cuando hubo terminado se abrió la prenda y Lukas admiró el conjunto al completo.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —declaró yendo hacia ella para cubrirla.

La declaración de Lukas le acarició el alma, haciéndola sentir especial y poderosa.

—Tú tampoco estás nada mal, mi David de Miguel Ángel —le dijo ella acariciando con sus manos su torso fuerte y descendiendo hasta sus pétreos abdominales.

Y sin querer esperar más, lo atrajo hasta ella para demostrarle lo mucho que lo deseaba.

La noche del sábado y todo el día del domingo, Mónica y Lukas no consiguieron salir de la habitación más que para ir a por comida o ducharse juntos. Ambos apagaron el teléfono y quisieron crear su propia burbuja, una que mantuviese a salvo lo que sentían el uno estando en brazos del otro. Habían pasado horas haciendo el amor, unas veces de manera desesperada y hambrienta, otras aderezada con la más delicada dulzura, hablándose con la mirada, con el alma.

Había caído ya la noche y las luces de la calle que entraban por la ventana eran las únicas que iluminaban el cuarto de Lukas, cuando este tomó la

mano de Mónica y entrelazó los dedos con los de ella de forma íntima.

—¿Estás durmiendo, Bambi? —le preguntó en susurro.

—No —dijo ella con los ojos cerrados, y besó su pecho, sobre el que descansaba desde hacía un rato.

Mónica elevó la cabeza y apoyó la barbilla sobre él para mirarlo. Durante un segundo eterno solo se miraron, sintiendo sus corazones acompasados.

—Me tienes loco —declaró él. Y ella se sorprendió al no oír humor en su voz.

—Tú tampoco me dejas indiferente —repuso ella, sonriendo para quitar seriedad al momento.

—No es lo que quiero decir —dijo él incorporándose en la cama para sentarse. Mónica lo imitó con el ceño fruncido.

—Estoy loco por ti, Mónica —declaró acariciando su mejilla con sutileza.

Ella tragó saliva y se humedeció los labios antes de bajar la mirada.

—Creo que lo estoy desde que te vi la primera vez en el Old Factory, corriendo para quitarle la mesa a aquella mujer.

—¡Yo no le robé nada a nadie! Las dos queríamos lo mismo, y gané yo —dijo ella en un intento vano por desviar el tema.

—Lo hiciste. Fuiste implacable, adorable y hechizante. No pude despegar la mirada de ti y no lo he hecho desde entonces.

Mónica sintió que se quedaba sin aire en los pulmones. Y se apartó hacia atrás. Lukas la tomó de la mano y la detuvo para que no pusiese más distancia entre los dos.

—No puedes decirlo en serio. Hace unos días estabas en esta cama, con Nikki...

Su comentario no era producto de la inseguridad, sino del miedo. Era una

mujer adulta, pero cuando se trataba de abrir su corazón se sentía como una niña. Más concretamente como la niña de nueve años que lo entrega todo y lo espera todo y se da cuenta de que jamás lo tendrá. No quería que le rompieran el corazón y jamás soportaría que ese alguien fuese Lukas.

—Quiero que seas solo tú la que la ocupe cada noche, todas las noches. Si hubiese sabido antes que había una posibilidad de que esto fuera real...

Lukas tomó su rostro con ambas manos y tirando de ella la obligó a sentarse sobre él a horcajadas. Mónica enlazó la mirada con la suya, se perdió en la inmensidad celeste de sus ojos, tan claros, cristalinos y sinceros como siempre lo habían sido para ella.

—No me dejes escapar, me partirías el corazón —le dijo él acercando los labios peligrosamente a los suyos.

Mónica se mordió el labio inferior. Él temía lo mismo que ella, y no pudo negarse por más tiempo lo que sentía.

—No podría. Yo también estoy loca por ti.

Lukas sonrió de una forma que hizo que su corazón latiese con fuerza. Y antes de poder predecirlo, él la tumbó sobre el colchón y se colocó sobre ella. La mirada incendiaria que le dedicó le dejó bien claro lo que él tenía en mente para sellar su declaración.

CAPÍTULO 24

Cuando Lukas entró en la habitación de Mónica esta tenía la maleta abierta sobre la cama, ropa esparcida por encima, de cualquier manera, otra perfectamente doblada, varios neceseres y algunos pares de calzado por el suelo. Su cuarto solía estar impoluto. No es que fuera una maniática del orden, pero ella pensaba que había un lugar para cada cosa y le gustaba cada cosa en su lugar. No como él, que iba dejando todo según le venía bien en cada momento. Pero verla frente a la maleta, con ambas manos en las caderas y resoplando le hizo gracia.

Fue hasta ella con sigilo y, rodeándola por la cintura, la atrajo a su cuerpo desde atrás. Mónica se aferró a sus brazos y rió inclinándose hacia atrás. Nunca la había visto reír tanto como en las últimas cuatro semanas, y eso le hacía especialmente feliz.

En cuanto sintió su precioso trasero pegado a su entrepierna, se excitó y gruñó en el hueco de su cuello.

—No seas malo. No puedo entretenerme ahora... Odio hacer maletas y si me hubieses dejado hacerla anoche ahora no estaría tan apurada de tiempo.

—Si no te hubieses paseado por casa con esos pantaloncitos cortos, no me habría visto obligado a hacerte el amor sobre la encimera de la cocina — se defendió él.

—¿Y lo del sofá? —preguntó ella enarcando una ceja.

—Fue un daño colateral, como lo de la mesa del comedor —explicó él apartando el cabello de su cuello para empezar a besárselo provocativamente.

—Pobrecito... No sabía que habías tenido que sufrir tanto... —Mónica exhaló un jadeo cuando él posó una mano sobre su pecho, con la clara intención de distraerla de su tarea.

—No sé qué me haces, pero te veo y me empalmo —declaró tomando su

mano y llevándosela a la entrepierna.

Mónica se mordió los labios al percibir la rotunda dureza de su miembro.

—No hagas esto, no tengo tiempo... —protestó, pero su voz sonó tan débil que ni ella misma dio crédito a sus palabras.

—Solo tienes que echar todo eso en la maleta. Yo con unos minutos hago virguerías.

Mónica sabía perfectamente lo que él era capaz de hacer, lo había comprobado durante aquellas semanas cientos de veces, porque no habían podido quitarse las manos de encima en ningún momento. Y también sabía que mientras él la tocara no iba a pensar con claridad, así que se escabulló como una anguila para ir a la cómoda a por su ropa interior.

Lukas no tardó en seguirla. Volvió a colocarse tras ella y la miró en el espejo.

—Estás nerviosa. Sé que es un caso importante, pero has trabajado mucho en él. Estoy seguro de que vas a causar sensación —le dijo enlazando la mirada con la suya.

—Eso espero. Es una oportunidad única. Una ocasión para destacar. Si todo sale bien podría ser mi salto para ser asociada. —Soltó un gran suspiro.

—Lo conseguirás. Eres la mejor —le dijo dándole la vuelta para besarla en la punta de la nariz.

—Llevo mucho tiempo esperando esto, y aunque estoy deseando demostrar mi valía, también me da rabia que el viaje sea justo este fin de semana. No quería perderme ni tu actuación con Zach en el club, ni la velada comunitaria de Pierce y Paul.

A Lukas también le desilusionaba un poco que ella no fuese a verlo tocar con su alumno. Zach y él llevaban un mes trabajando en un tema que había compuesto el chico. En realidad, era un temazo y le había conseguido una actuación, a primera hora de la tarde, ya que era menor de edad, en uno de los

garitos en los que solía tocar. Era importante para él, pero ese fin de semana también lo era para ella.

—Y habría sido nuestra primera fiesta sin tener que fingir que estamos juntos.

—Me habría encantado ir con mi chica —dijo él, y ella le brindó una sonrisa casi tímida que le arrancó una sonrisa.

Lukas no pudo evitar besarla. Mónica era tan fuerte y desinhibida con él, hasta salvaje y, sin embargo, cada vez que hablaban de ambos como pareja, se volvía tímida, como si no se lo terminase de creer. Ese cambio en su gesto, esa vulnerabilidad, era otra faceta de ella que lo volvía loco.

—Sí, habría estado genial. Además, una fiesta organizada por Pierce y Paul tiene que ser memorable. —Lukas la vio coger la ropa y volver a la maleta.

Iba a ser la primera vez que se separasen desde que decidieran estar juntos y parecía que era el peor momento posible. Aun así, Lukas pensaba que el reencuentro merecería la pena. Tenía algunas cosas pensadas e iba a centrarse en planificarlo todo para entonces. No quería ponerla más nerviosa y tan solo se acercó para darle un beso en los labios: tierno, dulce, apasionado y cargado de promesas. Cuando Mónica contuvo el aliento, entregada, abandonó con pereza sus labios y se separó de ella por fin.

Tan solo cuarenta minutos más tarde alguien tocaba al telefonillo para anunciar que el coche que debía recogerla para llevarla al aeropuerto estaba esperándola.

—Te acompaño abajo —le dijo él cogiéndole el equipaje.

—Lukas Woodside, eres todo un caballero...

—De no haberlo sido mi madre me habría dado un par de collejas —dijo él con una de sus perezosas sonrisas. Pero para que no se quedara solo con esa

parte galante, cuando ella pasó por su lado, le dio un pequeño azote en el trasero. Lo suficiente para sobresaltarla y encenderla al sentir que tomaba con toda su palma la redondez excitante de su glúteo.

Entre risas entraron en el ascensor y, en cuanto se cerraron las puertas, se miraron para un segundo más tarde comerse la boca. Ninguno de los dos quiso pensar en lo que les pasaba, pero lo cierto era que querían dilatar el momento de la despedida tanto como pudieran.

Mónica abrió la puerta nada más llegar al bajo y la sostuvo mientras Lukas sacaba el equipaje. Cuando llegaron a la calle se sorprendieron al ver que el coche que los recogía era un lujoso modelo negro de cuyo asiento delantero salió un chofer que tomó el equipaje de manos de Lukas y empezó a introducirlo en el maletero, tras presentarse con una leve inclinación de su cabeza. Lukas aprovechó para abrirle la puerta a Mónica, y entonces se llevó la gran sorpresa: en el asiento trasero, aguardando, estaba el guaperas del jefe de Mónica. Soltó el aire en una lenta y profusa exhalación.

El hombre lo saludó y él devolvió el escueto gesto sin expresión.

—Buenos días, Randall —oyó a Mónica saludarlo a su lado.

—Mónica... —repuso el hombre.

Lukas dejó paso a Mónica y se colocó al otro lado. Cuando ella se apoyó en la puerta y le dio un beso en los labios, quiso devorarle la boca, pero tuvo que conformarse con un casto beso que le supo insuficiente.

—¿Confías en mí? —Su pregunta lo pilló por sorpresa. Sin duda ella recordaba la discusión que los llevó a darse el primer beso y supo leer la sorpresa al encontrarse con su jefe.

—Por supuesto —repuso sin ningún tipo de duda. Y la sonrisa radiante de Mónica fue un regalo para él.

—Lo sé y por eso te quiero.

Lukas vio cómo nada más pronunciar aquellas palabras la expresión de

Mónica cambiaba radicalmente. Tan sorprendida como asustada y expectante.

Unas semanas atrás aquella espontánea declaración habría sido hasta graciosa, pero después de todo lo que habían compartido y la evolución de su relación, el significado cambiaba radicalmente.

Él simplemente se había quedado tan impactado con aquello que no consiguió que la emoción llegase a su rostro.

—Siento interrumpir, pero aún tenemos que recoger a dos miembros más del equipo —apuntó el señor West desde el interior del vehículo.

Y ante los ojos de Lukas, Mónica no esperó un segundo más y entró en el coche rápidamente, como si necesitase huir de ese momento. Segundos más tarde, veía el vehículo alejarse y, con él, a su chica.

CAPÍTULO 25

Esa tarde mientras afinaba su guitarra junto al resto de su grupo sobre el escenario del club en el que iban a tocar, Lukas seguía dando vueltas en su mente a los últimos momentos que había compartido con ella, y sus palabras se reproducían en su mente como un eco persistente: «te quiero». Lo que la había llevado a hacer una declaración como aquella era un misterio para él, pero si tenía algo claro era que él sentía lo mismo por ella. La quería.

Las últimas semanas habían sido reveladoras y en varias ocasiones había fantaseado con presentarle a su enorme y escandalosa familia. También con compartir con ella el resto de su mundo, y empezar a planificar un futuro juntos. Era un cambio en su relación. Uno drástico y abrumador, pero ella merecía que se tirase a la piscina. De hecho, nunca había tenido algo tan claro en su vida.

—Hola, bombón —la voz de Nikki lo pilló por sorpresa.

La última vez que habló con ella las cosas no habían terminado muy bien. Él no era de los que jugaban con las mujeres. Cuando la conoció se sintió atraído por ella. Era una mujer atractiva y vital. Tenía mucha energía y el tiempo que había pasado con ella había sido divertido, pero nada más. Si Mónica no hubiese estado en la ecuación de su vida, habría dado una oportunidad a lo suyo, solo por ver qué pasaba, pero eso era cuando creía que Mónica estaba totalmente fuera de su alcance. Ahora, tras haber podido estar con ella, en todos los sentidos, estaba seguro de que jamás habría nada entre los dos.

—Nikki, qué sorpresa encontrarte aquí —le dijo y devolvió educado los dos besos que ella le ofreció a modo de saludo.

—No tanto, supe que actuabas hoy y me he acercado a ver qué tal estabas. —Su tono era coqueto, sus gestos provocadores y la mirada que le

brindaba una invitación a algo más.

—Bien, estoy bien. Aquí, con uno de mis alumnos. ¡Zach, ven un momento! —lo llamó para que se acercase. El chico obedeció con una sonrisa, pero Nikki, que sin duda esperaba hablar un poco más con él a solas, hizo un gesto torcido con los labios—. Esta es Nikki, una amiga. Ha venido a ver la actuación —la presentó.

—Hola, Zach —lo saludó algo tensa.

—¡Qué bien! Espero que te guste —dijo el chico.

—Eso seguro —respondió ella llevándose los dedos a los labios, sin dejar de mirar a Lukas como si fuera comestible.

Zach, percatándose del interés de la chica en su profesor, elevó las cejas y sonrió con picardía.

—Bueno, será mejor que me vaya... —empezó a excusarse.

Lukas lo tomó del brazo para impedirselo.

—De eso nada, tenemos mucho que preparar antes de la actuación —lo detuvo de forma tajante, sin darle la oportunidad de protestar—. Gracias por venir, Nikki. Espero que disfrutes de la actuación —fue su directa despedida para la chica, que parpadeó un par de veces al darse cuenta de que la estaban despachando.

—Claro... —fue lo único que consiguió decir, algo confusa. Estaba claro que no estaba acostumbrada a ser rechazada.

—Joder, profe. Está muy buena. ¿Es que te dan miedo las tías? —le preguntó Zach en cuanto ella se hubo marchado.

—No seas bobo. ¿Tocarías cualquier guitarra si tuvieras ya una Fender Telecaster?

—¡Claro que no! —repuso el chico escandalizado.

—Pues ahí tienes la respuesta. Y ahora, céntrate, los *amplis* no se van a conectar solos —le dijo sacudiendo la cabeza mientras le revolvía el cabello

al chaval, que se fue riendo a carcajadas.

La actuación fue un auténtico éxito, y no solo porque Zach había estado fantástico y con una seguridad que le había sorprendido, sino porque tanto el chico como el público habían disfrutado de lo lindo. A fin de cuentas, era lo único que importaba. Sabía que haber tocado y probado lo que podía ser su vida como músico motivaría a Zach a seguir con su música y aceptarse tal y como era. Algunos de sus compañeros habían acudido también a verle, además de amigos a los que había invitado Lukas a asistir y los clientes habituales del local: el joven casi se había dado un baño de multitudes. Lo vio sonreír como si hubiese dado un concierto con lleno absoluto en un gran estadio. Y fue fantástico. Hasta que regresó a casa al final de la noche y tras cruzar la puerta se dio cuenta de que estaba solo, sin Mónica. Y que con seguridad, y conociéndola, ella estaría dando vueltas en su cabeza a lo que había sucedido antes de marcharse. ¿Cuántas cosas se le habrían ocurrido a su despierta cabecita? Él, desde luego, no hacía más que reprocharse su actuación, o más bien su falta de ella. Se había quedado petrificado, inmóvil, en realidad tan sorprendido que durante largos segundos se preguntó si había oído bien.

Él no había estado a la altura de las circunstancias y ella se había declarado.

Miró a un lado y a otro al apartamento vacío y triste, y se preguntó si realmente pensaba que sería capaz de estar setenta y dos horas más dando vueltas a lo mismo, sin hacer nada. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó la información que necesitaba. Unos minutos más tarde, había tomado una decisión que esperaba que cambiase su futuro para siempre.

Mónica acababa de salir de la ducha y estaba frente al espejo del lavabo preguntándose si el rostro ojeroso y ceniciento que le devolvía este era el

adecuado para enfrentarse a un largo día de reuniones con sus clientes y el resto del equipo. No, definitivamente no. El día y la noche anterior habían sido una auténtica tortura. ¿Cómo se le había ocurrido decirle aquello a Lukas, y justo antes de marcharse?

Se tapó la cara con las manos, como había hecho cientos de veces en las últimas veinticuatro horas, como si así pudiese ocultar su vergüenza. Algo imposible.

¿Quería a Lukas más allá de una amistad y una atracción brutal? No se lo había querido plantear hasta el momento en el que sus labios lo verbalizaron sin permiso. Y entonces lo supo. Sentada en el coche de la empresa, junto a su jefe que le preguntaba sobre algunas cosas del caso, su mente ausente fue consciente de que estaba perdida y completamente enamorada de Lukas. Y no solo se lo había dicho cuando apenas habían definido la nueva relación que compartían, sino que no había conseguido adivinar qué había supuesto tan clara declaración para él. Y no lo sabría hasta su regreso a casa.

No podía hacer nada, de momento, y ese día se jugaba mucho en su carrera. Necesitaría toneladas de maquillaje para ocultar su estado de nervios y falta de sueño. Torció el gesto y se dispuso a empezar a arreglarse cuando alguien llamó a la puerta.

Lukas se encontró frente a la puerta que le habían indicado en recepción que correspondía a la de Mónica en aquel lujoso hotel. Había hecho un vuelo de siete horas, cruzando de lado a lado el país para ir a verla. Hasta ese momento jamás se había visto impulsado a realizar un gran acto romántico como ese. Pero una vez más ella lo merecía. No solo por lo que había descubierto que sentía junto a ella, sino por todo lo que habían vivido durante los dos últimos años. Mónica era su mejor amiga, su amante, la mujer ideal para él, capaz de volverlo loco de mil maneras distintas, y no quería perder

eso por nada del mundo. No le costó decidir lo que tenía que hacer: cruzar el país y decirle él también lo que sentía por ella. Y aunque estuviese completamente convencido de que era lo que quería hacer, el corazón le latió con fuerza al golpear con los nudillos la puerta blanca de la habitación.

Contó los segundos mientras esperaba, con una gran sonrisa en los labios. Se la iba a comer a besos en cuanto abriera, pero cuando esta finalmente lo hizo, el gesto quedó petrificado en su rostro y el corazón se le detuvo en seco, justo antes de romperse en mil pedazos.

—No eres del servicio de habitaciones —le dijo el jefe de Mónica, ataviado tan solo con uno de los esponjosos albornoces del hotel—. Espera..., ¿no eres...?

Su gesto confuso le dijo que el muy patán intentaba reconocerlo. Lukas apretó los puños, furioso. Tanto como para plantearse romperle la nariz al muy imbécil.

—Cariño, ¿quién es? —la voz femenina vino del interior de la habitación.

Si algo no estaba dispuesto a ver era a Mónica con aquel tipo. Y dio un paso atrás.

—No soy nadie —dijo finalmente, y a grandes zancadas se marchó por el pasillo con un fuerte dolor en el pecho.

—¿Por qué tardas tanto? Aún tenemos tiempo para otra sesión salvaje antes de la reunión —dijo Jess insinuante, saliendo del baño con su sexy conjunto de ropa interior. Miró con picardía a Randall West hasta que vio el gesto serio que este le dedicó—. ¿Qué pasa? ¿Quién era? —inquirió acercándose a la puerta para asomarse por ella sin el menor pudor.

—Juraría que el novio de Holt, pero se ha ido antes de que pudiera decirle que este no es su cuarto, que se lo cambiaste al llegar.

—¡Mierda! Pues la hemos hecho buena.

CAPÍTULO 26

Entre el murmullo denso de su mente, Lukas escuchó el timbre de la puerta. Se limitó a bufar y colocarse boca abajo para cubrirse la cabeza con la almohada. No quería hablar con nadie ni ver a nadie. En cuanto había salido de aquel maldito hotel había apagado el móvil y no lo había vuelto a encender. Tenía bastante con su mente, que no paraba de divagar de un pensamiento a otro. No podía creer que Mónica le hubiese hecho algo así. Ella no. Se sentía como si la mujer con la que había convivido los últimos años, su mejor amiga, a la que había llegado a amar, fuese una completa desconocida para él.

¿Cómo podía haberse equivocado tanto? ¿Cómo había sido tan ingenuo y estúpido?

Ella le había preguntado, justo antes de marcharse, si confiaba en ella. Y él no había tenido la menor duda en decirle que sí. Y, ¿por qué le había dicho entonces que le quería? ¿Había jugado con él?

Hundió aún más la cabeza en el colchón y gruñó al volver a escuchar el sonido persistente del timbre de la puerta. ¿Por qué no lo dejaban ahogar sus penas en paz? El timbre no solo no cesó, sino que intensificó su suplicio, como si quien estuviese al otro lado encontrase un placer especial en torturarlo.

Cansado y a punto de perder la cordura, se levantó y desde el pasillo gritó:

—¡Maldita sea! ¡Sea quien sea que se vaya de una puñetera vez! ¡No estoy!

El timbre cesó un segundo y, sintiéndose aliviado y triunfal, dejó salir todo el aire de sus pulmones en un sonoro resoplido.

—Lukas, somos Pierce...

—Y Paul —terminó este último la frase.

Lukas se llevó la mano a la frente, quedándose muy quieto.

—¿Nos abres, por favor? Tenemos que hablar.

Lukas miró su reloj y se dio cuenta de que la velada comunitaria que había organizado la pareja en la azotea del edificio hacía un par de horas que debía haber empezado. ¿Qué iba a decirles? No tenía sentido tenerlos en la puerta, y sin muchas ganas, la abrió.

—¡Dios mío! ¡Qué mal aspecto tienes! —dijo Pierce entrando sin que le diese tiempo a invitarlos a pasar siquiera.

—Entrad, por favor —dijo con sorna, ya que no estaba de humor.

—Sentimos la interrupción, pero como no has acudido a la jornada... — intentó excusar su incursión Paul.

—Me temo que no estoy de humor para ver a nadie —dijo cerrando la puerta tras ellos.

—Eso ya se ve —apuntó Pierce repasándolo de arriba abajo y fijándose en que llevaba la ropa arrugada, hecha un guiñapo; estaba descalzo y su cabello parecía un nido de pájaros.

—No quiero ser grosero, pero de veras que no deseo ver a nadie. Preferiría que me dejarais a solas.

—Imaginamos que sí, pero tenemos que hablar contigo de algo serio.

El tono y gesto pétreo de Paul fue lo suficientemente contundente como para que fijase la mirada en su rostro.

—Me temo que sí. Tenemos que hablar sobre Mónica y tú, y vuestra relación.

Pierce torció el gesto, incómodo, y su mente llegó a una conclusión rápidamente.

—Ya... Supongo que alguno de nuestros chismosos vecinos os ha contado algo sobre nosotros y ya sabéis la verdad —dijo alejándose de ellos para adentrarse en el piso. Tenía la boca seca, le dolía la cabeza y quería servirse un vaso de agua y tomar un analgésico. Tampoco tenía sentido seguir

manteniendo aquella mentira. Después de lo ocurrido no se veía capaz de hablar con Mónica, y mucho menos de vivir con ella. Verla sería el recuerdo perfecto de su traición.

—¡No! Claro que no. La verdad la sabemos desde el principio.

Lukas se detuvo de inmediato y giró lentamente sobre sus talones para enfrentarlos. Los rostros de sonrisas avergonzadas de sus caseros, ambos encogiendo los hombros a modo de disculpa, lo dejaron en shock.

—¿Cómo que sabéis toda la verdad?

Se cruzó de brazos intuyendo que algo no le iba a gustar.

—Quizás debas sentarte... —Entrecerró los ojos ante la sugerencia de Pierce, pero obedeció tomando asiento en el primer taburete que pilló de la isla.

—Bueno, antes de nada, deberías saber que no somos los nuevos dueños del edificio, y por lo tanto tampoco vuestros caseros.

Lukas agradeció estar sentado pues de todas las cosas que había esperado oír la última era aquella revelación.

—¿Que no sois los nuevos caseros? ¿No habéis comprado el edificio?

Ninguno contestó, se limitaron a negar con la cabeza y Lukas se pasó la mano por el rostro intentando procesar la información.

—Pero, entonces, ¿habéis estado engañando a todos los inquilinos? ¿Y lo de las entrevistas? —La furia empezó a mezclarse con la turbación.

—Mmm..., no del todo. Sí hay un nuevo propietario y él nos pidió que hiciéramos ese trabajo por él. Pero en vuestro caso... había más peticiones.

—¿Nuestro caso? ¿Os referís a Mónica y a mí?

—Exactamente. En realidad, el tema de las entrevistas estaba un poco más orientado a conoceros a vosotros e incitaros a... actuar como una pareja.

La voz de Paul perdió intensidad al pronunciar las últimas palabras.

Lukas se levantó del taburete agitando la cabeza, incrédulo. Aún tenía mil

preguntas en la cabeza sobre lo que había pasado con Mónica, ¿y ahora toda esa charada sobre los dueños y hacerles pasar por pareja?

—¡Es una locura! ¿Quién haría algo así?

La respuesta no se hizo esperar y la pronunciaron al unísono.

—¡Leonard! —dijeron ambos como un coro perfectamente coordinado.

—¿Leonard? —repitió.

—Sí, conocemos a Leonard desde hace muchos años. Es un buen amigo y como tenemos alguna experiencia en invertir en propiedades, nos pidió consejo cuando quiso hacer lo mismo, para hacerlo con sus ganancias en la serie. Enseguida surgió la idea de comprar este edificio. No quería que vosotros supierais que era el nuevo dueño, para que no os sintieseis incómodos.

—¿Y creyó que sería menos incómodo mentirnos y manipularnos?

—Os quiere. Sé que ahora mismo todo te parece una locura, pero os quiere de verdad. Dice que sois personas maravillosas y que se había dado cuenta de lo especiales que erais el uno para el otro, pero que parecía que no os animabais a dar el paso de hacer avanzar vuestra relación. Creyó que, si de alguna manera os veías obligados a actuar como tal, terminaría por surgir la chispa —explicó Pierce con sutileza, intentando justificar a Leonard.

Lukas posó ambas manos sobre su rostro y luego se frotó el cabello con fuerza, como si así pudiese deshacerse de aquella locura.

—Igual no fue la mejor forma de hacerlo, pero tienes que reconocer que efectiva sí ha sido. Mónica y tú...

—Mónica y yo, ¡nada! —El exabrupto los hizo tragar saliva.

—Me temo que aún tenemos algo más que contarte.

—¡Oh! No puedo creer que haya algo aún más raro que todo esto.

—Créenos, lo hay —dijo Paul—. Hemos venido hasta aquí no solo para contarte la verdad sobre nuestro plan, sino porque hemos intentado dar contigo

durante horas. Tienes el teléfono apagado...

—Lo sé. Como os he dicho al entrar, no quiero hablar con nadie. Y ahora, la verdad, mucho menos.

—Pero tienes que saber la verdad. Un pajarito nos ha llamado para contarnos una cosa, y esta vez será mejor que permanezcas sentado —le dijo Pierce y, después de lo que había oído, se dejó caer en el sofá sin oponer resistencia.

CAPÍTULO 27

Mónica sabía que debía parecer tonta con aquellas gafas de sol enormes dentro del avión, pero le daba igual. Se había pasado el día llorando y su rostro no había presentado peor aspecto jamás. Enrojecido, hinchado y lleno de pequeñas manchas. Después de contarle Jess su gran secreto sobre la aventura que mantenía desde hacía meses con su jefe, y la confusión con Lukas, había tenido que mantener la compostura delante de los clientes en la reunión de esa mañana, pero en cuanto estuvo a solas de vuelta en su habitación del hotel, dejó salir toda su frustración y dolor.

Había intentado ponerse en contacto con Lukas varias veces, pero este tenía el teléfono apagado. Tras varias horas de agónica desesperación, la frustración había dado paso al dolor y la decepción. ¿Cómo había sido capaz de pensar que ella lo engañaría de esa forma? ¿Acaso no la conocía? Saber que era así la hizo sentir hundida y sola. Su decepción pasó a ser enfado cuando tomó el vuelo que la llevaría de vuelta a Nueva York. Jess había insistido en regresar con ella antes de tiempo, pues el resto tenía planeado volver a Manhattan el día siguiente, pero lo único que había conseguido hacer durante todo el vuelo era llorar.

Ella no era de las que se lanzaban a la piscina sin saber a qué profundidad estaba el fondo. Y, sin embargo, lo había hecho con Lukas porque había confiado en él como no lo había hecho con nadie. Por eso, aún sin haberlo planeado, le había abierto su corazón y había llegado a confesarle sus sentimientos antes de marcharse. Se había quedado helada al ver la facilidad con la que sus sentimientos habían aflorado hasta sus labios. Después se había sentido abrumada, sorprendida y un poco avergonzada, pero en ningún momento se había arrepentido de hacerlo. Era hora de dejarse llevar. Lukas lo merecía. Siempre había sido doña prudencia, protegiendo su corazón, no

queriendo sufrir más decepciones como la que vivió con la marcha de su padre. Se había puesto excusas y más excusas a sí misma justificando su forma de actuar mientras alegaba que su prioridad era el trabajo, pero Lukas le había hecho ver que no era así. Se las daba de valiente, pero había sido una cobarde. Y gracias a él se había terminado por quitar la coraza que la tenía presa. Ahora, sin embargo, necesitaba esa coraza más que nunca porque no se veía capaz de soportar esa decepción. Estaba perdida y solo quería llorar y ahogar sus penas en alcohol.

—¡Azafata! ¿Sería tan amable de darme una botellita de... algo con alta graduación?

Jess, a su lado, puso los ojos como platos y negó con la cabeza a la auxiliar que se había detenido a atenderla.

—Lo siento, pero en breves minutos estaremos en Manhattan. Tenga un poco de paciencia —le dijo la mujer.

—No quiero paciencia, solo anestesia en vena —farfulló ella de malas pulgas, viéndola marchar.

—Si cuando llegemos sigues queriendo esa copa, te llevaré al mejor bar y nos emborracharemos juntas —le dijo Jess poniendo una mano sobre la suya.

—No te hagas la buena amiga ahora. Te has estado acostando con nuestro jefe durante meses y no me has dicho una palabra.

—Tienes razón, soy lo peor. —El tono compungido de su amiga la pilló por sorpresa. Era evidente que se sentía mortificada, pero se había centrado tanto en su propia montaña rusa emocional que no se había parado a pensar en ello.

Suspiró pesarosa y fue ella la que tomó la mano de su amiga.

—Lo siento. No es culpa tuya.

—Sí que lo es. Bueno, no lo de Lukas, pero sí debí ser sincera contigo con respecto a Randall. Es que... me gusta de verdad. Y siempre estoy

diciéndote eso de divertirme y ser menos reflexiva. No quería que pensaras mal de mí.

—¿Mal de ti? —preguntó perpleja.

—No soy muy partidaria de enrollarse con el jefe. Y me gusta coquetear. No quería que pensaras que era otra relación frívola y con uno de los socios generales. Quería estar segura de lo que sentía antes de contártelo.

—Bueno..., conociendo a la antigua Mónica, imagino que tiene sentido —dijo torciendo el gesto—. Y, ¿ya sabes lo que sientes?

Jess se limitó a asentir vigorosamente con una sonrisa que no le había visto hasta la fecha.

—Pero ahora no es el momento de hablar de mí..., lo dejaremos para otra ocasión.

—¿Por qué no?

—Estás hecha una mierda —dijo sin el menor reparo.

—Esto no tiene arreglo, pero saber que las cosas a ti te van bien, sin duda me alegrará.

Jess sonrió con picardía e introdujo los dedos por el interior del cuello de su vestido para sacar una cadena de la que colgaba una llave.

—¡Me ha pedido que vivamos juntos! —dijo con una sonrisa tan grande y radiante que toda ella pareció brillar. Era evidente que la noticia, sorprendentemente, la hacía feliz. Y no pudo más que abrazarla con fuerza.

—Señores pasajeros, en breves minutos aterrizaremos en el JFK. Les rogamos que se abrochen los cinturones y permanezcan en sus asientos.

A continuación oyeron las palabras del comandante dándoles las gracias por viajar con la aerolínea y deseándoles una feliz estancia en Nueva York. Ellas, sin embargo, siguieron abrazadas, compartiendo el momento.

Lukas no había estado más nervioso en toda su vida y miró hacia atrás

con gesto tenso.

—La verdad, creo que esto era mejor hacerlo solo. No sé qué diablos hacéis aquí —dijo al grupo que lo miraba con expectación e inquietud a un par de pasos de distancia.

—Esta historia también es nuestra. No seas acaparador —repuso Neal. Y Amy, Pierce, Paul y hasta Leonard, en la pantalla del móvil de Paul, afirmaron vigorosamente con radiantes sonrisas.

Lukas, sin embargo, frunció el ceño y volvió a girarse, resoplando. No tenía sentido discutir con aquella pandilla de locos. No había conseguido convencerles saliendo del apartamento, mucho menos lo iba a lograr ahora. Miró el reloj y volvió a sentir el mismo nudo apretujarle las entrañas. Tenía que conseguirlo. Su vida entera dependía de ello. Sacudió un brazo y después el otro para intentar relajarse. Y en ese momento, los pasajeros empezaron a salir por el pasillo de desembarque. Tardó un segundo en darse cuenta de que había llegado el momento, pero después, con firmeza, elevó el cartel manuscrito que portaba en las manos, para que fuera bien visible.

Mónica vio a Jess tomar de nuevo su móvil y puso los ojos en blanco mientras salían del pasillo que llevaba a la terminal.

—¿De veras no puedes dejar ese trasto ni un minuto? —le preguntó.

—De ninguna manera. Alguien se ha puesto las pilas y esto tengo que grabarlo —le dijo ella elevando el móvil.

Mónica frunció el ceño sin entender a qué se refería y siguió con la mirada el punto que tanto interesaba a su amiga, cuando la vio.

El corazón se le detuvo en el pecho, como si ya no supiese latir. Y se llevó una mano a los labios para contener la emoción. La bolsa de viaje se le cayó al suelo y no fue capaz de dar un paso más. Todo desapareció a su alrededor salvo Lukas y la pancarta que sostenía en la que podía leerse:

Bambi, te amo.

¿Quieres casarte conmigo?

En su mirada había una súplica esperanzada que no conseguía ocultar su nerviosismo. Tragó saliva y su respiración acelerada casi la hizo desmayarse por hacerla hiperventilar. Pero no consiguió que sus pies recortasen la distancia entre ambos.

—Bonita, yo no me llamo Bambi, pero si tú no lo quieres me quedo yo al chico, que está de toma pan y moja —le dijo una mujer mayor dándole un golpecito en el brazo que la sacó de su ensimismamiento.

Los labios de Mónica dibujaron una sonrisa, pero sus ojos empezaron a nublarse por las lágrimas.

Ambos recorrieron los escasos metros que los separaban sin dejar de mirarse el uno al otro. Hasta que sus pies se tocaron.

—¿Me amas? —preguntó casi sin aliento.

—Desde el día en que te vi. Y siento no habértelo dicho antes.

Mónica amplió la sonrisa.

—¿Y tú a mí, estiradilla?

—Hasta cuando me cortas el agua caliente de la ducha, eres mi persona favorita.

La sonrisa socarrona de Lukas despertó las mariposas de su estómago.

—¿Entonces te casarás conmigo?

Mónica asintió vigorosamente. Lukas dejó caer el cartel y la tomó entre sus brazos para alzarla. Necesitaba sentirla nuevamente.

—Dímelo.

—Sí, me casaré contigo, Lukas, mi Lukas.

Y mientras ellos se besaban apasionadamente, todo el grupo de amigos, coreados por los pasajeros y familiares que se encontraban en la terminal, los vitorearon efusivamente.

Jess dejó de grabar, sacó una foto de ambos besándose con ardor y twitteó:

El mejor beso de la historia.

#Lascositasdemoni.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de mi chocolate*. En 2017 se adentró en el suspense romántico con su serie que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de ti*, *Lo que tomo de ti*.

En 2018 hizo su primera incursión en el New Adult con *Los días grises* y *su mirada azul*. Y fue galardonada con el primer puesto en el Premio Literario NORA. Otorgado por compañeros de letras y lectores.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo,

recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

OTROS LIBROS:

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Los días grises y tu mirada azul

Todos los latidos rotos de mi corazón

Jugando a las casitas

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

El destino de Noah- Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Sexy Summer Love – Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

NEW ADULT

Los días grises y tu mirada azul - Romántica's Cocó

Todos ellos disponibles en digital y papel.

PRÓXIMAS PUBLICACIONES
MAYO, 2019

LORRAINE COCÓ

Como en
Una Canción
Country

NEW
ADULT



